



La
VERDAD,
del **CAIMÁN**

MASSIMO CARLOTTO



Lectulandia

En enero de 1976, Alberto Magagnin fue condenado a prisión por el asesinato de Evelina Mocellin Bianchini. En 1993, en pleno y caluroso verano paduano y durante el régimen de libertad condicional, Magagnin desaparece sin dejar rastro. Es entonces cuando su abogada, Barbara Foscarini, decide recurrir a un investigador privado. Se trata del peculiar Marco Buratti, apodado el Caimán, amante del *blues*, bebedor compulsivo de calvados y expresidiario con siete años de injusta encarcelación sobre los hombros. Acompañado por su inseparable socio, el contrabandista Beniamino Rossini, el Caimán emprende una investigación que lo llevará a adentrarse en los entresijos de un caso cerrado tiempo atrás. Magagnin no tenía motivos para cometer el homicidio; sin embargo, su perfil lo convertía en la perfecta cabeza de turco. Buratti deberá enfrentarse a una trama que va mucho más allá de las meras apariencias.

Lectulandia

Massimo Carlotto

La verdad del Caimán

El Caimán - 1

ePub r1.0

Titivillus 10.05.2019

Título original: *La verità dell'Alligatore*
Massimo Carlotto, 1995
Traducción: Alessandra Picone & Elena Martínez Nuño
Diseño de portada: Marc Cubillas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*A Grazia Cherchi,
maestra y amiga generosa*

Cuando la vi entrar, con su costoso traje de chaqueta y su maletín de ejecutiva, supe enseguida que me iba a perder buena parte del concierto de Cooper Terry que estaba empezando en aquel momento.

Solo el tenue resplandor de los anuncios de neón de varias marcas de cerveza iluminaba el interior del local donde me encontraba —el Noisebar Banale—, un sótano transformado en el club más frecuentado de Padua, situado en Portello, esa zona de la ciudad que fue durante un tiempo un orgulloso barrio del hampa, convertido hoy en un poblado barrio-dormitorio para universitarios de fuera de la ciudad: cada cinco portales una pizzería; cada diez, una lavandería de autoservicio, y por todas partes montones de bicicletas oxidadas, encadenadas a los postes de las señales de tráfico.

Detesto que alguien me moleste mientras oigo buen *blues*, pero por entonces era algo que me ocurría con frecuencia. Todos sabían que la única manera de encontrarme era dando una vuelta por los locales: mi nombre no aparecía en la guía y nadie sabía mi dirección.

Muchos años antes, cuando todavía era estudiante, mi casa del centro histórico estaba abierta a cualquiera que llamara a la puerta en busca de un sitio para dormir. Una noche llegó un tío con acento romano, con una bolsa de deporte y una cara que ya había visto en algún sitio. Nos detuvieron al amanecer. Él todavía está dentro, yo le hice compañía durante siete largos años. Para salir mejor parado habría tenido que firmar ciertas actas y reconocer determinadas caras. Preferí mantenerme callado. Ni siquiera me presenté al juicio. Dejé por completo solo al abogado de oficio, un tipo canijo de vivaces ojos oscuros y vistoso mostacho. Los dos sabíamos que se podía hacer bien poco por mí. Jueces y periodistas me describieron como «irrecuperable». Pero yo no estaba ni con ellos ni contra ellos. Sencillamente no tenía nada que decir.

En la cárcel seguí ciego y sordo. Esto me convirtió en una especie de sabio, una persona respetable. Así, cuando había algún problema iban a buscarme y yo hacía de mediador. Sus peleas de hampones no me importaban un carajo, pero las guerras internas en las que acababan de manera inevitable hacían que la vida de todos fuese más dura. Incluso la mía.

Cuando salí de la cárcel conservé la buena reputación. Un día vino a verme un abogado que no sabía cómo demostrar que su cliente, a pesar de haber sido acusado de atracar un banco, era completamente inocente. Fue un trabajo limpio, sin problemas. Los verdaderos responsables se decidieron a proporcionar las pruebas de la inocencia del acusado cuando tuvieron mi palabra de que nadie descubriría su identidad.

Desde entonces hago pequeños trabajos de investigación para toda la gente legal que necesita entrar en contacto con el mundo de los bajos fondos. Con el dinero por delante, por supuesto.

Todas ellas son buenas razones para que nadie supiera dónde vivía. Ni siquiera los amigos.

Sin embargo, no era difícil encontrarme, porque en el mundillo todos sabían que no me perdía nunca un solo concierto de *blues*.

Antes de meterme en líos era cantante de un grupo, los Old Red Alligators, y así fue como empezaron a llamarme Caimán. Actuábamos en los clubes del norte y no lo hacíamos nada mal. Acompañaba mis *blues* con el *rubboard*, un instrumento hecho artesanalmente con una lámina de metal ondulado —a primera vista, puede parecer una tabla para lavar la ropa— y cuya sonoridad siempre está presente en la música *zydeco* de los grupos negros cajunes, los descendientes de los afroamericanos de Luisiana. Lo tocaba a la manera de Cliveland Chenier, o sea, utilizando una especie de plectro que la mayoría de las veces era la anilla de la lata de cerveza que tienes al lado para remojar el gaznate cuando tienes sed. Nuestro plato fuerte estaba inspirado en una poesía de Assata Shakur.

*I must confess that waltzes
do not move me.
I have no sympathy
for symphonies.
I guess I hummed the Blues
too early,
and spent too many midnights
out wailing to the rain.*

Salí de la cárcel sin ganas de seguir cantando o tocando. Ahora solo me apetece oír música. Y seguir bebiendo. Ahora ya solo tomo calvados, todo lo que me queda de una mujer que perdí en Francia. Hubo una época en la que bebía todo lo que me caía en las manos, porque «puedes sacar el *blues* del alcohol pero no el alcohol del *blues*». Sin embargo, durante aquellos siete

largos años no bebí ni una gota. En mi interior se destilaba clandestinamente una especie de veneno que los viejos presos llamaban el «*brandy* del hotel Mil Rejas». Pero era demasiado triste beber a escondidas.

La tía con pinta de ejecutiva debía de estar bien informada sobre cómo encontrarme y también me daba la impresión de que era una de esas que no se dan por vencidas. Se había dirigido al camarero para que le señalara dónde estaba sentado y, mientras le contestaba, se había puesto de puntillas y estirado el cuello hasta que me localizó.

—¿Marco Buratti? —preguntó, tendiéndome la mano.

—¿Le gusta el *blues*? —pregunté a mi vez, sin despegar la derecha de la copa.

—No. De todas maneras, estoy aquí por motivos de trabajo. Tengo un problema y un colega, el abogado Secchi, me ha dicho que usted podría ayudarme.

—Todavía no he dado con un abogado que sepa apreciar la buena música. Sí, soy Marco Buratti. —Y en vista de que ella todavía no había retirado su mano, me levanté y le devolví el saludo.

—Barbara Foscarini.

Le indiqué una mesa iluminada por el neón blanco y rojo de la Budweiser. Mientras se sentaba, aproveché para echarle una ojeada. Zapatos morados con tacón de aguja, traje de chaqueta amarillo que resaltaba un bronceado sorprendente para finales de junio, actitud aparentemente desprovista de la arrogancia que caracteriza a los jóvenes leones de la abogacía. Unos cuarenta y cinco años, regordeta, pequeñita, bien formada y —lo juraría— separada.

—Un cliente mío, Alberto Magagnin, que está cumpliendo dieciocho años de condena y que ahora se encuentra en régimen abierto, lleva desaparecido desde anoche. Por la mañana se presentó como siempre en el trabajo, la cooperativa Sole, de donde se fue a la hora acostumbrada. La ley prevé que regrese a la cárcel como muy tarde a las diez...

—Ahórese los detalles —la interrumpí—. Yo también estuve en régimen abierto.

—Perdóneme, ya me lo había dicho Secchi. Precisamente por eso he decidido dirigirme a usted: conoce el mundillo y podría ayudarme a encontrar a Alberto Magagnin.

—¿Por qué?

—¿Cómo, perdón?

—¿Por qué quiere encontrarlo? Si ha elegido huir, es asunto suyo. Y además, la policía ya le está buscando, ¿no?

—Me gustaría encontrarlo antes que la policía para convencerlo de que debe entregarse. Si lo hiciera en los próximos días, habría todavía alguna posibilidad de que el tribunal de vigilancia no se mostrara demasiado severo y le concediera terminar la condena en régimen abierto. —Me miró con aire preocupado—. Le falta menos de un año.

—¡Venga, hombre! —la provoqué—. Conozco el mundillo, un abogado no se implica por tan poco. Cuéntemelo todo.

—A ver si me explico mejor. —Ahora el tono de voz de la mujer mostraba cierta irritación—. Conozco a Alberto desde hace años, justamente desde que lo detuvieron por el homicidio de Evelina Mocellin Bianchini. No sé si recuerda el caso, en enero de 1976. Después de todos estos años sigo convencida de que lo condenaron de manera injusta. Pasó por unos momentos terribles. Solo quiero ayudarlo.

Desde luego que recordaba lo ocurrido y la importancia que le habían dado los periódicos. Magagnin, un toxicómano del círculo de la plaza dei Signori, se había colado en una casa del barrio de Arcella para robar y acabó matando a navajazos a la dueña de la casa, que lo había descubierto. La noticia causó sensación porque la mujer pertenecía a una buena familia de Padua. Los *carabinieri* lo detuvieron aquella misma noche mientras vagaba sin rumbo con la ropa manchada de sangre. Contó que se la había encontrado muerta y que había huido después de tocarla al intentar socorrerla. Obviamente nadie lo creyó ni por un instante y un par de pruebas lo condenaron de forma definitiva ante el tribunal penal.

Yo también había sospechado desde el principio que era culpable y lo de su huida me traía sin cuidado. Pero me había sorprendido la actitud de Barbara Foscarini. Era más bien rara, para tratarse de un abogado. Su implicación emocional delataba que me hallaba ante una situación cuando menos insólita.

—No es mi especialidad, no me dedico a buscar prófugos. El abogado Secchi la ha aconsejado mal.

—No lo creo. Sabía que usted se negaría y me aconsejó que le diera esta tarjeta.

Abrí el sobre con las manos bajo la mesa y leí: «Me debes un favor».

—Supongo que el abogado Secchi le habrá hablado también de mis honorarios —gruñí, más bien nervioso, cuando la miré de nuevo.

—Sí, eso no es problema. ¿Acepta el encargo?

—Acepto, me parece obvio. Necesito una foto —me encendí un cigarrillo—, preferiblemente reciente.

Sacó de la bolsa una carpeta azul.

—Puedo proporcionarle solo unos recortes de periódicos con la crónica del juicio. Aquí tiene, hay también algunas fotos, pero son de hace quince años.

—Démelas, de todas formas pueden serme útiles. Una última pregunta: ¿alguna remota idea de dónde puede estar?

—No, pero me temo que haya empezado a drogarse otra vez y no descarto que esa sea la razón de su huida. Por tanto, no creo que ande muy lejos.

—En cuanto sepa algo, la llamaré.

Me tendió una tarjeta de visita.

—Está también el número de mi móvil; puede llamarme a cualquier hora. En la carpeta —la señaló con el mentón—, encontrará también un sobre con un anticipo. En metálico, naturalmente.

Se levantó y me dio la mano. La seguí con la mirada mientras se alejaba. Pensé aliviado que al fin y al cabo me la había quitado rápido de encima. Todavía podía disfrutar de una buena parte del concierto. Cooper acababa de empezar a tocar «Everything's Gonna Be Alright» de Muddy Waters. Lástima que Mojo Buford no estuviese tocando la armónica.

Al día siguiente me levanté poco antes de las seis. Tenía justo una hora para llegar ante las verjas de la cárcel antes de que saliesen los del tercer grado. Si lograba acercarme a algún viejo conocido de cuando estaba dentro podría recoger información sobre la desaparición de Magagnin de una forma más rápida. De otro modo tendría que apañármelas con alguien de mi entorno actual. Pero en ese caso el contacto llegaría después de una espera demasiado larga.

Aparqué en una zona con una buena visión y a la vez poco expuesta, para no suscitar el interés de los guardias. Me sorprendí pensando en que hacía ya tres años que faltaba a aquella cita. Quizá lo mejor fuera encenderse un cigarrillo. El mechero cayó ruidosamente en la guantera del salpicadero.

Salieron como siempre, en fila india, con el paso rápido y nervioso de quien quiere alejarse lo más pronto posible. Reconocí a un par de ellos que habían sido de mi cuerda y, en cuanto estuvieron cerca de mí, bajé del coche.

—Hombre, Buratti —me espetó el primero—. ¿Nostalgia del trullo?

—Hola, Morabito, he venido para hablar contigo y con Mazinga.

Por respeto al ceremonial primero tuve que abrazarlos y después besarlos. Morabito era un calabrés enchironado por secuestro y Mazinga, un camello de Bolzano con un impronunciable apellido alemán. Dos presos veteranos que ya se habían dado cuenta del motivo de mi visita.

—No sabemos nada —afirmó el alemán sin esperar siquiera a la pregunta—. Magagnin trabajaba con nosotros en la cooperativa del cura; salió a las siete de la tarde como siempre y ya no volvió. Qué gilipollas, le faltaba poco para acabar.

—¿No sabéis adónde iba habitualmente entre las siete y las diez?

—Ni idea. Venía a recogerlo una mujer a la salida con un Golf metalizado.

—¿La conocéis?

—No. Esa pasaba ya de los cuarenta. Más vieja que Alberto...; no es del mundillo, es una «legal».

—Del tipo empleada pero con pinta de tener mucha pasta —corroboró Mazinga.

—¿También vino a recogerlo el día que desapareció?

—No —contestó Morabito—. Alberto se fue a pie.

—¿Alguna idea? —pregunté, mirándolos alternativamente.

Los dos se limitaron a negar con la cabeza con decisión.

Mazinga se dio la vuelta mientras iban hacia la parada del autobús.

—¿Conoces a Carraro? Es un tipo de aquí, de Padua, que acabó el tercer grado penitenciario hará un par de meses. Era muy amigo de Magagnin —hizo el gesto de empujar el émbolo de una jeringuilla—, quizá él sepa quién es la mujer.

Marietto Carraro, una historia de droga, como tantas otras. Ladronzuelo por necesidad, siempre entrando y saliendo de la cárcel, uno de los pocos supervivientes de su generación de *drogatas*.

Lo localicé fácilmente. Desplazados del centro, los yonquis habían acabado todos en Prato della Valle —«la plaza más grande de Europa», como recitan todas las guías turísticas de la ciudad—, confinados en la zona comprendida entre la jefatura y la comisaría de los *carabinieri*. Listos para la ayuda social, la detención o la cárcel.

Marietto estaba sentado en la mesa de un bar, en las cercanías del antiguo mercado de ganado, absorto en una conversación con la hija del dueño.

—Vaya, el Caimán en persona.

—Hola, Marietto. Tú como siempre «en vena», ¿verdad?

—¡Ya ves! ¿Me das algo de dinero?

—Sí, pero no gratis.

—Llegas tarde, no hago chapas desde que soy seropositivo.

—Nada de chapas —contesté, mirando a mi alrededor algo incómodo—, solo busco unas migajas de tu memoria. Ven, vamos a dar un paseo.

Me acompañó hasta el coche y empecé a dar vueltas por las callejuelas que desde el Prato llevan a la basílica del Santo.

—¿Dónde está Alberto Magagnin? —le pregunté al cabo de un rato.

—Se ha largado del talego. Ya se ha corrido la voz en el mundillo.

—Marietto, no he venido a buscarte para que me digas lo que ya sé —contesté pacientemente—. Vamos, ¿dónde está? Te doy cien mil liras.

—Hace mucho que no veo cien papeles juntos... pero no sé dónde está Alberto. Pregúntame otra cosa.

—Probemos con esta: ¿sabes decirme por lo menos quién es la mujer que lo recogía en un Golf metalizado a la salida de la cooperativa?

—Solo sé dónde vive. Una vez acompañé a Alberto hasta allí. Me dijo que está medio loca, que le da un montón de dinero. Mira tú qué suerte.

—¿Alberto se pincha todavía?

—Vaya, en aquella época se metía un pico de vez en cuando. Se controlaba, quería acabar la condena sin líos.

—Pues al final se ha metido en un lío. ¿Quién era su camello?

—Bepi Baldan, ese de la calle Savonarola.

—Lo conozco. Si ahora Magagnin hubiera vuelto a meterse a lo bestia, ¿crees que acudiría de nuevo a él?

—Sí, lleva demasiado tiempo fuera del mundillo para conocer a otros. Se lo presenté yo.

—Una buena acción de verdad, Marietto —contesté sarcástico—. Venga, llévame a echar un vistazo a esa casa.

Una bonita casa de dos plantas con jardín, a las afueras del barrio Sacra Famiglia, parecida a muchas otras construidas hace unos treinta años. Una tranquila calle con árboles. Desde luego, no era un barrio de ricos. Mazinga debía de haberse equivocado al valorar la situación económica de la mujer.

Aparqué un centenar de metros más adelante y me encaminé hacia la casa después de haber advertido a Carraro que no se moviera. Llegué a la altura del timbre y aflojé el paso, lo justo para leer el nombre de la plaquita: PROFESORA

PIERA BELLI. Seguí mi paseo hasta llegar al final de la calle, crucé y regresé por la otra acera. Al llegar nuevamente a las proximidades de la casita, me paré a atarme los cordones de los zapatos y eché un vistazo hacia arriba, en dirección a las ventanas. Me di cuenta de que todas estaban cerradas a excepción de una en la esquina que daba al jardín de la casa de al lado.

Me reuní con Marietto en el coche y lo llevé de nuevo a su bar. Cuando le entregué el billete de cien mil liras empezó a darle vueltas entre las manos.

—Gracias, Caimán, gracias. Con esto tengo para comprar un montón de droga —me dijo por fin.

—Haz lo que te parezca. —Mientras me alejaba, le grité luego desde la ventanilla—. ¡Eh, Marietto!, ¿es verdad eso de que eres seropositivo?

—Sí.

Metí la primera mientras desviaba la mirada hacia el frente.

La casa de la profesora Piera Belli me atraía. Parecía el sitio ideal para intentar esconder a un prófugo. Me detuve junto a una cabina telefónica y antes de bajar saqué de debajo del asiento la guía telefónica. Belli, Piera Belli..., calle Torlonga, veintinueve..., 8700392.

El teléfono sonó más de veinte veces: no contestó nadie. Después de otro par de intentos, decidí volver a casa. Ya era la hora de la comida.

Me conformé con un plato de pasta; el calor era demasiado agobiante para pensar en cocinar también un segundo plato. Hice un esfuerzo para llevar la vajilla sucia de salsa desde la mesa al fregadero de la cocina y enseguida me tumbé con pereza en el sofá, exactamente bajo un gran ventilador de aspas, con el teléfono a mano.

En casa de Piera Belli no contestaba nadie. Pasé la tarde entre un intento y otro, adormilado, sorbiendo alguna bebida y oyendo viejos discos de Hound Dog Taylor and the Houserockers. Recuerdo que en cierto momento soñé que caminaba sobre el tejado y me desperté de un sobresalto cuando ya me precipitaba al vacío.

Era ya noche cerrada cuando decidí que quizá había llegado el momento de ir a echar un vistazo.

El número veintinueve era la única casa de la calle totalmente inmersa en la oscuridad. La ventana de la esquina seguía abierta.

Llamé al timbre. Lo oí con claridad, a pesar de que una decena de metros de jardín separaban la verja de la casa. No contestó nadie. Me dirigí entonces hacia la entrada de coches y, a través de las rejas, vislumbré de lejos, bajo un chamizo, el Golf metalizado.

Probé con el picaporte y la gran verja se abrió sin dificultades. Crucé el jardín en diagonal y me acerqué a la puerta de entrada. Enseguida descubrí que no estaba cerrada. Al empujarla suavemente, se abrió de par en par.

El olor me impactó como si tras la puerta hubiera habido alguna persona escondida con una porra. Me tambaleé y a duras penas logré controlar una arcada. En mi vida había sentido nada parecido, pero no se necesitaba demasiada imaginación para entender de qué se trataba.

Cerrar la puerta y largarse hubiera sido lo más sensato que podía hacer, pero la curiosidad me retuvo, así que, una vez cerrada la puerta y encendida la luz de la entrada, empecé a explorar la casa. Siguiendo los nauseabundos efluvios, subí la escalera y me encontré en el umbral de la habitación con la ventana abierta.

Aquel olor me impedía entrar. Me refugié en el baño, donde empecé a hurgar con frenesí en los armarios hasta que di con un frasco de perfume. Impregné abundantemente un pañuelo y me lo até a la cara, justo por debajo de los ojos.

Mientras volvía sobre mis pasos, me preguntaba cómo habrían logrado los vecinos sustraerse a semejante hedor. Por otra parte, así debía de haber sido, porque estaba convencido de que si lo hubieran advertido habrían dado enseguida la alarma.

Me acerqué con cuidado a la ventana abierta, por donde entraba la tenue luz de una farola. Eché un vistazo fuera. ¡Claro! Tenían instalado aparatos de aire acondicionado y eso los aislaba de todo lo que pasaba en el exterior.

Aún no había encontrado el cadáver. Tenía que encender la luz. Cerré la ventana y corrí la cortina. Encontré a tientas el interruptor. ¡Dios! Las huellas digitales: estaba dejándolas por todas partes. Pasé un pañuelo de papel por encima de las superficies que había tocado y luego volví rápidamente al baño y borré, incluso allí, los posibles rastros de mi presencia.

Y entonces volví a la habitación.

Yacía en el suelo boca arriba. Llevaba un par de manoleínas de charol rojo, la última moda del verano. Una mujer, por lo tanto, y de la cual no podía ver ni el rostro ni gran parte del cuerpo, pues estaban cubiertos por tres voluminosos y suaves cojines. De terciopelo verde brillante.

Subiendo con la mirada desde los pies a lo largo del lado derecho, aparecía por debajo de los cojines un brazo desnudo tendido con rigidez en posición perpendicular al busto y con el puño cerrado. La posición del otro brazo y de la mano izquierda era totalmente simétrica. Parecía que estuviera crucificada.

En la muñeca llevaba un pequeño Rolex de acero. Me incliné para observarlo de cerca: las agujas marcaban las 4:36 o las 16:36, y la fecha señalaba el 28 de junio. Lo comparé con el mío: eran las 23:42 del mismo día. El Rolex debía de haberse parado aproximadamente entre diecinueve y siete horas antes, según si se refería a la mañana o a la tarde, pero estaba claro, a la vista del estado en que se encontraba el cadáver, que el fallecimiento había ocurrido antes de ese intervalo de tiempo.

Aparté con delicadeza los cojines empezando desde abajo y poniéndolos uno tras otro junto al cuerpo. Me di cuenta de que los habían cogido del sofá que se encontraba junto a la pared izquierda.

El olor atravesó la barrera de perfume y creí que me desmayaba. Volví al baño para empapar nuevamente el pañuelo. Leí la etiqueta impresa en el frasco de perfume: RUMBA DE BALENCIAGA. Volví a acercarme al cadáver: podía seguir examinándolo.

Asesinato, sin ninguna duda. Demasiadas puñaladas: unas decenas concentradas en el busto y una con los bordes lacerados en la base del cuello. Agujereaban una camiseta de manga corta con rayas blancas y rojas, que llevaba por debajo de un chaleco negro de tela muy ligera, todo ello conjuntado con unos pantalones blancos sujetos por un cinturón rojo. Una gran mancha de sangre impregnaba el tejido por la espalda y se extendía por la moqueta de color marfil.

El cuerpo hinchado como el de un de peluche demasiado relleno, el rostro morado en avanzado estado de descomposición. Los ojos parecían salirse de las órbitas y un líquido negruzco obstruía la boca ligeramente abierta. El contorno irregular de la herida del cuello estaba cubierto de puntitos blancos que, en un examen más atento, descubrí que eran larvas de mosca.

No se trataba del primer cadáver que observaba tan de cerca, pero jamás había sentido una repugnancia parecida. Me levanté de golpe e intenté sustituir aquella imagen por otra cualquiera, pero solo conseguí que me volvieran a la memoria los cuerpos y los rostros de los muertos o asesinados por ajustes de cuentas con los que me había topado en la cárcel y que creía haber olvidado hacía tiempo.

Un *blues* a todo volumen me estalló en el cerebro:

*You died.
I cried
and kept on getting up,
a little slower
and a lot more deadly.*

Volví a cubrir el cadáver con los cojines. Observé la habitación: escritorio, silloncito, sofá, estanterías en las dos paredes, equipo estéreo con discoteca de música clásica, tres lámparas de pie situadas sabiamente en los diferentes rincones, una de mesa sobre el escritorio. Bonitos muebles: modernos, con pinta de caros, quizá de firma, todos nuevos. Solo los libros y algunos discos tenían un aire vivo.

Hallé una fotografía en un marquito de plata que eliminó mis dudas sobre la identidad de la víctima y me la guardé en el bolsillo.

Habría querido visitar el resto de la casa, pero el reloj indicaba que hacía ya veinte minutos que estaba en compañía de un cadáver. Había superado todos los límites de seguridad. Abandoné la habitación después de apagar la luz y volver a abrir la ventana; limpié todas las superficies que podía haber tocado distraídamente, rehice el trayecto en sentido contrario y salí a la calle, y solo entonces me quité el pañuelo de la cara. Estaba tan empapado en sudor que el aire que entraba por las ventanillas del coche hizo que me estremeciera con fuertes escalofríos por todo el cuerpo.

Ya en casa, metí la ropa directamente en la lavadora y me lancé a la ducha con la esperanza de librarme cuanto antes del hedor de un asesinato de finales de junio. Sentado bajo un chorro de agua que caía con fuerza, empecé a reordenar mis pensamientos.

La bella abogada se habría llevado una desagradable sorpresa: su cliente había hecho doblete. De inocente, nada. Cuando lo atraparan, tirarían al retrete la llave de la celda. A alguien así era para encerrarlo de por vida. Pero en el manicomio, no en la cárcel.

Estaba furioso, no tanto por el asesinato en sí como por las repercusiones que la noticia iba a tener en el mundo carcelario. Imaginaba ya los titulares de los periódicos. Si un preso comete un delito mientras se beneficia de permisos penitenciarios es el fin del mundo y las consecuencias repercuten sobre todos los que están encerrados en la cárcel. Una vez, por culpa de un estafador que no regresó después de un permiso por buena conducta y para colmo envió una

postal desde Suiza al juez de vigilancia, tuve que esperar más de un año para volver a obtener un permiso. Y eso es mucho tiempo.

Yo había jugado siempre limpio con los de la condicional precisamente para evitar represalias indiscriminadas. Y lo mismo hacía la mayoría de los presos que había conocido. Pero siempre hay una excepción y esta vez, con un asesinato de por medio, habría problemas y de los gordos.

Para colmo aquel cadáver... Algo había que hacer con él. Opté por una llamada anónima, siempre y cuando la abogada no quisiera ocuparse en persona. Tenía que hablar con ella cuanto antes.

—Buenas, soy Marco Buratti.

—Buratti..., pero ¿qué hora es?

—Las dos de la madrugada. Me dijo que la llamase a cualquier hora, abogada. Hay grandes novedades y tengo que verla enseguida.

—¿No puede contármelas por teléfono?

—No creo que sea lo más conveniente.

—Está bien, me rindo. ¿Dónde y cuándo?

—Dentro de una hora en el bar del área de servicio de la salida Padua oeste. Es el único que está abierto a estas horas.

En vaqueros y polo Lacoste rosa no parecía una abogada. Tenía un aspecto irritado y preocupado, quizá a la expectativa de decidir si tenía que echarme una bronca por haberla obligado a levantarse a esas horas de la madrugada.

Le propuse que me acompañara mientras me acababa el *cappuccino* y me arrepentía de haber pedido el *brioche* más frío y correoso que había comido en mi vida. Pero me dijo que prefería esperarme fuera.

Salí a buscarla unos minutos más tarde, contrariado por la idea de abandonar el aire acondicionado del bar. A pesar de la hora, el bochorno no había cedido y la vaharada de sofocante humedad que me invadió en el exterior era casi insoportable.

—¿Y? —me soltó agresiva.

—Su cliente lo ha vuelto a hacer.

—Buratti, espero que no me habrá despertado en plena noche y arrastrado hasta aquí con el único fin de sorprenderme con unas frases sibilinas. Explíquese mejor: ¿qué es lo que ha vuelto a hacer?

—Pues verá: le ha asestado un buen número de puñaladas a otra señora. Quizá le interese saber que esta vez se trata de una profesora. —Saqué del bolsillo de la chaqueta de lino la fotografía aún enmarcada de la víctima y la puse en su mano—. Se llamaba Piera Belli y parece que tenía una relación con Magagnin. Estaba siguiendo una pista para llegar a su cliente, pero por el camino me topé con otra cosa: un cadáver de hace al menos un par de días. ¿No le parece gracioso?

Me miró incrédula.

—No querrá hacerme creer que ha sido él, ¿verdad? No, no me lo trago. No ha sido Alberto.

—Piense lo que quiera. No ha sido él, por supuesto..., y Jesucristo se murió de frío, Gandhi se suicidó y, veamos, Pinelli^[1]...

—Buratti —dijo, mirándome a los ojos—, ¡váyase a tomar por culo!

—Pero abra los ojos, abogada —solté airado—. En el setenta y seis a Magagnin lo condenaron por asesinar a una mujer a puñaladas. Sale de la cárcel, conoce a una tía madura con algo de pasta, sale con ella... ¿me sigue? —Asintió con la cabeza. Estaba muy tensa—. Bien. La tía es asesinada siguiendo el mismo patrón del primer crimen y, mira tú por dónde, él desaparece. ¿Qué es todo esto: coincidencias?

—Por favor, Buratti. Usted no conoce a Alberto. Es un drogadicto, un desgraciado, pero no un asesino. Se lo aseguro.

—Escúcheme bien, abogada. Quizá no nos hemos entendido: no es a mí a quien tiene que convencer, sino a un tribunal penal. Me juego lo que quiera a que en cuanto descubran el cadáver, emitirán una orden de busca y captura y...

Me di cuenta de que no me hacía caso. Estaba mirando la fotografía y se había quedado como paralizada, mientras sujetaba con fuerza el marco con las manos.

—Buratti... —dijo con un hilo de voz.

—Aquí estoy, abogada.

—Esta mujer... ¿cómo ha dicho que se llama? La conozco. ¡Claro que sí, era una de las integrantes del jurado popular del tribunal penal que condenó a Alberto!

La novedad me sorprendió a mí también. Me concentré unos instantes para reorganizar las ideas.

—Como ve, ahora tenemos también el móvil: la venganza. ¿Qué propone?

—¿Han encontrado el cuerpo?

—No creo. ¿Por qué?

—Hay que encontrar a Alberto. Inmediatamente, antes de que lo localice la policía.

—Quizá sepa dónde dar con él; mejor dicho, creo saber quién lo ha escondido. Pero el delito hay que denunciarlo y rápido: el cadáver se encuentra ya en estado de descomposición.

—No, por favor. Necesitamos tiempo...

—Abogada, está perdiendo los papeles y olvidando su profesión. Cállese y reflexione. Si es verdad lo que ha dicho, o sea que Magagnin es inocente, cuanto más tiempo pase más difícil será para la policía descubrir elementos o pistas a su favor. Lo más urgente es buscar a su cliente y, si averiguo dónde está, como espero, preparar un encuentro. ¿Vale?

—Sí, desde luego. Discúlpeme, pero...

La interrumpí.

—Ahora vuelva a casa. —Y tras un instante de duda—: Tengo que hacer una llamada anónima.

Mientras se alejaba, pensé que quizá había sido demasiado duro. Se había quedado realmente mal. Demasiado para ser abogada.

Volví a casa a las cuatro. No tenía sueño, así que empecé a concentrarme en el que debía ser mi próximo movimiento. Había que sacar a Magagnin de su escondrijo.

La intuición me decía que fuera a llamar a la puerta de Bepi Baldan. Según se decía por ahí, además de ser un traficante de cierto nivel, disponía de los medios para proteger a todos los prófugos que llegaban a él con algo de pasta, siempre y cuando no le saliera más a cuenta venderlos a la policía. Pasaba por un tipo coriáceo, poco propenso a explayarse. Vaya, que para hacerle hablar había que enseñarle los músculos.

Había llegado el momento de que saliera a escena Beniamino Rossini, más conocido en el mundillo como el Viejo Rossini, para diferenciarlo de sus numerosos hermanos. A pesar de su edad, cincuenta años cumplidos, una quincena de los cuales había transcurrido en la cárcel, mantenía un físico esbelto y musculoso, «de ciclista profesional», como le gustaba decir. Era uno de los últimos representantes del viejo hampa milanés, cuya especialidad eran los robos de furgones blindados. Pero había hecho de todo. Había empezado con el contrabando, siguiendo la tradición familiar. Su madre, una vasca francesa, había sido una legendaria contrabandista en los Pirineos hasta el día

en que se encontró a un italiano, delgado y enjuto, que buscaba a un guía para entrar en España de manera clandestina.

Naturalmente yo lo había conocido entre rejas y nos hicimos amigos íntimos después de que lo ayudara a salir de una situación más bien difícil con un grupo de camorristas.

En la «especial» de la isla de Pianosa, tres hombres del jefe de la Camorra Cutolo habían estrangulado a su compañero de celda, un napolitano de la banda rival. Rossini se despertó sobresaltado y durante un puñado de segundos observó la escena, el tiempo suficiente para convertirse en un testigo incómodo. Luego había vuelto a apoyar la cabeza sobre la almohada para hacer creer que no había visto nada. Así lo encontraron los guardias que lo arrastraron hasta la tristemente famosa sección Agrippa, donde las celdas de aislamiento estaban acolchadas y sucias de sangre. Lo apalearon de forma brutal pero él no habló: aquello no era asunto suyo. Al cabo de un par de meses de aislamiento y de interrogatorios se convencieron de que jamás sacarían nada de él y lo trasladaron a la cárcel de Padua, donde lo conocí. Si para los agentes de custodia su memoria ya había dejado de ser un problema, no era así para los de Cutolo, que seguían considerándolo un peligro potencial.

Después de un intento de apuñalamiento en las duchas, que concluyó con sus dos agresores heridos, Beniamino se puso en contacto conmigo y me pidió que hiciera saber a los camorristas que por su parte no había nada que temer y que no tenía la menor intención de mirar por encima del hombro durante el resto de su vida. Esto significaba que los napolitanos tenían que confiar en su palabra o estallaría una guerra sin cuartel.

Con las debidas precauciones me acerqué al jefe de los de Cutolo y, al final de una larga comida, tras haber saboreado un par de dulces típicos de Nápoles, me dijo que las credenciales del milanés y mi papel de avalista eran suficientes para considerar cerrado el «incidente».

Tras su última etapa en la cárcel, cinco años por haber «limpiado» una joyería de la zona de Como, había dejado Milán porque ya estaba invadida por camellos y miserables. Siguiendo mi consejo, se había retirado a un pequeño pueblo de la costa veneciana, Punta Sabbioni, donde se ganaba la vida con el contrabando con la vecina Dalmacia. Era un tío un poco loco, a veces incomprensible, pero un tipo duro de verdad.

Le llamaba siempre que me encontraba metido en situaciones especialmente difíciles. Nunca me decía que no. Por amistad, pero no solo por eso. Para alguien que había crecido en la calle, que conoce todos los secretos,

se trataba, digámoslo así, del placer de revivir las fuertes emociones de antaño. Tal vez conducir una lancha de costa a costa no era algo tan excitante.

Amanecía y la autopista estaba desierta. Empezaba a cansarme de pensar todo el rato en Magagnin y en sus líos. Para seguir despierto y con el cerebro despejado, puse una cinta en el casete del coche y subí el volumen al máximo. Llegué a mi destino antes de haber terminado de oír «Hear My Blues» de Al Smith.

Beniamino vivía en una casita a la orilla del mar. Me abrió una chica extranjera de unos veinte años, que me acompañó a la cocina, donde mi amigo estaba tomando un café.

—Hola, Marco. —Era uno de las pocas personas que me llamaba por mi verdadero nombre—. ¿Quieres un café?

—¿Cómo es que ya estás levantado?

—La verdad es que todavía no me he acostado.

—¿De dónde es? —pregunté, refiriéndome a la chica, que mientras tanto había salido de la habitación.

—Croacia. Quiere ser bailarina en un club nocturno. Pero, y que esto quede entre nosotros, se trata de la enésima refugiada condenada a la prostitución. Lo han decidido todo en su país y yo he recibido el encargo de traerla hasta aquí. Pero cuéntame tú. —Apoyó el antebrazo en la mesa y se echó hacia delante, en mi dirección—. Dime de qué lío quieres que te saque el tío Beniamino.

Lo miré. Se estaba quedando calvo y juraría que aquel bigotillo a lo Xavier Cugat, a lo cantante sudamericano de los años cincuenta, estaba teñido. Sin embargo, aquella piel endurecida por el sol derrochaba la energía y la vitalidad de un veinteaño.

Se lo conté todo.

—Espera, que saco el material —fue su único comentario.

—¡Beniamino! —lo frené mientras abría la trampilla del desván—. Material corto, que no estamos en guerra con nadie.

Cogimos su coche. Era tan llamativo que, por supuesto, despertaba sospechas de que llevaba a unos matones, pero lo elegimos de todos modos porque tenía un escondite para camuflar el «material» que llevábamos. Ningún policía lo hubiera podido encontrar jamás. Si había una cosa en la que

Beniamino y yo estábamos totalmente de acuerdo era en que volver a la cárcel por buscar a alguien como Magagnin era demasiado para ambos.

Bajo los soportales de la calle Savonarola, a pocos metros de la puerta de Baldan, mi amigo me tocó el brazo.

—¿Jugamos al bueno y al malo?

—Vale. Siempre pican.

Llamé varias veces, con modales de madero. Una voz adormilada graznó al telefonillo:

—¿Quién coño es?

Beniamino me miró.

—Dilo tú, que yo no puedo.

—Policía. ¡Abre, Baldan!

La cerradura del portal saltó y subimos corriendo por las escaleras. En el rellano nos esperaba Baldan sorprendido y en calzoncillos.

—¡Hombre, si eres tú, Caimán!

—Pero no está solo —soltó como un eco Beniamino, que ya se había metido en el papel del malo. Se acercó a él, mirándole fijamente a los ojos. Incluso apoyó la frente en la de Baldan y así, sin usar las manos, lo hizo retroceder hasta el interior del apartamento. Directo al objetivo, como siempre.

El camello intentaba recuperar el terreno perdido.

—Caimán, pero ¿qué hace este aquí? —dijo mientras Beniamino, con un ligero empujón del pecho, lo lanzaba al sillón—. Eh, ¿qué coño quieres?

—Ah, no le hagas caso, Baldan. Es un milanés loco que odia a los camellos. ¿Sabes?, su hija murió el año pasado de una sobredosis.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo? Mi material es de primera calidad.

—Le importa un bledo, Bepi. Odia a los camellos en general.

—Bueno, pero ¿qué es lo que queréis?

—Las pillas al vuelo, ¿verdad? Queremos noticias de Alberto Magagnin. Y no económicas palabras.

El camello miró a Beniamino.

—Ha sido Marietto el que ha cantado, ¿verdad? —preguntó, intentando ganar tiempo.

—No —mentí—, no ha sido él.

—Caimán, ¿sabes con quién te estás metiendo?

—Ya sé quién eres, Bepi. Traficas con heroína turca que te proporcionan los veroneses. Cuando tienes problemas con los napolitanos, que trafican con la tailandesa, te diriges a algún madero de confianza, porque también eres un miserable y vendes a la competencia. Dos pájaros de un tiro: traficas pero no corres riesgos porque eres un confidente. Como ves, estoy al corriente de todo, pero fingiré que no me importa. Solo quiero saber dónde está Magagnin. Vas a decírmelo, ¿verdad?

Estaba atemorizado, pero seguía sin cantar. Y, mientras tanto, lanzaba ojeadas furtivas a su alrededor. Sobre todo, intentaba seguir los movimientos de Beniamino, porque le mosqueaba la mano que llevaba detrás de su espalda.

Me alejé para buscar un cigarrillo: la señal de que le pasaba el relevo a mi socio. Se oyó un chasquido violento. Baldan pegó un grito. Me di la vuelta justo a tiempo de verlo rodar por el suelo mientras intentaba ya inútilmente protegerse la oreja izquierda con la mano. Detrás de él, Rossini. Le miré las manos: empuñaban un robusto vergajo.

Seguí haciendo de bueno. Me incliné hacia el camello.

—¿Has visto? Le has hecho enfadar. Ya te había dicho que está loco y odia a los camellos. Dime dónde se esconde Magagnin y nos vamos.

Asintió varias veces llorando de rabia y de dolor. Lo ayudé a sentarse y empezó a hablar. No era un tipo duro de verdad.

Había acertado: Magagnin era un cliente ocasional, aparecía para comprar un par de dosis y luego se desvanecía una temporada. De repente, el lunes por la noche, se había presentado otra vez, visiblemente trastornado, pero con una buena cantidad en efectivo. No paraba de repetir que había terminado con la cárcel. Quería droga y un sitio seguro donde pasar unos días. Le había proporcionado las dos cosas: casi treinta dosis de heroína —cortada, desde luego— y una casa en el campo, propiedad de unos amigos que estaban de vacaciones un par de meses, a la que él mismo le había acompañado. Todo por la módica cifra de ocho millones de liras. Al contado. Pensó que procedían de un atraco o de un robo y que, por tanto, ese era el verdadero motivo de la fuga.

Había llegado la hora de irse. Estaba satisfecho y aliviado por que Baldan todavía no supiera nada del asesinato. Alcancé la puerta, convencido de que Beniamino me seguía. ¡Mierda! Otro chasquido, de nuevo el vergajo en acción.

Volví rápidamente sobre mis pasos. Baldan, con la nariz rota, intentaba restañar la sangre que le corría a lo largo del cuello. Agarré por un brazo a

Beniamino, tiré de él y le obligué a ir por delante de mí hasta que salimos a la calle.

—No había ninguna necesidad de atizarle así —grité furioso—. Ya había cantado. Ahora tendrá que dar explicaciones y lo último que necesitamos es que alguien se ponga a husmear en nuestros asuntos con Magagnin.

—No te preocupes —contestó tranquilo—. No se moverá de casa. Si se deja ver, todos los drogadictos se sentirán autorizados a intentar atracarlo.

—De todas formas te has pasado.

—¿Y qué pasa con la memoria de mi hija muerta por sobredosis?

—¡Coño, Beniamino! Si nunca has tenido una hija, ¿cómo iba a haber muerto de sobredosis?

—Digamos entonces que me he metido demasiado en el papel.

Lo miré. Reía sarcástico y satisfecho. Rompí a reír.

—Estás loco.

Magagnin estaba escondido en una casa por la zona de Abano Terme. Las indicaciones que nos había dado el camello eran tan exactas que la localizamos enseguida: una vieja granja rodeada de campos y reformada con un gusto decididamente *kitsch*.

—¿Sabes, Marco? Si tuviera que construirme una casa en el campo, no pondría en la entrada estatuillas de Blancanieves y los siete enanitos, y de cemento, encima. No pegan ni con cola.

—Hazme un favor, no me cuentes lo que hubieras puesto tú —lo reprendí mientras saltaba la verja.

Llegamos a la parte de atrás de la casa. La puerta cristalera de la cocina tenía una cerradura algo oxidada que cedió con facilidad nada más percibir el toque experto de la navaja de Beniamino.

Encontramos a Magagnin en el salón cómodamente tumbado en un sofá mientras veía un concurso en la tele. Picoteaba galletas de chocolate y bebía un zumo.

Estábamos a su espalda. No nos había visto ni oído.

—Azúcar —me susurró Beniamino.

—¿Qué?

—Azúcar. Los drogadictos lo necesitan todo el rato.

—¿Y te parece este el momento para dar una conferencia sobre las alteraciones metabólicas causadas por la droga? —contesté mosqueado.

Toqué al tipo en el hombro y se dio la vuelta con una lentitud exasperante. Luego me dirigió una mirada totalmente ausente.

—Tranquilo, no somos maderos. Me manda tu abogada. Quiere hablarte, y mejor antes de que vuelvan a esposarte las muñecas.

No hubo reacción. Estaba muy colocado y lejos de la realidad, como en un planeta desconocido. Se encogió de hombros. Siguió mirándome con los ojos azules deslavados y ausentes.

Beniamino se acercó y me hizo señas para que me apartara. Luego se sentó a su lado y le rodeó los hombros con un brazo.

—Déjame a mí, Marco. Echa un vistazo por la casa, que voy a ponértelo a tono.

De eso no me cabía duda. Ya lo había conseguido en la cárcel, aunque no sabía cómo lo hacía. Cualquiera podía jugarse lo que quisiera a que en una media hora Magagnin iba a ser capaz de articular un relato coherente.

En la cocina encontré la miniatura de un barco y un pésimo cuadro al óleo de un caballo al galope. Tanto el marco del cuadro como la miniatura estaban hechos con montañas de cerillas usadas. Material pobre para el clásico trabajo de paciencia que hace quien está obligado a pasar sus días siempre de la misma manera.

Estaba claro que también el propietario de la casa había sido huésped de las cárceles patrias. Por otra parte era previsible, porque Baldan había conocido a sus primeros amigos en el reformatorio. Todo esto solo podía significar una cosa: el lugar no era seguro para un fugitivo.

El asunto no me sorprendía. El plan del camello, si lo hubiéramos dejado trabajar en paz, era seguramente sacarle a Magagnin todo el dinero que llevaba encima y, después, entregárselo envuelto y con un lazo a la policía. En definitiva, el viejo Rossini había hecho bien en romperle la nariz.

En un dormitorio de la planta superior encontré la bolsa de Magagnin. Rebusqué en el interior: ropa sucia, una bolsita transparente con heroína y una buena cantidad de dinero en una bolsa de plástico. Unos siete millones. Eché cuentas rápidamente: estos, más los otros ocho que le había dado al camello, daban una cifra con seis ceros en liras contantes y sonantes; no estaba mal. Un buen pellizco, en manos de alguien que casi siempre estaba sin blanca.

¿Cómo había llegado a sus manos? Algo me decía que aquel dinero pertenecía a Piera Belli y que podía ser la causa de todo lo que había ocurrido: él la había matado porque ella no quería dárselo.

Salí del dormitorio y seguí con la inspección. En el resto de la casa no encontré nada más de interés, solo unas cuantas habitaciones y un gran sótano.

Me fumé un par de cigarrillos mirando al campo y pensando en cómo evolucionaba la situación. Eran las 12:20 del 29 de junio y la noticia del hallazgo del cadáver de la profesora Belli debía de ser ya del dominio público. Había que moverse deprisa, para que la abogada Foscarini se encontrara con su cliente antes de que lo acusaran del asesinato. Aunque el dinero que le había encontrado encima lo habría crucificado a los ojos de cualquiera.

Los futuros movimientos del amigo Baldan merecían también un momento de reflexión. A estas horas también él debía de haberse enterado del asesinato y, si se mencionaba ya el nombre de Magagnin, no podía excluirse que antes o después le apeteciera soplarle a alguien el lugar donde estaba escondido y quizá rematar la historia hablando de mi implicación en el asunto. Pero descarté la idea. No debía de tener ganas de responder preguntas sobre un asesinato: eso habría afectado a sus negocios.

Cuando volví al salón, Beniamino me guiñó el ojo.

—El señor vuelve a estar entre nosotros —dijo con aire satisfecho.

—Gran trabajo. Un día de estos tienes que contarme cómo consigues, socio, ponerlos de nuevo en forma tan rápidamente. —Me acerqué a él y le susurré al oído lo que había encontrado.

Miré a Magagnin. Un chico grandote de ojos tristes y cara antipática. Al pensar en los problemas que iba a causar a los demás reclusos me entraron ganas de darle un bofetón.

Cogí una silla y me senté frente a él.

—¿El nombre de Piera Belli te dice algo?

—Está muerta —contestó con voz inexpresiva.

—Desde luego. La mataste tú.

—No he sido yo.

Su manera de hablar, sin emoción alguna, me sacaba de quicio.

—¿Sabes que entrarás en el firmamento de los criminales gilipollas? Creo que eres el único tío del mundo que ha matado a un miembro del jurado popular del tribunal penal, de tu tribunal penal. Y no te lo pierdas, con el mismo *modus operandi* del delito que te llevó ante el tribunal y ante el cual siempre declaraste con firmeza tu inocencia. Un auténtico genio; es perfecto.

—No he sido yo.

—Ah, ya, se me olvidaba: lo importante es negarlo. Siempre y pase lo que pase. Como todo buen delincuente.

—No he sido yo.

—Vale —corté—. Además no es asunto mío. Mi papel es exclusivamente el de ponerte en contacto con la abogada Foscarini.

—No he sido yo.

—¿Qué quieres, tocarme las pelotas? —Sentía cómo crecía mi deseo de ponerle las manos encima.

Beniamino me detuvo.

—Deja que hable.

—¿Por qué? —pregunté impaciente.

—Pero ¿cómo que por qué, Marco? Ya lo sabes; son las reglas. Lo has acusado de una infamia, ahora él tiene derecho a defenderse.

—Beniamino, no te pases tú también. Mira que aquí no estamos en la cárcel.

—Fuera o dentro, las reglas son siempre las mismas. Ya sé que a ti no te gustan. Ni las nuestras, ni las de los que están limpios. Pero así estás fastidiando al chico.

Tenía razón. Es más, ni siquiera tendría que haber abierto la boca. Me habían contratado solo para encontrarlo. Ya me había expuesto demasiado curioseando en la casa de la muerta.

—¡Habla! —lo exhortó Rossini con aire paternal.

—Ayer. No, el otro día... Mierda, ya no me acuerdo. En fin, me parece todo muy extraño. Salí de la cooperativa a las siete y Piera no estaba allí esperándome como de costumbre. No me lo pensé dos veces y fui a su casa. La puerta estaba entreabierta. Entré (¡menudo gilipollas que estoy hecho!), di una vuelta por la casa y la llamé. Luego, aquel cuerpo tendido en el suelo, cubierto por los cojines. No quería acercarme, pero lo hice. Levanté un cojín y reconocí su cara... Toda aquella sangre..., como la otra vez. «Es una maldición», pensé, «otra mujer asesinada... que no he matado yo». Perdí la cabeza, sentí que las piernas me temblaban, no sé de dónde saqué fuerzas para salir de aquel lugar. Al cabo de un rato me encontré de nuevo en la calle, con la cabeza totalmente vacía y unas ganas locas de meterme un pico para asegurarme de que ya no iba a pensar en nada. Así que fui a ver a Baldan. Me lo había presentado Marietto Carraro. Le conté una bola. Que estaba harto y no quería volver a la cárcel, que solo él podía ayudarme. Le pedí que me vendiera algo de droga y que me consiguiese un lugar donde esconderme...

—Nunca había oído una historia así, chico —lo interrumpió Rossini, desconsolado—. Perdona que te lo diga, pero creo que vas destinado a la perpetua. Me parece que no se lo van a tragar porque..., vamos a ver, no se sostiene. Eres un mentiroso pésimo. O estás mal de la cabeza. Dime: ¿dónde conseguiste todos los millones que le diste a Baldan más los que están todavía en la maleta?

—¿El dinero? Ah, sí, por supuesto. En casa de Piera. Sabía dónde lo guardaba. No quería robar, pero necesitaba aquel dinero.

—¿Y crees que en el tribunal penal colará eso?

—Venganza y robo —intervine, dirigiéndome a Beniamino—: dos móviles de libro. Y como justificación tenemos la misma versión que en el asesinato del setenta y seis. Solo estamos perdiendo el tiempo. Hagamos que se reúna con su abogado y ocupémonos de cosas más serias.

—Un momento. Déjalo que termine. Es todo muy extraño y me gustaría entender con claridad esta historia.

—Escucha, Magagnin, mi amigo tiene razón. No hemos entendido nada. Quizá sería mejor si empezaras desde el principio. Quiero decir, háganos de ella, de Piera Belli.

—¿Qué quieres saber?

—Pues no sé... Por ejemplo, ¿qué clase de persona era? Mejor todavía, ¿por qué os veáis?

Beniamino encendió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Mi socio sabía cómo tratar a la gente.

Aspiró ávidamente unas caladas.

—Pocos días después del final del proceso empecé a recibir cartas en la cárcel. Unas extrañas cartas anónimas, llenas de...

—¿Cartas? No nos hemos entendido. ¿Qué pintan las cartas? Nosotros queremos que nos hables de tu amiga.

—¡Déjame acabar! No sabía quién las enviaba, pero estaba seguro de que se trataba de una mujer. Y esa mujer, según descubrí después, era ella.

—Sigue. ¿Por qué has dicho que eran extrañas? —intervino Beniamino.

—Porque estaban llenas de deseos sucios.

—¿Sucios? ¿En qué sentido?

—Del tipo «me gustaría que me hicieras daño» o «¿me pegarías si te lo pidiera?». «Imagínate que estoy desnuda, con solo una toga de juez encima...». De repente, tal como había empezado, el juego se interrumpió: durante mucho tiempo no recibí más cartas. Hasta que un periódico de Padua publicó la noticia de que yo había conseguido el tercer grado y, por lo tanto,

saldría pronto de la cárcel. Ella volvió a escribirme y en cada carta repetía que podía ayudarme a conseguir la revisión del juicio. Luego las concluía preguntándome: «¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar para saber la verdad?». Empecé a trabajar en la cooperativa Sole y al cabo de poco tiempo me di cuenta de que en la explanada frente a la salida a menudo había aparcado un Golf metalizado. Un día crucé la mirada con la mujer que estaba al volante. Fue solo un instante, pero me dio tiempo a reconocerla: no olvidas las caras de los jurados que te condenan. Fue entonces cuando comprendí que las cartas eran suyas. Pero no sabía cómo abordarla. Al final lo hizo ella, unos días después. Subimos al Golf y me llevó a su casa. Me dijo que tras el juicio había descubierto que yo era inocente, que podía ayudarme. Pero a cambio tenía que hacer determinadas cosas... —Nos miró, quizá para ver nuestras reacciones, pero nuestros rostros eran impassibles—. Me dijo que le había gustado la atmósfera del juicio, que la había excitado. Y que yo también la excitaba. Vaya, que le gustaba vestirse de juez y que le hicieran daño.

—*Bondage* —intervine—, sadomaso ligero. Pero eso de vestirse de juez no lo había oído nunca.

—¿Te la follabas? —preguntó Beniamino.

—No. La ataba, la azotaba un poco... Cosas así. Íbamos a su casa y me entregaba una de sus cartas, donde había escrito lo que la excitaba aquel día. Luego se metía una raya de coca y me llevaba al dormitorio. No os lo vais a creer, pero lo escribía absolutamente todo, no descuidaba ningún detalle. Una loca y, como si no fuera suficiente, también tenía la manía de las fotos con disparador automático. Cada vez un carrete. A menudo invitaba a una amiga que tenía los mismos gustos, pero a esta al final había que follársela.

—¿Quién era la amiga?

—No me creeréis, pero no lo sé. Me parece que era una dependienta.

—¿Y tú? —preguntó Rossini.

—Yo le seguía el juego. Estaba claro que Piera sabía algo. Seguía repitiéndome que podía demostrar mi inocencia pero que había que esperar un poco para descubrir «nuestras cartas». Decía justamente eso: «nuestras cartas». Estaba loca, aunque no era mala persona. Sí, tenía sus perversiones, pero me trataba bien: me daba dinero, me compraba trajes, me lavaba la ropa. Todavía me faltaban once meses para acabar el tercer grado y decidí que hasta entonces me convenía estar con ella. Con alguien que, como yo, no tenía a nadie.

—¿Ni un solo pariente?

—Era hija única. Sus padres habían muerto unos años antes y ella nunca se casó.

—¿En qué trabajaba?

—Era profesora, pero no este año. Estaba en...

—¿Excedencia?

—Sí, justo eso.

—Pero, entonces, todo aquel dinero —insistí—, ¿de dónde venía? ¿Había recibido alguna herencia?

—No lo sé. Pero siempre tenía una buena cantidad y, además, en metálico. Lo guardaba detrás de una estantería, metido en un pequeño escondrijo secreto donde guardaba todo lo que no quería que vieran los demás. Gastaba sin límites. Compraba muebles nuevos para toda la casa y necesitaba continuamente agenciarse más coca.

—¿A quién se la compraba?

—No lo sé.

—¡No puede ser! Una prueba, has de tener alguna de lo que has dicho — salté.

—No —contestó desolado, bajando la mirada.

—¡Dios! Si no has sido tú, como dices, entonces ¿quién diablos la ha matado?

—No lo sé, no lo sé, no lo sé. ¡Basta, dejadme en paz! —nos pidió exasperado.

—Una pregunta más. ¿Cuándo entraste por última vez en aquella casa?

—El lunes.

«O sea el 26 de junio —pensé—. Entonces lleva tres días muerta».

—¿Y a qué hora llegaste?

—Debían de ser las ocho menos cuarto.

Beniamino me hizo una seña y lo seguí fuera de la habitación.

—¿Le crees?

—No. En mi vida he oído una historia más absurda. ¿Sabes lo que te digo? Ese está completamente loco. Si yo fuera su abogado, me la jugaría con la carta de la enfermedad mental. A lo mejor lo sueltan al cabo de diez años de manicomio. ¿A ti qué te parece?

—Pienso que, por increíble que parezca, no se lo puede haber inventado todo.

—Es verdad —contesté—. Está claro que tenía una relación con la muerta y que esta, para estar con alguien como él, debía de estar algo zumbada. Pero el resto de la historia es una retahíla de gilipolleces. Y, además, ¿quién te dice

que se tratara de verdad de una relación? A fin de cuentas, él no se la follaba. A lo mejor a ella solo le daba pena y había decidido ayudarlo como una dulce y tierna madrina. Para mí las cosas sucedieron así: discutieron, ella lo amenazó con que no le daría más dinero, él perdió los nervios y se la cargó. No olvidemos que contribuyó a que le cayesen dieciocho años de cárcel y que, no precisamente debajo del colchón, pero casi, tenía quince millones en efectivo.

—Pues no sé. —Beniamino se atusó el fino bigote—. De todas formas, creo que ahora no se puede hacer nada más que llevarlo ante un abogado: el suyo.

—Yo de aquí no me muevo.

Nos volvimos de golpe. Se había acercado adonde estábamos sin que nos diéramos cuenta.

—Ya vuelves a comportarte como un gilipollas —afirmó Beniamino—. Sabes que necesitas hablar con un abogado. ¿Cuánto crees que tardarán en encontrarte?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Por qué os empeñáis en hacerme creer que los demás me escucharán? Harán exactamente lo mismo que vosotros. Ahora no me importa nada un carajo. Me quedo aquí. Lo único que quiero de verdad es quedarme solo para poder meterme en paz. Largaos, bastardos.

—Me entran ganas de romperte la cara por lo que acabas de decir, pero no voy hacerlo. En vez de eso te daré un poco más de tiempo para que cambies de idea y, además —miré el reloj—, ahora están a punto de empezar las noticias regionales. No estaría mal que también tú te informases de las últimas noticias del caso.

La presentaron como la noticia más relevante de todo el informativo. Las imágenes del caso, emitidas justo después de los titulares, confirmaban el interés suscitado: se veía el jardín de la casa en la que había tenido lugar el asesinato, con un gran número de periodistas e investigadores pululando por allí. El delito, contaba el periodista, se había descubierto al amanecer gracias a una llamada anónima. Beniamino se volvió hacía mí y me dedicó un breve aplauso. Sobre la base de las entrevistas realizadas —una al director del colegio donde la víctima enseñaba lengua y literatura inglesas, las otras a los vecinos— se trazó el perfil de una personalidad de rasgos positivos sin sombra de dudas. Al final, el magistrado encargado de la investigación

declaraba estar a la espera de conocer, a lo largo de esa misma tarde, los resultados de los primeros análisis forenses, pero de todas formas podía adelantar, sin violar el secreto del sumario, que las pruebas que se habían obtenido hasta aquel momento permitían hacer recaer las sospechas sobre una única persona.

Apagué el televisor.

—Lo están buscando.

—Ya.

Magagnin se mantuvo inamovible. Después de negarse por enésima vez a seguirnos, lo dejamos en compañía de la heroína y marchamos hacia Padua.

Durante el viaje de vuelta seguí dándole vueltas a la idea de que estaba harto de la historia: no veía el momento de encontrarme con la abogada, ponerla al corriente de los últimos sucesos y saldar el cobro de mis honorarios.

Beniamino conducía en silencio. Me di cuenta de que él no quería interrumpir el flujo de mis pensamientos. Un par de veces rozó las pulseras de oro que llevaba en la muñeca izquierda. Me di cuenta de que desde nuestro último encuentro se había comprado otra. Advertí divertido que, tomando en consideración el orden de aparición de cada una de ellas, la próxima iba a ser sin duda más vistosa y maciza.

A lo largo de la tarde resultó imposible encontrar a la abogada Foscarini. Una serie de voces femeninas amables y profesionales contestaron a los diferentes números a los que llamé que la letrada no había dejado ningún mensaje de cuándo iba a volver. El móvil estaba desconectado.

El calor no daba tregua. Para engañar la espera nos refugiamos en un bar del barrio Forcellini. El ambiente era fresco y más bien tranquilo, y el encargado demostraba que aprendía rápidamente a saber cuáles eran los gustos de sus clientes. En mi caso no se olvidaba nunca de servirme una copa de la reserva de calvados Roger Groult, que estaba guardada en exclusiva para el que suscribe. Beniamino pidió vodka y le gustó mucho el Absolut que le aconsejé.

Hablamos poco porque sentíamos curiosidad por las conversaciones de los demás clientes. Por supuesto comentaban el asunto Belli, la noticia del día. El típico parlanchín intentó implicarnos en la discusión preguntándonos si considerábamos justa la pena de muerte en casos como esos. Pero nuestras miradas poco cordiales lo disuadieron de esperar una respuesta.

Eran poco más de las ocho y media cuando por fin logré localizar a Barbara Foscarini.

—Abogada —empecé con una voz ligeramente pastosa—, cuando uno se compra un móvil lo hace para estar siempre localizable, sobre todo si se dedica a un oficio como el suyo y tiene clientes difíciles como Magagnin.

—¿Lo ha encontrado? —preguntó, haciendo caso omiso de mi pequeña parrafada.

—Sí.

—¿Puede venir a mi despacho, digamos en un cuarto de hora?

—Voy para allá.

Pagué las consumiciones y le hice unas señas a Beniamino para que me siguiera.

El despacho de Barbara Foscarini estaba cerca del tribunal. A aquella hora las oficinas ya estaban vacías y no fue difícil encontrar aparcamiento. Beniamino quiso esperarme en el coche.

—¿Sabes una cosa, Marco? Al abogado, como al médico, solo voy cuando es absolutamente necesario.

No esperaba encontrármela abriéndome la puerta, pero luego recordé que la secretaria debía de haberse ido ya a casa. Me pareció más bien cansada y deprimida.

—Un mal día, ¿eh? —la saludé mientras entraba por la puerta. Me preguntaba, con cierta incomodidad, si podría disimular con suficiente naturalidad el excesivo nivel de alcohol.

Me dejó pasar al despacho, se sentó tras el escritorio y empezó a mirarme en silencio con aire inquisitivo. Me olvidé por un momento de su presencia — al diablo con aquella mirada— para concentrarme en la decoración de su oficina. El estilo era completamente impersonal. Me esperaba algo mejor de una persona tan sofisticada.

—¿Y bien? —preguntó, interrumpiendo mis reflexiones.

Le describí los últimos acontecimientos. Por supuesto obvié mencionar aquellos detalles que por su profesión no le hubiera gustado conocer, como el incidente con la nariz y la oreja de Baldan.

—Ahora es su turno —concluí.

—Pues, como se habrá imaginado —empezó, mientras se ponía de pie—, han dictado una orden de busca y captura. Antes del mediodía ya habían identificado las huellas digitales y relacionado el pasado de la jurado Belli

con mi cliente. Mañana estará en todos los periódicos. No he logrado hablar con el juez, a pesar de que he estado toda la tarde en el juzgado. Afortunadamente conozco a un jefe de registro que me ha tenido al corriente de cómo iba desarrollándose la situación y me ha proporcionado una copia de los informes de la policía científica y del médico forense. Esperaba que se hallase algún elemento que pudiera exculpar a Alberto, pero por desgracia todos lo implican. El caso ya está cerrado para los investigadores.

No conseguí refrenar la lengua.

—Me parece un poco irregular conseguir las actas de ese modo.

—¡Ah, si fuera solo eso! A lo mejor no sabe que se ha convertido en una costumbre leer en los periódicos las declaraciones de los interrogatorios, a pesar de que están protegidas por el secreto de sumario...

—¿Sigue convencida de que es inocente?

—Sí, y me gustaría que dejara de preguntármelo.

—Simple curiosidad. Bien, mi encargo ha acabado, he resuelto el misterio del cliente desaparecido y ahora sabe dónde localizarlo. Si fuese tan amable de entregarme el dinero que me debe, me quitaría de en medio.

Sonó el teléfono mientras ella formaba un montoncito ante mis ojos con billetes de cincuenta y de cien mil liras. Se quedó a la escucha unos segundos.

—Perdone, no puedo postergar esta llamada, intentaré acabar en pocos minutos —me aseguró, mientras salía para coger el aparato en la otra habitación y hablar desde ella.

Asentí con la cabeza, resignado ya a la perspectiva de una larga espera: sé por experiencia que las llamadas de los abogados solo son breves en la intención.

Una vez solo, encendí un cigarrillo y fui a paladearlo junto a la ventana. Desde esa posición podía seguir el ir y venir de la gente y de los vehículos. La encrucijada de calles definía trayectorias imaginarias sin solución de continuidad. En la parte más alejada de mi campo visual estaba el coche donde me esperaba Beniamino. El primer segmento de ceniza cayó sobre el parqué. Me desperecé de mis meditaciones: tal vez aquello no iba a gustarle a la abogada. Intenté localizar un cenicero con la mirada. Nada. Me dirigí perezosamente hacia el escritorio. Había un cajón abierto y, dentro, una carpeta gris. El encabezamiento decía: PIERA BELLI - INFORME DE LA INVESTIGACIÓN DE LA POLICÍA CIENTÍFICA - INFORME DE LA AUTOPSIA.

Cogí el expediente sin dudarle un solo instante, empujado desde luego por la curiosidad pero aún más por la necesidad de ahuyentar cualquier temor de haber dejado huellas de mi paso en la casa de la calle Torlonga.

Mientras la ceniza seguía cayendo en la lustrosa madera, hojeé rápidamente las primeras veinte páginas, ocupadas por completo con la descripción de la escena del crimen. Seguían las dedicadas al estado del cadáver.

A la mitad de la vigésima cuarta página aparecía escrito: «Objetos ornamentales: en el cuello, una cadenita de metal blanco; en la muñeca derecha, una esclava de oro y, en la muñeca izquierda, un reloj de marca Rolex con correa metálica, parado a las 7:36 o a las 19:36 del día 28».

Volví a leer la última parte. Un estúpido error de transcripción. Estaba seguro, segurísimo, de que las horas transcritas estaban equivocadas. Revisé las hojas que quedaban dentro de la carpeta. Cuando vi la copia fotográfica de la Polaroid de la muñeca izquierda, me sobresalté. La posición de las agujas confirmaba lo que indicaba el informe.

Sin embargo, estaba absolutamente seguro de que yo no había cometido ningún desliz: daban la razón a mi memoria los cálculos según los cuales había establecido que el reloj tenía que haberse parado entre siete o diecinueve horas antes de que descubriera el delito.

Todo me inducía a pensar que aquel loco de Magagnin debía de haber vuelto a la casa, era posible que para buscar más dinero, y que, una vez allí, había manipulado el reloj. ¿Para enturbiar las aguas? No, no tenía sentido. No hubiera dejado huellas digitales por todas partes, tal como hizo. Y además, ¿cómo hubiera ido de Abano a Padua sin coche? Bepi Baldan lo había dejado en aquella casa desierta y la primera parada de autobús estaba a tres o quizá cuatro kilómetros de distancia a pie; además, se encontraba en unas condiciones físicas que no le permitirían en cualquier caso moverse con facilidad, sobre todo sabiendo que la policía le pisaba los talones. Algo no encajaba.

Dejé aquellos papeles sobre la mesa y me pasé la mano por la cara. El relajante sopor del alcohol estaba desvaneciéndose. Por un lado me sentía empujado, por una suerte de instinto, a dar por zanjado el asunto —así podría disfrutar en paz del dinero que me iban a entregar dentro de poco y, con él, comprar discos y botellas de calvados de una buena cosecha—; por otro, mi mitad *blues* volvía a aparecer, me tiraba de la manga y me pedía que no me alejara, que siguiera buscando. Yo y mi maldita necesidad de entender, de no dejar a mis espaldas nada sin resolver.

Mi mente pescó un *blues* adecuado para la ocasión:

*You closed your eyes
And neon spun inside your head*

*cause it was dark outside.
You read your Bible
but God never came.*

Barbara Foscarini abrió la puerta en aquel preciso instante.

—Buratti, ¿quién le ha autorizado a husmear en mis cajones?

—¿Por casualidad no tendrá un cenicero? —le pregunté, señalando el filtro aplastado en un elegante tintero de cristal.

—Devuélvame de inmediato esos papeles.

—No se irrite por tan poca cosa. Siéntese y concédame un poco de su tiempo.

Le conté rápidamente lo que había descubierto.

—¿Está seguro de su memoria?

—Le aseguro que las agujas estaban paradas a las 4:36; o a las 16:36, como prefiera.

Me sometió a una batería de preguntas como si se tratara del contrainterrogatorio de un gran juicio. Mis respuestas finalmente la convencieron. No podía ser de otra manera; cuando miras la hora en el reloj de la muñeca de un cadáver, no se te olvida para el resto de tu vida.

Como buena abogada, intentó utilizar este nuevo elemento en favor de su cliente, pero resultó imposible integrarlo en una reconstrucción de los hechos que de alguna manera pudiera exculparlo.

Me coloqué el expediente bajo el brazo.

—Oiga, es inútil que estemos aquí elucubrando sobre fantasías, estamos demasiado cansados. Corremos el riesgo de perder un tiempo precioso. El único que puede desvelar algo sobre este misterio es Magagnin y ahora mismo voy a hablar con él. Me llevo las copias de las fotos. Algo recordará... si no está demasiado colgado, es obvio.

—¿Significa eso que pretende llevarse el expediente? Recuerde que lo he conseguido de manera extraoficial y que, además, todavía no he acabado de examinarlo.

—No se preocupe, mañana se lo devuelvo.

Me agarró del hombro.

—Convénzalo de que hable conmigo. Tiene que entregarse voluntariamente lo antes posible. Todavía puede salvarse. Es inocente y lograré demostrarlo.

—Lo intentaré. De todas formas, ¿ha considerado la idea de que la única manera de que la escuche es ir a verlo?

—Prefiero no hacerlo. Si llegase a saberse, podría dañar la imagen de la defensa. Lo mejor es que él venga a mi despacho y luego vayamos juntos a ver al juez.

—No creo que le entusiasme la propuesta, pero intentaré convencerlo. La llamaré mañana por la mañana... ¡y no desconecte el maldito móvil, por favor!

En el coche puse a Beniamino al corriente de mi último descubrimiento.

—O sea, Marco, si no lo he entendido mal, alguien entró en aquella casa en el lapso de tiempo comprendido entre el momento en que saliste, sobre la medianoche del veintiocho, y la llegada de la policía, hacia las cinco de la madrugada del veintinueve, y cambió las agujas del reloj. ¿Correcto?

—Las cinco y veinticinco —corregí mientras leía el informe de la policía científica.

—¿Magagnin?

—No veo quién puede ser sino él, aunque me parezca increíble que decidiera volver allí. No tiene sentido.

—Nada en esta historia lo tiene.

Volvimos a entrar en la casa de campo por la puerta trasera de la cocina. Lo encontramos tumbado en el mismo sofá con la televisión todavía encendida: Charlot se las veía con un guardia de gran mostacho, con una porra y mirada de pocos amigos. Pero Magagnin no se reía. Estaba muerto. Un cordón de zapato comprimía su brazo izquierdo, una jeringuilla colgaba de una vena tumefacta. Lo toqué. Estaba caliente.

—Sobredosis —comentó Beniamino.

—Ya. —Toqué la bolsa de la droga. Faltaba bastante.

—¿Crees que se ha matado?

—No lo descartaría. Estaba jodido.

—¿No te parece, cómo te lo diría, más alto?

—Ya, los cadáveres siempre parecen más grandes.

Nos quedamos de pie mirándolo todavía unos minutos más y luego Beniamino abordó el problema.

—¿Qué hacemos con él?

—Estoy pensando en ello. —Sopesé el expediente—. Prepárame una buena dosis de café. Quiero leer estos papeles atentamente antes de tomar una decisión.

Me instalé en un sillón frente al sofá y al cuerpo de Magagnin. Cada vez que pasaba página, no podía evitar ver aquel brazo con la jeringuilla. Releí el informe de la policía científica: no decía nada nuevo. Pasé al de la autopsia.

El juez había planteado en el peritaje las cuestiones habituales: «Causa de la muerte, momento de la misma, medios que la han provocado. En caso de que se trate de heridas de cualquier naturaleza, para las cuales se pueda establecer la dinámica de concurrencia por parte de otra persona, hay que establecer la posición recíproca. Procédase por último a extraer fragmentos de todos los órganos y de los líquidos y humores orgánicos de los cuales se realizarán los respectivos exámenes histológicos y toxicológicos».

El perito se curaba en salud ya desde la primera página y consideraba más oportuno remitirse a la redacción definitiva, que tendría la ventaja de contar con todos los análisis y que, de todas formas, no estaría lista antes de un mes.

De momento había que contentarse con una descripción, algún dato y muchas hipótesis. La descripción coincidía con la de la policía científica, también en la hora que indicaba el reloj de la víctima.

Entre los pocos datos que suministraban los análisis del laboratorio me chocó sobre todo uno: en la orina de Piera Belli se había hallado una discreta concentración de benzoilecgonina. No se comentaba el dato, pero cualquiera que haya estado en la cárcel sabe que la benzoilecgonina es el principal metabolito de la cocaína.

Por tanto había ya un detalle sobre el que, evidentemente, Magagnin no había mentido: la profesora en excedencia, exjurado popular del tribunal penal, se metía coca.

Ahora las cosas cuadraban menos todavía.

A ratos interrumpía la lectura para tomar un sorbo del café que mientras tanto me había preparado Beniamino. Fuerte y con mucho azúcar, como habíamos aprendido a hacerlo en la cárcel. El mío era un gesto superfluo y mecánico: no me hacía falta porque estaba perfectamente lúcido. De hecho, hubiera preferido que mi amigo me ofreciera algo de alcohol. Así, a lo mejor hubiera logrado desprenderme de la inquietud que sentía, de la dentellada que atenazaba mi estómago.

El informe mencionaba también cuarenta y nueve heridas provocadas por un arma punzante y cortante con una hoja de tres centímetros, con toda probabilidad un cuchillo para cortar queso «ancho y con el mango protegido en la palma de la mano, de manera tal que no lacera los bordes de la herida y encaja bien con el puño armado más que con la mano armada». Las hipótesis sobre un arma tan singular derivaban del hecho de que todas las heridas,

excepto tres, habían penetrado solo uno o dos centímetros en la carne. De estas tres —la primera en el pulmón derecho, de tres centímetros y medio de profundidad; la segunda, de cuatro, en el hígado, y al final la última, de cinco, en la base del cuello, desgarrada y con los contornos irregulares— ninguna había resultado inmediatamente mortal. La presencia de un litro de sangre en el estómago demostraba que Piera Belli, en cuanto había empezado la serie de golpes, había reaccionado de manera instintiva buscando protección en el suelo acurrucándose sobre sí misma, sin duda aún despierta y consciente.

Luego había permanecido inmóvil mientras el asesino se ensañaba con ella, tragando su propia sangre, que ya había penetrado en la parte alta de la faringe. La agonía duró de diez a veinte minutos. Poco a poco llegó el sopor, luego la inconsciencia y finalmente la muerte, causada no tanto por la hemorragia como por la asfixia, debida a la presión en la cabeza y en el tórax de los cojines tomados del sofá.

Sobre este otro aspecto singular del asesinato, el perito conjeturaba la posibilidad de que el autor del crimen no hubiera podido «soportar la visión de aquellos ojos desorbitados y todavía lúcidos, como suele suceder en la primera fase de *shock*».

Fue más tarde, al leer las hipótesis correspondientes al momento de la muerte, cuando descubrí que las cosas no cuadraban en absoluto.

El cadáver presenta signos de incipiente enfisema putrescente, además de incipiente eyección de los globos oculares, equimosis en labios y cara, epidermólisis parcial, aparente adiposidad y ropa parcialmente adherida, pérdida de orina, abdomen túmido, amplias manchas atróficas sobre el mismo, que se confunden con las debidas a la equimosis, abundantes larvas de mosca en los bordes de las heridas, goteo de cadaverina desde las fosas nasales y la cavidad nasobucal. Habida cuenta de la temperatura estival, el ambiente estrecho y poco ventilado, la acción aislante de la ropa y los tres grandes cojines que cubrían el cadáver, podemos conjeturar que la muerte tuvo lugar al menos tres días antes del hallazgo.

Estas conclusiones no tienen ningún rigor científico, y se basan solo en una larga experiencia profesional. De hecho, la reconstrucción del proceso de putrefacción presupone el conocimiento exacto de las variaciones térmicas hora a hora. Aplíquese lo mismo respecto a la humedad y la ventilación, la iluminación directa o indirecta, las causas de la muerte, la duración de la agonía, el tiempo transcurrido desde la última comida, el tipo de alimentos ingeridos, la naturaleza y la presencia de la flora intestinal, la composición molecular de las proteínas y todas las otras posibles variables de la materia orgánica. De hecho la putrefacción la determinan gérmenes procedentes del intestino, después de multiplicarse prolíficamente en el momento de la muerte del organismo que los acoge.

Aun así, sería suficiente un antibiótico, un suave laxante u otros medicamentos o una simple distonía intestinal de consecuencias indetectables para trastocar de manera radical toda suposición.

El único dato que podría fijar con exactitud el día y la hora del deceso es el que se puede colegir del reloj hallado en la muñeca izquierda de la víctima. Al no romperse en el curso de la

acción homicida y al ser de carga automática, esta se vería interrumpida al finalizar el movimiento de la muñeca. Mediante un peritaje especializado que, como ha ocurrido en otros casos, calcule la duración de la carga del mecanismo, se podría establecer la hora en cuestión.

Volví a cerrar el expediente con un movimiento seco y me sorprendí mirando con fijeza a los ojos a Magagnin. Era la segunda vez en pocos días que me topaba con la mirada desorbitada de quien lleva consigo la imagen de la muerte. Esta última, indiscutiblemente más rápida y menos cruel, pero también violenta. De sus ojos parecía asomar una sombra de reproche.

Tenía algo de razón. Me había equivocado de parte a parte.

—Beniamino, era inocente.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Me levanté de la silla para coger un cigarrillo.

—Si no me hubiera tropezado con el cadáver de Piera Belli y, sobre todo, si no hubiera mirado su reloj, no lo habría descubierto nunca... Pero, debido a ello, he llegado a la conclusión de que sin duda alguien volvió a aquella casa y que lo hizo después de haber cometido el delito, pero que no fue Magagnin.

—Siempre y cuando no te equivoques.

—La abogada Foscarini me lo repitió hasta veinte veces pero, después de leer el informe del perito, ya no me cabe ninguna duda: han manipulado las agujas. Puedo afirmarlo con certeza ahora que comprendo la importancia que tienen en la situación en la que nos encontramos. Un delito premeditado, organizado y ejecutado con un doble propósito: eliminar a la mujer y lograr que la culpa recaiga sobre quien se prestaba, mejor que nadie, a tal fin. Y me refiero, por supuesto, a nuestro preso en régimen abierto, que visitaba con frecuencia la casa de la víctima y mantenía con ella una relación insólita de verdad. Y esto era así desde diferentes puntos de vista, y no sería el menos significativo que ella había sido miembro del jurado popular precisamente en el tribunal penal que quince años antes lo había declarado culpable de un asesinato muy parecido al que ahora nos ocupa. El asesino pretendía que Magagnin acabara en la cárcel y que las investigaciones se centrasen única y exclusivamente en él. Como, de hecho, ha ocurrido. En fin, el clásico crimen perfecto, que puede definirse como tal no cuando no se descubre al autor, ya que siempre existe la posibilidad de que un día los maderos llamen a su puerta... sino cuando se acusa y condena a un inocente en su lugar. Solo así, y gracias a la inconsciente complicidad de la justicia, la impunidad está garantizada para toda la eternidad.

—Alto, para un momento —me interrumpió Beniamino—. Pareces mi abogado: tanta palabra bonita y tan poca sustancia. No he entendido todavía qué finalidad tiene la manipulación de las agujas.

—Ahora te lo explico. Recuerda que Magagnin había ido a la cooperativa Sole también aquel lunes. Por lo tanto, solo habría podido matar a la mujer al acabar el trabajo: a las 19:00, las siete. Pero a esa hora ya estaba muerta. El

asesino, por tanto, tuvo que adelantar tres horas las agujas del reloj para que el asesinato pareciera haber ocurrido precisamente cuando Magagnin ya no tuviese ninguna coartada ni testigo que pudiera exculparlo. Pero ojo: las agujas no se movieron enseguida porque en aquel momento no tenía ningún sentido hacerlo. Si el delito se hubiera descubierto la misma noche o al día siguiente, el detalle del reloj habría tenido muy poca relevancia, porque aún estaría en funcionamiento. Las huellas digitales y el *modus operandi* del asesinato habrían sido suficientes para inculpar a Magagnin. Solo más tarde el reloj se ha convertido en un elemento fundamental, cuando el cadáver ya empezaba a descomponerse. A partir de ese momento un simple peritaje hubiera bastado para establecer con exactitud la hora en que ocurrió el delito. Dejar el Rolex tal como estaba significaba convertirlo en la prueba decisiva de descargo del sospechoso. El asesino inevitablemente tuvo que modificar su plan y volver a casa de la víctima. De otro modo se hubiera ido todo al garete: un objeto tan pequeño habría desbaratado un plan bien concebido e indiscutible.

—¿Y por qué no se lo llevó consigo? En su lugar no me lo habría pensado dos veces y me lo hubiera metido en el bolsillo.

—Podía convertirse en la clásica nota desafinada, que complicase la situación más que simplificarla. En cambio, el hecho de haber adelantado las agujas le da un vuelco a la situación: el reloj pasa a ser una prueba de cargo contra Magagnin y una coartada de hierro para el verdadero asesino, que, puedes apostar lo que quieras, tendrá un montón de testigos dispuestos a afirmar que se encontraba en cualquier otro sitio desde las 19:00 del lunes.

—No me salen las cuentas, Marco. ¿Cómo podía el asesino saber todas esas cosas sobre la descomposición de los cadáveres y ese tipo de mandangas? Mira que he conocido matarifes en mi vida, pero ninguno de ellos sería capaz de prever tal cantidad de factores. Y, sobre todo, jamás se arriesgaría a volver al lugar del delito.

—Ya te lo he dicho, se vio obligado a hacerlo. El riesgo que corrió fue notable, pero le ha permitido no quedar fuera de juego. Si todo le sale bien, al final se encontrará con la carta del crimen perfecto en la mano. Y todo gracias a su capacidad de considerar incluso los menores detalles con un notable don de la oportunidad. Desde luego, es alguien que sabe de lo que va el tema. Lúcido, avisado y meticulado.

—¿Un profesional? ¿Un asesino a sueldo?

—No creo, aunque Piera Belli debía de andar metida en algún lío raro. A propósito, se me ha olvidado decirte que Magagnin no mintió en lo de la coca:

había una buena cantidad de benzoilecgonina en la orina. Me inclino a sospechar de alguien tan próximo a la mujer que de no haber tenido lugar la providencial aparición de Magagnin habría corrido el riesgo de entrar enseguida en la rueda de los sospechosos.

—Puede que tengas razón..., pero tu reconstrucción se basa en elementos algo frágiles, como diría mi abogado. Desde luego, si alguien ha vuelto a aquella casa no ha sido el muerto del sofá. No tenía sentido que lo hiciera y, además, está el problema del transporte. Lo he comprobado: aquí no hay ni siquiera una bici.

Me quedé largo rato sumido en mis pensamientos hasta que Beniamino volvió a plantear el problema principal.

—¿Y qué hacemos con él ahora? —preguntó, señalando el cadáver.

—Depende del tipo de final que queramos darle a la historia. ¿Decidimos pasar de todo? Pues dejamos que todos los que están a la caza ahí fuera lo encuentren y el caso se cerrará para siempre. Los muertos enterrarán a los muertos y un asesino vivirá tranquilo el resto de su vida. Si, por el contrario, queremos seguir en el ajo, lo primero que hay que hacer es esconder el cadáver: mientras sigan buscándolo el caso seguirá abierto.

—¿Quieres descubrir quién es el asesino?

—Sí. Somos los únicos que podemos hacerlo. Hablo en plural porque sin tu ayuda y la de Barbara Foscarini ni siquiera podría intentarlo.

—¿Y luego?

—Luego, ¿qué?

—¿Lo denunciarás?

—Oye, Beniamino, ¿no te preocupará la suerte de alguien que quiere librarse de un delito endosándole la culpa a un desgraciado como el que tenemos delante? Está claro que el asesinato fue premeditado y que el autor tomó como modelo el caso del setenta y seis gracias al cual este tío acabó en la cárcel. ¿Y sabes por qué? Porque Magagnin era el culpable perfecto: tercer grado, drogadicto que había terminado de echarse a perder metiéndose en una turbia historia con la muerta. ¿No es un crimen asqueroso? ¿Una injusticia insoportable? O, mejor dicho, ¿una infamia, como decís vosotros, los del hampa?

—Sí, es una infamia, pero descubrir asesinos es trabajo de maderos y jueces. Dejémoselo a ellos.

—Ellos ya tienen a su asesino y es la persona equivocada. He descubierto su inocencia —señalé el cadáver— y ahora quiero demostrarla, pero para hacerlo debo conseguir el nombre del bastardo que ha quitado de en medio a

la mujer y ha utilizado al chico como un títere hasta empujarlo a meterse en vena heroína suficiente para reventarse el corazón. No puedo presentarme ahora ante el juez y soltarle que no estoy de acuerdo con lo que han escrito en el informe pericial sobre el reloj de la Belli. Me metería en un montón de líos y nadie me creería.

—Ya está muerto, Marco. ¿Qué quieres que haga con su inocencia?

No podía contener la rabia.

—¿Qué? —grité—. Tenía la posibilidad de volver a empezar y, precisamente en el momento crítico, van y le joden. ¡Todos! Piera Belli, que ha jugado con su vida; el asesino, que lo ha implicado; la justicia, que lo busca, y la heroína, que lo ha matado. Aquí no se trata de jugar a policías y ladrones, sino de restablecer la verdad. Era inocente. Tiene derecho a que se le haga justicia aunque esté muerto.

—La justicia que tú nunca tuviste, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver eso? —salté, alterado porque Beniamino comparara mi vida con la de Magagnin.

—Tú también eres el culpable ideal: estudiante sin matrícula, cantante de *blues* con el vicio de la copa, costumbres no del todo irreprochables y un montón de ideas raras en la cabeza. No se molestaron en averiguar si al menos tenías algo que ver con el tío que habías alojado en tu casa, solo te propusieron que te arrepintieras y enchironaras a gente que ni siquiera conocías...

—Dios, Beniamino, ¿adónde quieres ir a parar?

—A enseñarte un poco cómo es la vida, porque a veces te comportas como un pardillo. Mira cómo trataste a este desgraciado. Desde el primer momento en que lo viste lo acorralaste sin concederle un respiro. Te decía que era inocente y tú te reías en su cara. Ahora te sientes culpable, un mierda por lo que hiciste, y quieres tranquilizar tu conciencia descubriendo al asesino..., suponiendo que haya alguno. Pero olvidas una cosa: la justicia tiene sus reglas y una de ellas es no desafiarla en su propio terreno. Puedes intentar eludirla, pero nunca desafiarla. Esta cruzada tuya en busca del culpable es un lujo que puede costar muy caro, sobre todo si pone en la picota a maderos, magistrados y a todo su séquito. Métete en la cabeza que no estás «limpio», que no puedes permitirte ponerte en el papel del ciudadano indignado. Los tipos como tú y como yo siempre parecemos culpables. Somos la escoria de la sociedad. Nos pueden hacer trizas. Como y cuando quieran.

—Deja de hacerte el hampón sabelotodo. Contesta: ¿sí o no?

—Sí, no te voy a dejar solo en este follón, pero lo hago únicamente porque estás en deuda con el chico y yo lo estoy contigo. Y con una condición: nos mantendremos a cubierto. Si descubrimos algo, que se ocupe la abogada de hablar con el juez. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Le di la mano y lo besé en las mejillas. Sabía que yo detestaba estos ceremoniales del hampa, así que me dio una fuerte palmada en el hombro con aire complacido.

Nos quedamos un rato en silencio fumando un cigarrillo.

—Es la primera vez que te veo tan pensativo, Beniamino —le dije.

—Es la primera vez que me muevo fuera de las normas, y no me gusta nada. No me siento a gusto... Me huele a líos. Y te recuerdo que dentro de poco también olerá él. ¿Has pensado dónde podemos guardarlo?

—Mientras leía el informe del forense se me ha ocurrido una idea. ¿Te acuerdas de la banda de Lallo el Cojo, el romano? Secuestraron a un industrial, se lo cepillaron y luego lo metieron en un congelador. Cuando tenían que hacerle una foto para demostrar a la familia que seguía vivo, lo sacaban, le ponían en la mano el periódico del día, hacían la foto y otra vez al congelador. Ni siquiera los forenses se dieron cuenta. Pensaban que lo habían asesinado solo veinticuatro horas antes del hallazgo. Si no llega a hablar un arrepentido, jamás hubieran descubierto el truco. ¿No te parece una buena solución para nosotros?

—Sí, no está mal. Y abajo, en el sótano, hay un congelador de arcón que nos viene al pelo... Vamos, cógelo por los pies.

Mientras bajábamos los escalones que llevaban al sótano, el viejo Rossini se detuvo.

—¡Vamos, que pesa, muévete! —le ordené.

—Espera un momento. Estaba pensando que, si no tiene nada que ver con este asesinato, quizá tampoco estaba relacionado con el primero.

—Corres demasiado. Tenemos que ocuparnos solo de este. Por otra parte, aunque así fuera, es demasiado tarde. Ya ha saldado su deuda.

Destruimos sus efectos personales: lanzamos la droga por el desagüe del retrete, y la ropa y la bolsa los quemamos en la chimenea. El dinero no. Lo guardamos para los gastos de la investigación.

Era ya noche cerrada cuando salimos de la granja. Necesitábamos dormir y Beniamino condujo en dirección a Venecia.

—En mi casa estaremos más cómodos —comentó irónicamente. Sabía que en la mía ya no hospedaba a nadie.

Metí una cinta en el casete. Willie Dixon cantaba «I'm Your Hoochie Coochie Man». Me dejó canturrear un poco el estribillo.

—¿Le dirás a Barbara Foscarini que Magagnin ha muerto?

—¿Y que lo hemos «aparcado» en un congelador? No pienso hacerlo. Además, no nos seguiría el juego. Recuerda que la necesitamos; frecuenta lugares a los que nosotros no podemos ni acercarnos. Más bien tendremos que soltarle de vez en cuando alguna mentira para tranquilizarla, como, por ejemplo, que su cliente ha cambiado de escondrijo y no quiere verla.

—Esperemos que se lo trague. Y ahora, Sherlock Holmes, ¿por dónde empezamos?

—No tengo ni la más remota idea, Watson.

Acto seguido me dormí.

Percibí un intenso aroma de café aderezado con una generosa cantidad de calvados. Abrí los ojos y vi a Beniamino sentado en el borde de la cama agitando la taza bajo mi nariz.

—Buenos días.

Se la quité de las manos y bebí con avidez.

—¿Queda un traguito?

Me señaló la botella de licor que había en la mesilla.

—Sírvelo si quieres.

Después de fumarme un cigarrillo ya estaba listo para afrontar el día: a juzgar por la luz que se filtraba por las rendijas de la persiana se presentaba con un calor bochornoso como el anterior y, con toda probabilidad, como el siguiente. En el Véneto siempre es así: el calor no da tregua y luego, un día, desaparece de repente, tal como llegó.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—¿Novedades?

—Esto —dijo, pasándome un periódico con la crónica de Padua—. Oye, tengo asuntos urgentes que resolver. ¿Qué te parece si nos ponemos en marcha después de comer?

—Vale, a ver si mientras tanto se me ocurre alguna buena idea.

Las fotos de Piera Belli y de Alberto Magagnin estaban en primera plana. El pie de foto decía: «Miembro de un jurado popular asesinada atrocemente por venganza: Alberto Magagnin, condenado en 1976 por el asesinato de Evelina Mocellin Bianchini, acusado de este nuevo y atroz delito...».

Los reportajes del interior ocupaban dos páginas enteras de la crónica urbana y los leí con atención. El caso ya estaba resuelto; para cerrarlo bastaba con ofrecer a la justicia un culpable que, como siempre, tenía las horas contadas. La brigada móvil, los *carabinieri* y el magistrado encargado de la investigación mostraban una gran seguridad y satisfacción: las huellas digitales, el *modus operandi* y el móvil de la venganza crucificaban a Magagnin.

El artículo de fondo, que, como imaginaba, versaba sobre la aplicación de la reforma penitenciaria, no estaba tan mal. Aunque consideraba que esta última resulta fundamental en un Estado de derecho, el periodista defendía que los jueces encargados de la vigilancia debían ser más rigurosos a la hora de evaluar los requisitos del preso que pide su admisión en el régimen de tercer grado, sobre todo en lo referente a su salud mental.

Luego se ofrecía un informe detallado del juicio de 1976. Habían destacado con círculos oscuros al imputado y a la jurado en las instantáneas sacadas en la época en la sala del tribunal. Aunque sus rostros se veían quince años más jóvenes, en el de él ya aparecía aquel aire antipático y aquella mirada triste que había visto. Ella, por contra, tenía una expresión sonriente y algo misteriosa.

Estuve un buen rato observando aquella imagen, mientras me preguntaba qué había llevado a aquella mujer a sonreír en el tribunal penal, donde flota siempre un aire de inminente tragedia. Parecía que estuviera posando tranquilamente para el fotógrafo.

Quién habría dicho que se convertiría en una cocainómana y que se liaría con un preso en régimen de tercer grado al que, días después del revelado de aquellas imágenes, condenaron gracias a su aportación. Quién sabía si Magagnin habría inventado aquella parte de su historia relacionada con las prácticas sadomaso en las que, según él, le había iniciado la profesora en excedencia. Por las entrevistas a los vecinos y a sus compañeros de trabajo, se obtenía la impresión de que había llevado una vida más bien reservada, prácticamente dedicada en exclusiva a la enseñanza. Sus parientes más cercanos vivían en Treviso y en los últimos años la habían visto poco. Ellos se ocuparían de las exequias. Los periodistas no habían dado con ningún amigo y el asunto, desde luego, no interesaba a los investigadores, pues no añadía nada a las pesquisas. Ni siquiera habían requisado las agendas telefónicas. Sin embargo, debía de tener algunos conocidos, y lo bastante desenvueltos para iniciarla en el mundo de la coca.

Los artículos ni siquiera mencionaban la cocaína. Era comprensible, dado que el magistrado solo llegaría a saberlo cuando le entregaran el informe forense completo con los análisis toxicológicos, pero aunque incluso hubiera tenido conocimiento de ello, la situación de Magagnin no habría cambiado ni en una coma.

Algo era seguro: detrás de la sonrisa de aquella mujer había algo oculto. Una verdad tan sobrecogedora que había llevado a la premeditación de un delito tan complicado como este.

La fotografía de Barbara Foscarini vestida con la toga iba seguida de una entrevista, la enésima y desesperada defensa de su cliente. El periodista cerraba el artículo con un comentario nada benévolo: la abogada salía mal parada.

No podía faltar, obviamente, la opinión del experto de turno. El pseudopsicoanalista, invitado omnipresente de los programas televisivos de mayor audiencia, se había hecho esta vez con el espacio suficiente para disertar acerca de la «personalidad con núcleos narcisistas y *borderline*», y «eventos estresantes con consumo de drogas y de alcohol que pueden aumentar el grado de paranoia y el comportamiento ritualizado». Pobre Magagnin, ya le habían cortado el traje de asesino a medida, incluso con la bendición de la psiquiatría.

El artículo firmado por Giovanni Galderisi, decano de los periodistas de sucesos de Padua, se distinguía de los demás porque no se sumaba al coro de voces unánimes y destacaba algunos puntos oscuros que, según su consideración, merecían una atención especial por parte de los investigadores.

Habría que preguntarse ante todo quién es el misterioso autor de la llamada anónima que ha llevado a los investigadores a descubrir el cuerpo torturado y sin vida de la desventurada profesora. Es difícil creer que haya sido Magagnin, el presunto autor del delito. De hecho, es de sentido común considerar al asesino el último en desear que el homicidio sea descubierto. ¿Pudo ser un conocido o un vecino? Es improbable, en primer lugar porque hubiera podido identificarse tranquilamente sin nada que temer y, en segundo, porque el misterioso informador proporcionó una indicación a la operadora de la policía: «el cadáver se encuentra en una habitación en la primera planta de la casa», que demuestra por lo menos que lo había visto. Si hubiese sido un vecino o un conocido, nada más descubrir el cuerpo hubiera dado de inmediato la alarma mediante el teléfono de la propia casa donde se encontraba. Sin embargo, se ha comprobado que la llamada a las cuatro de la madrugada se realizó desde una cabina telefónica de un área de servicio de la autopista Venecia-Milán.

¿No sería lógico en todo caso pensar en un cómplice o en alguien que quizá sabe del delito tantas cosas como Magagnin?

Además, hay que preguntarse por qué Magagnin eligió como blanco de su venganza a la profesora Belli. Quien esto escribe fue uno de los muchos cronistas que siguieron las vistas del juicio por el asesinato de Evelina Mocellin Bianchini a finales del setenta y seis. Puedo asegurar que durante las sesiones no sucedió nada que pudiese hacer pensar en una animosidad especial del imputado hacia aquel miembro concreto del jurado popular.

¿Por qué entonces Piera Belli y no los otros? Quizá solo Magagnin pueda responder de manera exhaustiva a esta pregunta. A la espera de su captura, que esperamos ocurra lo antes posible, las investigaciones deberían seguir en todas las direcciones, analizando incluso los aspectos más insignificantes...

Dejé el periódico sobre las rodillas y me pasé una mano por el pelo. Me habría comido la lengua por haber dejado escapar aquel detalle sobre la posición del cadáver cuando hice la llamada anónima. Luego arranqué la página con el artículo y la doblé con cuidado. Se me había ocurrido una idea.

Barbara Foscarini nos recibió con un:

—¿Y este señor quién es? —preguntó, refiriéndose a Beniamino.

—Mi socio, Beniamino Rossini. Aquí tiene su preciado documento, abogada. Le traigo saludos de su cliente. A propósito, me ha mandado decirle que ha tomado la decisión de no verla, y mucho menos de entregarse a la justicia. Prefiere quedarse escondido en estos momentos a la espera de que la situación se aclare. Además, le comunico que me ha contratado para llevar a cabo una investigación paralela con el fin de descubrir al verdadero asesino.

—Eso significa que ahora sí está convencido de su inocencia. Me sorprende. Cuéntemelo, se lo ruego.

Le relaté mis descubrimientos y deducciones.

—¿Se da cuenta —me dijo al fin— de que su testimonio podría exculparlo? Como defensora de Alberto Magagnin, tengo el deber de pedirle que se presente ante el juez instructor y...

—No diga gilipolleces, abogada. Los dos sabemos muy bien que solo serviría para meterme en líos. Lo que sí se puede hacer, y es lo que desea su cliente, es emprender una investigación. Si unimos nuestras fuerzas quizá podríamos lograrlo. Nosotros seguiremos la pista de Piera Belli y, mientras tanto, usted recogerá información en el palacio de justicia. ¿Qué le parece?

—Que es un error y no ayudará a mejorar la situación de Alberto. No se ofenda, Buratti, sé que se las apaña bien en los ambientes del hampa, y varios compañeros tienen una buena opinión de usted, pero dudo de que sea capaz de afrontar una investigación tan difícil y compleja como la de un asesinato premeditado. De todas formas, si ese es el deseo de Alberto, intentaré ayudarlo dentro de mis posibilidades. Dígale que siento no poder verlo en persona, estoy segura de que lograría convencerlo para que se entregara. ¿Está bien al menos?

—Digamos que no le afecta el calor tanto como a nosotros —intervino seráfico Beniamino.

Lo fulminé con la mirada y luego volví a dirigirme a la abogada.

—Comprendo sus recelos acerca de mis habilidades de investigación, pero tiene que darse cuenta de que somos los únicos que pueden ayudar a su cliente.

—¿Tiene alguna idea?

—Un par, pero no creo que le gustara conocerlas. Las encontraría poco deontológicas.

—¿Y de dónde saca Alberto el dinero para pagarle? —me preguntó a bocajarro cuando ya salía de la habitación.

—Y el que le ha pagado a usted durante todos estos años, ¿de dónde lo ha sacado? —le contesté instintivamente.

Encajó el golpe y bajó la mirada hacia la mesa.

—¿Vuestras conversaciones son siempre tan cordiales? —preguntó mi amigo mientras esperábamos el ascensor.

—Más o menos.

—Nos ha dado a entender que ha defendido a Magagnin gratis pero no ha explicado la razón. No es algo propio de un abogado seguir con tanto celo profesional un caso sin esperanza ni el incentivo del dios dinero.

—Tienes razón. Creo que está demasiado implicada emocionalmente... Me asalta la duda de si habrá alguna otra verdad por descubrir. Lástima que la única persona que podría ayudarnos a entender todo esto esté enterrada bajo una discreta capa de congelados.

—¿El señor Galderisi?

—No está en la redacción. Tiene el turno de descanso.

—¿Podría darme el número de teléfono de su casa?

Al otro lado del aparato la comunicación se interrumpió con un gruñido. El de la centralita no era precisamente un tipo cordial.

No había ni que plantearse buscarlo en la guía; los periodistas son una especie que cada vez aparece menos en ella, pero por una módica cifra podía contactar de forma directa con la compañía telefónica: conocía a un tipo a quien le venía bien ganar algún dinerillo extra.

—¿Giovanni Galderisi?

—¿Sí?

—Soy el misterioso informador del caso Belli.

—¡Ah! ¿Y qué puedo hacer por usted?

—Leí su artículo y pensé en llamarlo para felicitarle.

—¿Solo eso?

—En realidad no. He pensado que quizá le interesaría saber unas cosillas sobre el asesinato que no han salido a la luz todavía.

—¿Por ejemplo?

—Que entre Magagnin y la muerta había una relación que duraba bastante tiempo y que la irreprochable profesora era, además de exmiembro del jurado popular del tribunal penal, consumidora de estupefacientes. Y que Magagnin es inocente.

—¿Puede probar todo lo que dice?

—Solo en parte pero, de todas formas, me parece un apetitoso bocado para un periodista.

—Todo eso hay que comprobarlo. Pero ¿quién es usted y qué papel juega en este asunto?

—Vamos, doctor Galderisi, no me decepcione con preguntas tan poco profesionales.

—Dígame al menos por qué se ha dirigido a mí.

—Porque usted es el único que se ha planteado ciertas preguntas y no ha abrazado entusiasmado la tesis del juzgado. Le propongo un pacto: yo le paso las noticias y usted las hace públicas.

—¿Para defender la inocencia de Magagnin? Sabe que no puedo hacerlo.

—Lo sé. Lo único que me interesa es que los paduanos se levanten por la mañana y corran al quiosco a leer las últimas novedades sobre el caso; quiero que en toda la ciudad no se hable de otra cosa.

—Deme el tiempo suficiente para hablarlo con el director.

—Le llamaré mañana por la noche.

El viejo Rossini había escuchado la conversación con los brazos caídos y una expresión de desaprobación.

—Me habías jurado que tendríamos el culo a cubierto y el primer movimiento que haces es llamar a la prensa.

—Venga, socio, es una jugada genial. Si Galderisi se decidiera a ayudarnos podríamos conseguir dos cosas. La primera: maderos y jueces se sentirían presionados y a lo mejor se esforzarían en descubrir algo. La segunda y más importante: impediríamos al asesino relajarse y sentirse a salvo.

—¿Y qué otras genialidades tienes en el programa?

—Esta noche te llevaré a ver la casa de Piera Belli. Allí buscaremos el escondite del que nos habló Magagnin. Si de verdad existiera, podríamos encontrar la respuesta a muchas preguntas.

—Entendido, nos jugamos otra vez la cárcel.

Volvimos al bar del barrio Forcellini: calvados, vodka y aire acondicionado. Eran poco más de las seis de la tarde y aún teníamos que planear la visita prevista a la casa de la profesora Belli.

—No creo que sea fácil. El escenario de un crimen siempre atrae un montón de miradas curiosas —espetó Beniamino.

—Es cierto. Pero la casa se encuentra en una calle poco transitada. Si llegamos a pie sin que nadie nos vea irá todo como la seda. ¿Entramos los dos o uno se queda fuera haciendo guardia?

—Los dos dentro. Es más peligroso estar en la calle o en el jardín, daría demasiado el cante. Antes de que cierren las tiendas tenemos que encontrar una ferretería y comprar las herramientas. Los guantes de cirujano están en el coche junto a las «piezas».

—Mejor en el centro comercial. Es el sitio ideal para nuestras compras: está siempre lleno de gente por el aire acondicionado.

Nada más anochecer, dimos una vuelta de reconocimiento y Beniamino decidió que entrásemos por una ventana trasera que estaba menos a la vista que las demás gracias a un espeso seto de boj.

Cuatro horas después saltamos la alambrada. El viejo Rossini se movía como un gato. Su presencia me daba seguridad.

Antes de forzar la contraventana con una palanca corta, comprobó que no hubiera alarma. Cortó luego el cristal a la altura del tirador de la ventana con una punta de diamante. Provistos de una linterna de bolsillo con pantalla, empezamos a registrar la casa desde la planta baja.

Hallamos el escondite oculto tras una librería en la misma habitación en la que yo había encontrado el cadáver de Piera Belli. Iba de una pared a otra. Una vez retirados los libros de las estanterías y tras golpear con los nudillos contra el fondo de madera, vimos que el lado situado a lo largo de la pared más corta de la habitación rectangular no se apoyaba en el muro. Bastó con moverlo para descubrir que el mueble descansaba sobre unas ruedas, así que solo tardamos un momento en apartarlo. El escondite era un trastero de unos dos metros cuadrados al que le habían quitado la puerta que tenía en su origen. Sencillo pero genial. Sin consultar los planos de la casa habría sido extremadamente difícil descubrir la presencia de la minúscula habitación. La policía ni siquiera la había buscado; por otro lado, no tenían ningún motivo para suponer la existencia de secretos en la vida de la profesora.

En el suelo había cuatro grandes y elegantes cajas de cartón, decoradas con motivos florales sobre un fondo azul oscuro.

—Busca una bolsa o una maleta donde pueda caber todo —ordené a Beniamino, mientras me agachaba para observar su contenido. Papeles, fotos, cartas, una papelina con unos gramos de coca, una Polaroid, una toga de juez con su birrete, un par de fustas, esposas y otros objetos de sadomaso y alguna joya. Magagnin había dicho la verdad.

Sentía crecer en mi interior la euforia. Tenía unas ganas enormes de salir corriendo de aquella casa hacia un lugar seguro donde poder examinar lo que habíamos encontrado. Beniamino volvió con una bolsa grande de piel suave.

—He elegido la más bonita, creo que me la quedaré. Voy a parecer todo un señor cuando vaya por ahí con ella.

Cogimos solo los papeles y las fotografías. Acto seguido, volvimos a colocar con mucho cuidado la librería en su sitio para evitar que la policía descubriera el verdadero propósito del allanamiento y tiramos al suelo cajones y armarios de otras habitaciones. Pensarían sin duda que el allanamiento era obra de unos aficionados.

A la salida del peaje de Mestre nos topamos con un control. Afortunadamente los *carabinieri* estaban ocupados en desmontar la caravana de una familia de nómadas; de todas formas, para evitar sorpresas, Beniamino decidió seguir hacia Punta Sabbioni por carreteras secundarias.

Despejamos la larga mesa rectangular del salón y, una caja tras otra, empezamos a examinar el material. Primero las fotografías. Las menos recientes estaban bien guardadas en sobres cerrados. Retrataban a parejas o tríos, a veces solo a una persona. En total dos mujeres, nuestra profesora y una amiga, y seis hombres, inmortalizados en todo tipo de prácticas sadomaso. Era interesante notar que las dos tipas estaban siempre en todos los encuentros, mientras que los hombres participaban uno en cada ocasión.

La amiga de Piera Belli era una morenita de unos treinta y cinco años de aire sofisticado.

Desgraciadamente, las caras solo podían verse con claridad en algunas instantáneas, que aparté con la esperanza de poder asociarlas luego a sus correspondientes nombres y apellidos.

El viejo Rossini negó con la cabeza.

—Esto es de locos... y esta imbécil —señaló riéndose a Piera Belli— tenía el valor de ir al tribunal penal a repartir años de cárcel.

—Cada uno tiene sus gustos en cuestión de sexo. Más que una imbécil, yo diría que era muy lista, porque sabía compaginar utilidad y placer. Primero se divertía y luego chantajeaba. Esto podría explicar el dinero en metálico del

que disponía Magagnin y, sobre todo, el móvil del delito. Quizá ha sido uno de esos tíos el que la mató.

—Es posible. ¿Te has dado cuenta de que todos llevan un Rolex en la muñeca? El modelo que ves en esta foto cuesta unos veinte millones.

—Tienes razón —dije, acercándome para verlo mejor—. Son gente con pinta de tener pasta.

Otro sobre contenía fotos que retrataban solo a Piera Belli, a su amiga y a un hombre que llevaba un antifaz de cuero con tachuelas. A la altura de la boca había una cremallera dorada. Daba la impresión de que a pesar de las poses de sádico, era él quien estaba sometido y no las dos mujeres.

—Aquí están ellas con Magagnin —me advirtió Rossini, mientras me pasaba las fotos.

Ver a Magagnin con unos pantalones de cuero que dejaban a la vista los genitales, en compañía de su profesora en versión «juez de toga larga», me produjo tristeza y me secó la garganta.

Era el momento de tomarse un descanso. Me bebí varios chupitos, pero seguía sintiéndome perfectamente lúcido cuando volví a coger las Polaroid.

—¿Estómago débil, Sherlock Holmes?

No contesté. Me detuve en una instantánea en la que el rostro de la morenita estaba muy bien enfocado.

—¿Te acuerdas de lo que dijo Magagnin de esta tía?

—Creía que era una dependienta.

—Quizá no sea difícil encontrarla. Un saxofonista amigo mío conoce a todas las mujeres guapas de Padua y creo que esta entra en la categoría.

De las fotos a las cartas. Magagnin también había dicho la verdad sobre este punto: Piera Belli era grafómana. Entre los centenares de folios de papel verjurado redactados con una escritura clara y fluida había un poco de todo, desde las copias de las cartas dirigidas a sus amantes, a los listados de los deseos sexuales del día, de los cuales había hablado Magagnin. Desgraciadamente en ninguna figuraba el nombre del destinatario. Reconocí aquellas dirigidas al preso en tercer grado solo porque él me había hablado de ellas.

La única mujer a la cual se hacía referencia era, por supuesto, aquella que aparecía por todas partes en las fotografías como inseparable compañera de la dueña de la casa. Su nombre tampoco se revelaba nunca. Era «mi compañera de juegos morena», la cual, como se deducía de unas frases, se encargaba de proporcionarle la coca.

Del fondo de la última caja Beniamino sacó dos carpetas cerradas con lazos color fucsia. La primera contenía las fotocopias de un largo artículo en inglés sacado de una revista, que llevaba el título «Photography of Bloodstains Visualized by Luminol», fechado con bolígrafo en 1973 con una caligrafía que pertenecía sin duda a Piera Belli.

—Mira esto, parece una revista científica.

—La difunta daba clases de inglés: quizá se trata de una antigua traducción —observé.

—¿Y esto qué es? —El viejo Rossini me pasó la segunda carpeta.

—Otras cartas. Veamos a quién había decidido escribir esta vez.

Empecé a mirar sin mucha atención el interior del primer sobre. A las pocas líneas volvía a estar concentrado en lo que leía. Puede que hubiera dado en el clavo.

Estaban todas dirigidas al hombre del antifaz de cuero negro y, además de invitarlo a participar en los habituales tríos —por supuesto, en compañía de la morenita—, la profesora le recordaba que aún tenía que pagarle la mensualidad que la ayudaba a olvidar que estaba en tratos con el responsable de la condena de un inocente: Alberto Magagnin.

—Creo que hemos dado con la pista clave, escucha —dije a mi amigo, cuando estaba ya a punto de leer la página que consideraba más interesante.

Nuestra cita será el domingo. Intenta llegar a las tres de la tarde, sé puntual. Y ahora, como siempre, mis instrucciones.

La puerta estará entornada. Entra en la primera habitación de la izquierda. Allí encontrarás unas pequeñas sorpresas, unos accesorios nuevos con los que haremos que nuestro encuentro sea inolvidable. ¿Ves aquel precioso látigo? Cógelo. Su mango de marfil es largo y suave. Al verlo se me ocurrieron muchas ideas..., pero, ahora no. Desnúdate. Quítate esa ropa gris tan triste y ponte el suave antifaz de cuero negro. Una vez más, tu identidad permanecerá oculta. Un excitante misterio que hace que mi compañera de juegos morena se muera de curiosidad. No temas, no sabrá nunca quién eres, porque ese es uno de nuestros pequeños secretos. Y ahora date prisa. Te estamos esperando arriba.

Entra y ordénanos que nos pongamos a gatas frente a ti. Deja que te miremos: con ese látigo en la mano tienes todo el aspecto de un dominador. Luego te acercaras a mí en primer lugar, me levantarás del suelo, me agarrarás por las muñecas y me obligarás a poner los brazos detrás de la espalda. Me atarás con los cordones negros que rodean mis caderas. Acomódame en el sillón, ábreme de piernas y átalas a los reposabrazos. Arráncame las bragas.

Ya sé de qué tienes ganas ahora..., pero no puedes hacerlo porque mi compañera de juegos morena te espera. Arrodiállala a tus pies, con las muñecas atadas con fuerza a los tobillos. Luego abofetéala con suavidad, cógela del pelo y levántala. Oblígala a que se la meta en la boca. Te gusta que te la chupen, ¿verdad?

Pero recuerda que yo estoy totalmente abierta. Méteme el látigo dentro. Me dolerá, pero de mi boca no saldrá queja alguna, como de la tuya tampoco lo hará ninguna palabra.

Un instante antes de correrte, obligarás a mi compañera morena a darse la vuelta y la poseerás por detrás. Pero si ella no te satisface del todo, la castigarás pellizcándole los pezones con dos pinzas de plata.

A las cinco tendrás que irte. Acuérdate, cuando te vistas, de poner el dinero que compra mi silencio sobre la injusta condena de Alberto Magagnin en el cajón del armario que está junto al lavabo. Alberto está aprendiendo deprisa, es mucho mejor que tú, nos hace gozar más, nos complace más. Quizá el motivo sea la obligada abstinencia durante todos los años de cárcel que tú le has obligado a pasar. A veces pienso lo injusto que fue lo que hiciste. Quizá él tendría que saber quién eres. Pero por ahora no tienes nada que temer.

—Inocente en todos los frentes. ¡Tenía esa intuición! —exclamó Beniamino.

—Ya. Si encontramos a este tío, resolvemos dos delitos. Me juego las pelotas a que ha sido él quien la ha matado. Por el tono de las cartas se ve que la profesora Belli tensaba cada vez más la cuerda: dinero, sexo y una esclavitud psicológica que debe de haberlo sacado de quicio. Ahora está todo mucho más claro y arroja una nueva luz sobre lo que ya habíamos intuido. Ha preparado un crimen perfecto y el aniquilamiento de Magagnin para así librarse de los caprichos de la mujer, de la continua sangría financiera y de la sutil pero siempre temible amenaza de revelar todo al preso en tercer grado. Ella muerta y él en la cárcel. La verdad es que el pobre Magagnin ha tenido una vida y un destino de mierda.

—¿Estás seguro de que quieres entregarlo a la justicia?

—¿Qué quieres decir?

—A un tío así preferiría dispararle en la boca y luego mearme en su tumba.

—¿Se te ha olvidado ya la cárcel? ¿No crees que es lo peor que puede pasarle a una carroña como esa?

—Tienes razón. Pero de momento hay que encontrarlo. ¿Qué hacemos?

—La morenita. Tenemos que dar con ella y lograr que hable.

—¿Alguna idea?

—Dos. Preguntar a mi amigo el saxofonista si la conoce y encargar un amplio reportaje fotográfico del funeral de la profesora, que, si no me equivoco —miré el reloj—, puesto que son casi las nueve de la mañana, será mañana. Es posible que algún miembro de la banda del Rolex no logre resistir la tentación de dar un último adiós a la desafortunada amiga.

—No creo que se dejen ver. Pienso que en este momento están cagados de miedo. Dudo que supieran que Piera Belli tenía un escondite y ahora se estarán preguntando dónde habrán ido a parar las fotos... y si ya estarán en manos de la policía.

—Estoy de acuerdo en que para ellos no son, desde luego, días de rosas. De todas formas, puedes estar seguro de que si la policía hubiese encontrado las fotos, ya lo sabría toda la ciudad. En Padua un cotilleo tan succulento deja de ser un secreto en cinco minutos.

Rossini no logró reprimir un profundo bostezo.

—Ya no tengo edad para pasar las noches en blanco. Dormimos hasta la hora de la comida y luego volvemos a Padua. ¿Te parece?

Beniamino se fue a la cama. Una vez solo, saqué la botella y estuve bebiendo hasta emborracharme. Me acerqué al equipo de música, puse la cinta de *The Healer* de John Lee Hooker y subí el volumen al máximo. Me estaba balanceando al ritmo de un solo de Carlos Santana cuando llegó Beniamino con un bonito pijama de seda rojo fuego. Cogió el equipo y lo estampó contra la pared, luego me mandó un beso con la mano y, tras guiñarme un ojo, se volvió a la cama.

—Agencia fotográfica Famiglia Trentotto. ¿Con quién hablo, por favor?

—Soy Marco Buratti. ¿Me pone con Paolo Mazzo?

—Un momento, por favor.

—Hola, viejo sinvergüenza. ¿Cómo te va?

—Muy bien. Escucha, estoy en una cabina y tengo poco tiempo antes de que se corte la llamada. Necesito a un fotógrafo serio, bueno y discreto. Desde que trabajas en Milán ya no sé a quién dirigirme.

—¿En color o en blanco y negro?

—Blanco y negro.

—Entonces te aconsejo a Claudio Sorgetti. Es uno de los fotógrafos más experimentados de Padua, maestro de muchos colegas. Sé que ahora trabaja en la fotografía industrial, pero es capaz de hacer cualquier cosa.

Llegué a su estudio unos minutos antes de las cuatro. Estaba cerrado y me refugié a la sombra de un soportal a esperarlo.

Supe que se trataba de él en cuanto vi acercarse a un hombre de unos cincuenta años, vaqueros y camisa de manga corta, pelo blanco largo hasta los hombros y una pipa encendida en la boca.

—Mañana hay un funeral. Necesitaría un reportaje fotográfico.

—Es la primera vez que me piden un trabajo de este tipo. ¿Qué quiere exactamente?

—Retratos nítidos en blanco y negro de todos los asistentes a la ceremonia. El cortejo fúnebre saldrá mañana por la mañana, a las ocho, en

dirección a la iglesia de San Pantaleón para celebrar el funeral, y luego los restos mortales proseguirán su camino hacia el cementerio mayor de Treviso para ser inhumados en la tumba de la familia. De todos, absolutamente de todos, incluso del cura y de los enterradores.

—De acuerdo. ¿Qué formato quiere?

—Revele solo los negativos, luego le indicaré qué ampliaciones deseo. ¿Cuándo estarán listos?

—Vuelva pasado mañana a esta hora.

—¿No me pregunta el motivo de este encargo?

—No. Tengo la impresión de que me contaría una bola.

—Es verdad. Lástima, llevo pensando más de media hora una que pudiera colar.

Me reuní con Beniamino en el bar de siempre.

—¿Qué tal te ha ido?

—El lunes tendremos la hoja de contactos.

—¿Y hasta entonces?

—La investigación queda en suspenso. Haremos lo siguiente: vamos a Punta Sabbioni, recojo mi coche y nos vemos aquí el lunes a las diez.

—Muy buena idea. El tío Beniamino tiene ganas de echar una cana al aire y hay una nueva animadora en el Tucano Blu de Jesolo que no está nada mal. Si quieres venir, yo invito.

—No, gracias. Iré a oír buena música y luego a casa a dormir. Ha sido una semana muy dura.

Mi amigo me lanzó una mirada de reproche.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté resoplando.

—Te meterás calvados y música hasta atontarte.

—Si no te importa, es asunto mío. De todas formas, siempre es mejor que pasar la noche en un antro en compañía de una tía que cobra por sonreírte.

—Hay putas y putas... Si conocieras ese ambiente no tendrías tantos prejuicios.

—Siento el mayor de los respetos por ese oficio, pero no tengo ninguna intención de probar nuevas experiencias: con las que ya he coleccionado a lo largo de mi vida me bastan y me sobran.

El viejo Rossini se encendió un cigarrillo.

—Si sigues buscando aún el gran amor de tu vida, te mueves en el ambiente equivocado. Y tu trabajo no es el más apropiado —dijo negando la

cabeza.

—Adiós, Beniamino, hasta el lunes —me despedí cortándolo.

—¿Y el coche?

—Por una vez cogeré el autobús.

Al volver a casa, me detuve para llamar a Galderisi.

—Entonces ¿qué le ha dicho el gran jefe?

—Está de acuerdo, pero solo quiere publicar noticias totalmente contrastadas. El primer artículo saldrá mañana. Así que esta tarde tendríamos que vernos...

—Ni hablar. Nuestros contactos serán solo telefónicos. Cuando tenga que entregarle algún material, le diré dónde debe retirarlo.

—Hace mal en no fiarse. El secreto profesional en este oficio es algo serio.

—No lo dudo. Pero existe el riesgo de que, después del primer artículo, los maderos huelan la pista y la sigan. Le volveré a llamar en media hora para pasarle las primeras informaciones. Prepare la grabadora... si no está ya funcionando.

—*Touché!* Es usted un tío listo...

—Hasta ahora.

Elegí una cabina solitaria por los alrededores de la feria y me las arreglé para solucionarlo en menos de un cuarto de hora. Le dejé el material en un sobre. Una vez abierto encontraría dos fotos. En la primera aparecía Piera Belli esnifando cocaína y, detrás de ella, Alberto Magagnin con el torso desnudo; en la segunda, la mujer se encontraba en compañía del tipo con el antifaz de cuero.

—Que tengas un buen domingo, bastardo —le deseé a este último mientras salía de la cabina.

Pasé buena parte de la noche en el Biko's, un local de las afueras de la ciudad, oyendo la guitarra y la armónica de Claudio Bartolin, en mi opinión el único y verdadero *bluesman* véneto.

Bebí mucho. Más de lo habitual. Las palabras de Beniamino habían reabierto una vieja herida y esta vez el calvados no pudo cicatrizarla.

Ya había encontrado al gran amor de mi vida pero me dejó mientras cumplía mi último año en régimen abierto. Me escribió una carta desde Bretaña; pocas líneas: «Me quedo aquí. Otro país, otra vida, otro hombre. Ya no te quiero y te olvidaré. Buena suerte...».

Creí que iba a volverme loco y en cuanto pude me marché a buscarla. Estaba seguro de que la convencería para que regresase conmigo. La encontré en una taberna de Brignogan, comiendo ostras y bebiendo chablis en compañía de un tío que no se parecía nada a mí. Ni siquiera me vio entrar. Se encontraba demasiado ocupada en estar enamorada. Me di cuenta de que se había quitado un zapato y de que su pie acariciaba una pierna del hombre.

Me acerqué a la barra. Tenía las mandíbulas tan apretadas que no logré pedir nada. El camarero me miró de arriba abajo, luego me sonrió y me puso delante un buen lingotazo de un licor de color ámbar.

Me temblaban las manos y tuve que llevarme la copa a los labios con las dos a la vez. La bebí a pequeños sorbos. Me sentí mejor. Mucho mejor.

—¿Qué es? —pregunté, señalando la botella.

—Calvados —contestó, con aire de complicidad.

—Está bueno. Deme una botella y lleve una de champán a aquella mesa, donde está sentada esa mujer bellísima con un lunar en la mejilla izquierda. Pero hágalo cuando yo haya salido.

Pagué y me fui.

Desde entonces me siento como un meteoro que hubieran lanzado a la vida. He encontrado a otras mujeres pero siempre he sabido que no iba a quedarme a su lado. Cada uno tiene su *blues*. El mío es el recuerdo de una mujer que me olvidó mientras yo estaba en la cárcel.

*Love. Only a memory.
In poems and blues songs
and saxophone screams.*

Al día siguiente me desperté con un discreto dolor de cabeza y tras una larga ducha decidí ir a comprar el periódico. Tenía que comprobar si Galderisi había mantenido su promesa. Aun antes de llegar al quiosco supe que todo marchaba según mis planes: me crucé con varias personas con la cabeza pegada al periódico y con algunas más que discutían de manera animada.

«Sobrecogedoras revelaciones sobre la vida privada de Piera Belli. Cocaína y encuentros sadomaso. ¿Magagnin, inocente?», titulaba a toda plana el periódico. El artículo de fondo firmado por el director, «La Justicia exige certezas», invitaba con mucho tacto al Tribunal Supremo a revisar el caso y, especialmente, a profundizar en las investigaciones sobre la vida privada de Piera Belli para eliminar el riesgo de un posible error judicial... «el crimen más horrible en un Estado de derecho».

La vehemencia de Galderisi superaba todas mis expectativas.

Golpe de efecto en el caso Belli. Nos hubiera gustado decir en las investigaciones, pero las noticias desconcertantes que hoy publicamos no nos las han proporcionado los investigadores, sino una fuente anónima. La misma que advirtió la mañana del 29 de junio a la policía de la existencia de un cadáver en el número 29 de calle Torlonga. Hace unos días, esta persona, que se autodenomina «el misterioso informador del caso Belli», se puso en contacto con nuestro periódico, afirmando que Alberto Magagnin, el preso en régimen abierto acusado del asesinato de la profesora, era inocente, y asegurando que podía proporcionar todos los elementos sobre la vida privada de la víctima que no han revelado aún las investigaciones.

El periódico aceptó publicar solo las noticias dignas de crédito. Entre ellas no se encuentra la defensa de la inocencia de Magagnin, aunque, después de haber leído todo cuanto a continuación detallamos, estamos seguros de que los lectores compartirán con nosotros la sensación de que la duda se impone por sí misma.

Piera Belli tenía una doble vida. En público era una intachable profesora dedicada a la enseñanza, esquivada y reservada, tal como la han descrito compañeros y vecinos. En privado, sin embargo, nuestra conciudadana estaba implicada en prácticas cuando menos reprobables. No queremos juzgarla en público; de hecho, no olvidamos ni por un momento su prematuro y atroz final, solo queremos dar a conocer cuanto hemos sabido, pues consideramos que se trata de un acto obligado de responsabilidad respecto a la opinión pública y, sobre todo, a la justicia. Estos son los hechos, avalados por el material fotográfico que obra en nuestro poder:

1) Piera Belli se dedicaba a prácticas sadomasoquistas. Organizaba encuentros en los que participaban más personas y durante los cuales se consumía cocaína, que ella misma tomaba de manera habitual.

2) La mujer tenía una turbia relación con el preso en régimen de tercer grado Alberto Magagnin, basada en el sadomasoquismo y la droga. La noticia en sí misma no tendría nada de increíble si se soslaya, sin embargo, el detalle de que Piera Belli había formado parte del tribunal penal que había condenado a Magagnin a dieciocho años de reclusión por el asesinato de Evelina Mocellin Bianchini.

A la luz de estas revelaciones es obligado plantearse algunas preguntas que nosotros remitimos a las autoridades competentes...

Muy bien por Galderisi. Todo iba según los planes. El clamor era tan intenso que los investigadores iban a verse obligados a revisar el caso. El asesino, en ese momento, tenía que haber entendido que la estructura sobre la que se sustentaba su delito empezaba a resquebrajarse.

Al atardecer llamé por teléfono al periodista para felicitarlo, pero lo encontré de un humor pésimo.

—Me he pasado el día en el tribunal. Están furiosos. Todos, desde el juez hasta el último policía. No quieren replantearse la acusación de Magagnin, pero se dan cuenta de que los ojos de la opinión pública están sobre ellos y de que tienen que dar un montón de explicaciones. Procederán con cautela, también porque se han desplazado a la ciudad corresponsales de todos los medios de comunicación nacionales, pero tengo la impresión de que harán todo lo posible por crucificar a Magagnin, sea culpable o inocente. Hay demasiados intereses en juego y este caso es uno de esos en que existe el riesgo de que rueden cabezas, incluida la mía. Mi director está sufriendo fuertes presiones y me ha costado mucho convencerlo de que publique el artículo de mañana. Será el último... y la responsabilidad recae por completo

sobre mí. En primera plana saldrá el detalle ampliado del antifaz de cuero y mi texto sustentará la hipótesis de que detrás de él se oculta el verdadero culpable.

—¿Se ha convencido de que Magagnin es inocente?

—No, por supuesto que no. Pero sí que estoy convencido de que usted sabe mucho más de lo que me ha contado y de que se trata de noticias con cierto fundamento. El director recibe presiones desde ámbitos que no deberían tener nada que ver con los mundillos sadomaso y de la coca. Es evidente que hay algo más.

—¿Qué ámbitos? —pregunté alarmado.

—Ah, ahora me toca a mí hacerme el misterioso. Usted siga pasándome información y verá cómo yo también le descubro cosas.

—Si el de mañana es el último artículo, ¿de qué le va a servir?

—Hace unos treinta años que trabajo en esto y sé reconocer un caso que quema. Nunca me he prestado a encubrimientos o engaños y esta no va a ser la primera vez. El director me ha dado otro encargo, pero puedo seguir con la investigación por mi cuenta si usted me proporciona alguna otra pista que seguir.

Permanecí en silencio un buen rato valorando si era oportuno implicar a Galderisi. Confié en mi instinto.

—De acuerdo, pero seguiremos utilizando el teléfono como medio de comunicación.

—Por mí perfecto.

También Barbara Foscarini estaba de mal humor. Me localizó de nuevo en el Banale.

—Esto es obra suya, ¿verdad? —preguntó con voz estridente, tirando el periódico de Galderisi sobre mi mesa.

—Siéntese, abogada. Está atrayendo las miradas de todo el local.

—El otro día en mi despacho me prometió que íbamos a colaborar en todo momento durante las investigaciones y, sin embargo, para enterarme de lo que ha descubierto tengo que leerlo en el periódico.

—No le he contado nada porque habría estado en contra de pasar esta información a la prensa. Hubiera preferido ponerla en manos del magistrado y que todo quedara en familia. No habría estallado la bomba y habrían seguido ignorando la situación. Ahora, en cambio, tienen que implicarse a la fuerza, tanto los investigadores como el asesino.

—Usted se cree un gran detective y es solo un estúpido. Lo único que ha conseguido es enfurecer a los investigadores. He hablado con el magistrado; estaba tan fuera de sí que ha llegado a amenazarme con arruinar mi carrera si descubre que yo estoy también detrás de todo esto...

—Basta —salté, levantando una mano—. Deje de decir gilipolleces de una vez por todas, me está poniendo nervioso. Piera Belli había descubierto que Alberto Magagnin no era el culpable de la muerte de Evelina Mocellin Bianchini, sino que alguien había contribuido deliberadamente a su condena. Había averiguado de quién se trataba y desde aquel momento lo había mantenido atrapado mediante un duro chantaje. Pero se le fue de las manos. Llegó a llevarse a Magagnin a su casa y sacó de quicio a aquel tío. Este, al final no pudo más y decidió acabar con los dos. Piera tenía que morir y Magagnin, pudrirse para siempre en la cárcel. Todo iba como la seda hasta que fui a curiosear a la casa del delito.

—No sé de qué me habla, explíquese mejor.

Hablé durante veinte minutos. Solo al terminar me di cuenta de que su mano aprisionaba desde hacía rato mi antebrazo izquierdo. Cuando me la quité de encima, noté la marca de las uñas en la piel.

—Déjeme hablar con Alberto. Tal y como están las cosas debe entregarse. Podemos demostrar que Piera Belli no cumplía con los requisitos necesarios para ser jurado popular y conseguir la revisión del proceso. Mientras tanto, el tribunal, con los nuevos datos...

—Sigue todavía con esa historia de entregarse —salté—. Sabe mejor que yo que si el juego pasa a manos de los investigadores se paraliza todo y acaba con el regreso de Magagnin a la cárcel. La única salida es descubrir al asesino.

—Buratti, usted no entiende...

—No, es usted la que no lo entiende. Ya logró que lo condenaran una vez y gracias a eso se ha pasado quince años en la cárcel. Ahora déjeme a mí.

Fue como si le hubiera dado una bofetada. Se echó a llorar y huyó con la cara oculta entre las manos.

El camarero se acercó con otro calvados.

—Este corre por cuenta de la casa. Tiene que haber pasado algo gordo —comentó, guiñándome un ojo.

Beniamino mordisqueaba distraídamente un bollo con el periódico abierto por el artículo de Galderisi. Levantó la mirada y me recibió con un:

—Vaya lío, Marco, un buen lío de verdad. La radio, la televisión y los periódicos no hablan de otra cosa. Si no tenemos cuidado nos meteremos de cabeza en los problemas.

Me senté a su lado.

—Adoro las inyecciones de optimismo los lunes por la mañana.

—No te lo tomes a broma. Ahora los maderos saben que alguien está jugando a hacer de detective. Toda la policía, gracias a él, está quedando como una mierda. ¿Te he dicho alguna vez que los maderos son irascibles? Ahora estarán con los ojos bien abiertos.

—Nosotros también, no te preocupes.

Encima de la foto del hombre con el antifaz de cuero, el periódico titulaba: «¿Es este el asesino de la profesora Belli?».

Como adelantábamos ayer, una fuente anónima nos ha enviado el material fotográfico que prueba la doble vida de Piera Belli. Publicamos hoy el rostro enmascarado de un hombre que, según nuestro informador, podría ser el verdadero asesino. El móvil: el chantaje. Piera Belli habría obligado durante mucho tiempo a este personaje a satisfacer sus deseos sexuales y a pagarle ingentes sumas de dinero a cambio de su silencio. El motivo se desconoce por el momento; el misterioso informador declara que no quiere revelarlo todavía. Todo son suposiciones; por lo tanto, no hay ninguna certeza sobre la inocencia de Alberto Magagnin. Ciertamente, sería interesante descubrir la identidad de este personaje que en la foto (hemos elegido solo una ampliación de la cara porque por decencia no podíamos publicarla completa) lleva solo el antifaz. A su lado, la víctima, totalmente desnuda. No podemos añadir nada más a esta descripción, puesto que las autoridades que investigan el caso han incautado la instantánea, tal como detallamos en otra página de este periódico. Un antifaz induce de por sí al misterio, pero el detalle de la cremallera a la altura de la boca es inquietante de verdad. ¿Quién se esconde tras semejante disfraz? ¿Un perverso compañero de juegos o un hombre obligado a prestarse a prácticas tan infames debido a un terrible chantaje...?

El artículo de Galderisi sembraba tantas dudas que parecía una arenga ante al tribunal penal.

—Tenía que haber sido abogado, como periodista está desaprovechado — afirmó Beniamino, con admiración—. ¿Qué más le has dicho?

—Nada, aparte de lo que ha escrito. Pero nota el olor a chamusquina y me ha ofrecido su colaboración.

—Nos faltaba un periodista en el equipo. ¿Por qué no reclutas también a un cura y a un psicólogo?

—Tranquilo, socio. Solo tenemos contacto telefónico. Me ha contado que a su director lo presionan ciertos «círculos», pero no ha querido especificar cuáles, y que por eso este es su último artículo sobre el caso. El director ya le ha retirado su apoyo; de hecho, el artículo de fondo de hoy está dedicado a Tangentópolis^[2].

—Podría tratarse de la banda de los Rolex.

—Es pronto para decirlo.

—Marco... No sé cómo decírtelo...

—Prueba con tus propias palabras —bromeé.

—Si nos cogen..., si acabamos en la cárcel..., por esta historia de los investigadores, sabes que los chicos nos tomarían el pelo durante años...

—Me ocuparé de tu reputación, Beniamino, negaré hasta la muerte cualquier implicación tuya. Me quedaré yo solo como un listillo.

Llegamos al estudio del fotógrafo unos minutos antes de las cuatro y él ya estaba allí esperándome.

—Me he pasado casi toda la noche en el cuarto oscuro. Tuve que utilizar un teleobjetivo. No había mucha gente, pero a los familiares no les hacía gracia la presencia de fotógrafos.

Sorgetti puso en la mesa treinta hojas de contactos y una lupa.

—Elija los que tengo que ampliar.

Había realizado un trabajo excelente. A pesar de las minúsculas dimensiones de los fotogramas se distinguían las caras de los participantes a simple vista. Beniamino sacó de un bolsillo las Polaroid encontradas en casa de Piera Belli.

Miramos en silencio a Sorgetti, que captó la indirecta al vuelo.

—Necesito un descanso, voy a tomarme un café. Vuelvo en diez minutos.

La morenita lucía un traje negro más apropiado para un cóctel que para un funeral, pero el rostro estaba regado por lágrimas sinceras. A su alrededor la banda de los Rolex al completo, con los rasgos estirados y las muecas típicas de los intercambios de ocurrencias en voz baja.

—¿Has visto, Beniamino, que no han podido resistir la tentación de dar el último adiós a su maestra de juegos?

—Ya. De todas formas, más que un grupo de amigos entristecidos me parecen unos masones en una reunión clandestina.

—Después de leer los artículos de Galderisi por fin tienen la certeza de que las fotos de sus jueguitos han acabado en manos de alguien. Y, puesto que no se trata de la policía, quizá estén pensando que han acabado en una nueva rueda de chantajes.

—Ya. En estos días estamos en los pensamientos de un montón de gente. Estos gilipollas, el asesino y toda la poli de la ciudad. Todos intentando descubrir quiénes somos. No me gustaría parecer un pesado pero...

—Lo eres, Beniamino, lo eres.

Cuando el fotógrafo regresó, ya habíamos elegido los contactos que nos interesaban. Apunté con el índice a uno en particular.

—Este lo necesitaría enseguida.

Lo observé.

—Ah, *miss* funeral. La más fotogénica de las apenadas, no hay duda. ¿De qué tamaño quiere la ampliación?

Mi amigo saxofonista tocaba aquella noche con su grupo, el Sax Appeal Saxophone Quartet, en el Mezzocono, un local por la zona de Ponte Molino, en el corazón del casco antiguo. Sabía que presentaba su último disco, titulado *Giotto*, donde cada canción tenía el nombre de un color diferente.

Llegamos poco antes del comienzo del concierto e invité al músico a nuestra mesa.

—Beniamino, te presento a Maurizio Camardi. Gran saxofonista y verdadero experto en mujeres guapas de Padua.

—¿Te has pasado al *jazz*? —me preguntó él, divertido.

—Aún no, aunque siempre es un placer escucharte. —Le tendí la fotografía de la misteriosa morenita—. Estoy buscando a esta mujer, ¿la conoces? Parece que trabaja de dependienta en una *boutique*.

—Pedazo de hembra —comentó—. La he visto por ahí pero en este momento no me viene nada a la cabeza.

—Hurra bien en tu fichero, Maurizio. Es imprescindible que la encuentre.

—Déjame que lo piense.

Hacia el final del concierto, mientras tocaban «Violet», durante el solo de otro músico del grupo, se acercó de nuevo a la mesa.

—No es una dependienta —me susurró al oído—, sino la dueña de una *boutique*, en el paseo Pacinotti.

El letrero BEVERLY NAILS — LENCERÍA HOMBRE/MUJER dominaba una tienda decorada con gusto, amplia y bastante frecuentada para ser una calurosa mañana de julio. Trabajaban allí tres dependientas, jóvenes y con aspecto competente.

A la una en punto las chicas salieron y Giusy Testa, la dueña, cerró con llave la gran puerta de cristal desde dentro. Crucé la calle y llamé a la puerta con unos golpecitos para llamar su atención. Se dio la vuelta con curiosidad, mientras sobre todo intentaba ver qué era lo que yo mantenía presionado

contra el cristal. Se acercó y, cuando vio que se trataba de una Polaroid que la retrataba en el acto de practicar una felación al hombre con el antifaz de cuero, se llevó una mano al corazón.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, según le leí en sus labios.

Durante unos instantes nos quedamos mirándonos a los ojos pero luego le hice señas para que abriera. Beniamino le volvió a cerrar la puerta apoyándose en ella de espaldas, con los brazos cruzados. Nos mantuvimos en silencio mirándola sin ninguna expresión. Seguí manteniendo a la vista la foto. Solo se oía su respiración ansiosa. A pesar del aire acondicionado, algunas gotas de sudor empezaron a bajarle desde las sienes hasta el cuello. Al cabo de unos minutos se derrumbó, y empezó a llorar y a gritar. Una crisis histérica de libro. Dejamos que pasaran los minutos y luego, tras una señal mía, Beniamino le dio un bofetón que la tiró al suelo. Enmudeció. Mi socio la levantó con amabilidad y la llevó hasta el mostrador para que se sentara. Le acarició el pelo, le secó la cara y le puso en los labios un cigarrillo. Estaba preparada.

—¿Quién es? —pregunté, señalando al hombre disfrazado.

—No sois policías, ¿verdad?

—¿Quién es? —insistí.

—Estamos dispuestos a pagar bien por las fotos.

—¡¿Quién es?! —grité. Esta vez me tocaba a mí hacer el papel de malo. Se asustó.

—Juro que no lo sé; nunca lo supe.

—¿No te dijo tu madre que no se hacen estos trabajitos a desconocidos? —preguntó cortante Rossini.

—Solo Piera lo conocía, siempre lo vi con el antifaz puesto.

—¿Quién la mató? —pregunté.

—No lo sé, lo juro, no lo sé. Quizá aquel chico, Alberto. Hablé con los demás, no fue ninguno de ellos, no tenían ningún motivo.

—A lo mejor fuiste tú. No te pagó la cocaína que le proporcionabas y te la cargaste. Las heridas de navaja no son profundas. Hubiera podido asestárselas incluso una mujer.

—No, yo quería a Piera. Era mi mejor amiga.

—Y una buena parte de tu renta. ¿Erais socias también en el negocio de los chantajes?

—¿Qué chantajes?

—Me parece que nos estás tomando el pelo. ¿Sabes lo que haremos si no nos cuentas la verdad? Saldremos por esa puerta y le entregaremos todo el

material a los periódicos. ¿Tienes idea de en qué va a convertirse tu vida y la de tus amiguitos? Esta ciudad perdona los pecados mientras se mantienen en secreto, restringidos a unos pocos íntimos o confiados en el confesionario, pero cuando se hacen de dominio público, no tiene ninguna piedad.

—Os juro que no sé de qué me habláis.

Miré el reloj.

—Tienes una hora para convencerme. Cuéntanoslo todo desde el principio.

Pidió otro cigarrillo.

—Conocí a Piera aquí en la tienda. Hace unos cinco años. Venía a menudo y, por la lencería que elegía, que llevaba siempre debajo de ropa muy ajada, comprendí que era como yo..., que le gustaba un cierto tipo de sexo. En aquella época el grupo de amigos estaba ya formado, pero hacía tiempo que buscábamos a otra mujer. De vez en cuando nos dirigíamos a prostitutas pero con esta historia del sida no te puedes fiar. No fue difícil que nos hiciéramos amigas. Le hablé de nuestro mundillo y ella se unió enseguida con entusiasmo. Conquistó a todos con su manera de ser y...

—Y... —la urgí.

—... Se convirtió en nuestra maestra de ceremonias. Se ocupaba de la organización de todos nuestros encuentros. Su casa se convirtió en el «templo del placer»... Así la llamábamos.

—«Templo»..., «maestra de ceremonias»..., qué gilipolleces —la interrumpió Beniamino.

—¿Y la cocaína? —pregunté.

—La cocaína... Con la cocaína empezó todo. El resto de amigos son empresarios que tienen relaciones con Sudamérica. Al principio empezaron a traer algún gramo. Ahora dos, tres kilos al año.

—¿No os esnifaréis solo vosotros estos *souvenirs*?

—No, por supuesto. La vendemos a una señora que tiene una empresa de... relaciones públicas.

—En mi casa se llama prostitución —subrayé.

—Es un mundillo de estudiantes y señoras jóvenes, frecuentado por políticos y profesionales. Todos son gente conocida.

—¿La madama conoce tu amistad con Piera Belli? —pregunté.

—Sí.

—Ahí está —murmuré al oído de Beniamino—. Estos son los «ámbitos» a los que se refería nuestro amigo el periodista. Están presionándolo, no

porque tengan nada que ver con el delito, sino porque quieren evitar que las investigaciones lleguen a ese mundillo de putas. El asunto se pone feo.

—Ya lo creo. Me da que tu investigación acabará enterrada.

—No necesariamente —le contradije, poco convencido.

Volví a interrogar a Giusy Testa:

—¿También Piera Belli vendía coca?

—No. Ella solo la compraba. A mí.

—¿Y el dinero? Desde luego no tenía el nivel de vida de una funcionaria. Hemos encontrado una carta de la cual se deduce que chantajeaba al hombre enmascarado. ¿Qué sabes de esto?

—Absolutamente nada. Hace tres años me pidió un préstamo de unos treinta millones. Me los devolvió al cabo de unos meses y desde entonces empezó a tener mucho dinero. Un día, en la cama, me dijo que tenía un amante muy rico... Siempre pensé que se trataba del hombre del antifaz. Me imaginaba que era un pez gordo, un tío rico con gustos especiales que pagaba muy bien a Piera por nuestros encuentros. Ella era buena, tenía fantasía y lograba dominar a todos.

—Incluso a Alberto Magagnin.

—Sí, a él más que a nadie. Al principio yo no estaba de acuerdo con que lo llevara a casa porque era un preso y un toxicómano... Podía incluso tener sida. Pero ella me convenció de que nos resultaría útil y divertido. Piera y yo lo llamábamos el Tiradillo. Hacía todo lo que queríamos...

—Ya es suficiente —la detuve—, me están entrando ganas de vomitar.

Saqué la grabadora del bolsillo interior de la chaqueta de lino y se la enseñé.

—Escúchame bien: tenemos el archivo de tu amiga y aquí está grabada tu confesión. Lo guardaremos todo en un lugar seguro. Si llegamos a enterarnos de que le has hablado a alguien de nuestra conversación o que intentas identificarnos, se lo entregamos a la prensa... y a la magistratura. Las condenas por tráfico de coca son altas. ¿Lo has entendido?

Asintió con la cabeza.

—Buena chica —seguí—. Estoy convencido de que tú y tus amiguitos no tenéis nada que ver con el delito. Pero recuerda lo que te he dicho: sé buena y mantente tranquila; si no, te arrepentirás.

Estábamos saliendo de la tienda cuando Rossini se dio la vuelta.

—Hermana, perdóname, pero tengo una mala noticia que darte. Magagnin me dijo que sus últimos análisis confirmaron que era seropositivo... Recuerda que el sida tiene cinco años de incubación.

Ella lo miró aterrada y se puso a llorar de nuevo.

—¿De verdad Alberto te dijo que era seropositivo? —le pregunté apenas subimos al coche.

—No. Me ha tocado los cojones cuando ha dicho que llamaban al chico Tiradillo... De todas formas, la dulce Giusy nos ha contado cosas bonitas, pero nada útil para llegar a descubrir al asesino.

—Pero a lo mejor sí que tenemos una pista: los treinta millones que le prestó a Piera Belli y su repentino enriquecimiento.

—Explícate mejor.

—Creo que la difunta invirtió el préstamo en el chantaje. Con aquel dinero llegó a descubrir o a comprar la información que le permitió atrapar al hombre enmascarado. Es una pista vieja, de hace tres años, pero quizá sea aún posible reconstruir el recorrido de ese dinero. Giusy Testa y Piera Belli siempre se han movido en el mundo de los «legales». Dudo que Giusy le pagase a su amiga al contado. Si utilizó un cheque, tenemos alguna esperanza.

—¿Por qué no se lo has preguntado?

—Porque habría sospechado y se habría apresurado en hacer desaparecer cualquier rastro del préstamo. Conoce a gente que es capaz de hacerlo.

—¿Y nosotros?

—Podríamos preguntárselo a la abogada Foscarini, pero no creo que nos ayudara. En cambio, creo que nos conviene dirigirnos a...

—Giovanni Galderisi.

—Así me gusta. Y ahora vamos a llamarlo por teléfono.

Lo encontré en el periódico.

—El teléfono está pinchado. Y también el de mi casa —me advirtió cuando reconoció mi voz, y cortó la comunicación.

—Era previsible —fue el comentario de Beniamino—, y seguro que lo están siguiendo.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Nos agenciamos dos móviles clonados. Sabes cómo funciona, ¿no? Pertenecen a personas que obviamente ignoran que alguien está llamando a su cargo. Le damos un aparato a Galderisi y el otro lo tenemos nosotros. Ya no podemos utilizar teléfonos públicos porque en dos minutos localizarían la cabina y nos joderían. Ten en cuenta que es un sistema seguro pero solo para evitar que nos capturen. La interceptación resulta más fácil.

—Dudo mucho que el amigo periodista acepte usar un móvil clonado.

—No se lo digas.

—No tengo elección. Me juego lo que sea a que sabes cómo conseguirlos.

—Conozco a un tipo en Vicenza que los vende.

—¿Y cómo se lo haremos llegar a Galderisi? Si lo están siguiendo no podremos acercarnos a él.

El viejo Rossini hizo un gesto de exasperación con los brazos.

—Eres un pardillo. Hay que enseñártelo todo. Se lo mandamos con un «mensaca». ¿Sabes esos chavales en moto que llevan por ahí cartas y paquetitos? Entran y salen a todas horas de la redacción de los periódicos. El móvil pasará ante las narices de los maderos sin problemas.

Tenía razón y, unas horas más tarde, pude ponerme en contacto con Galderisi.

—Espero de verdad que no sea de procedencia ilícita.

—No lo diga ni en broma —mentí, intentando resultar convincente.

—¿Novedades?

—Necesito ayuda. Tengo una pista pero a mí me resulta impracticable.

—¿Cuál?

—Reconstruir los movimientos bancarios de Piera Belli durante los tres últimos años. Sobre todo los relacionados con un cheque de treinta millones emitido a su favor por una tal Giusy Testa.

—Tengo algunos conocidos en el mundillo bancario. ¿De qué banco era cliente la profesora?

A la mañana siguiente, el caso Belli ocupaba todavía mucho espacio en los periódicos. Se había descubierto el robo en la casa del crimen y el alto procurador había hecho una serie de declaraciones, durante una rueda de prensa, que habían suscitado el interés de todos los medios de comunicación nacionales.

El alto magistrado había comenzado subrayando que las indiscreciones del periódico de Galderisi habían dañado la investigación, por lo cual aconsejaba de manera admonitoria a la prensa que mantuviera un mayor respeto por el trabajo de los investigadores. Obviamente, estos conocían las excéntricas costumbres de la profesora y estaban indagando para averiguar quién le proporcionaba la cocaína. El procurador consideraba, además, fuera de toda duda el hecho de que Piera Belli había abandonado el camino de la rectitud moral solo después de haber ejercido su responsabilidad como jurado popular. En consecuencia, quedaba excluida la invalidación del proceso. Magagnin seguía siendo el único sospechoso por las huellas digitales y el móvil, los cuales eran indicios más que suficientes para actuar en su

contra. Y también en contra de aquel o aquellos que estaban ayudándole a huir de la justicia y a desviar las investigaciones. Asimismo se había iniciado la búsqueda de ellos de forma activa.

—¿Has visto? —se lamentó el viejo Rossini—. Nos están dando caza «oficialmente». Te lo había dicho...

—Ni siquiera saben por dónde empezar a buscarnos. Será mejor que llamemos a Galderisi para ver si tiene novedades.

El periodista respondió al primer timbrazo.

—Por fin. He logrado conseguir una copia del extracto de la cuenta de Belli. Usted tenía razón: ese cheque de la señora Testa es una pista interesante. Se transformó de inmediato en una transferencia a favor de un forense británico, el doctor Nigel Cook... Cook, como el famoso almirante. He hecho algunas averiguaciones: es un experto en hematología forense y trabaja a menudo como asesor para Scotland Yard. Vive en Londres.

Permanecí un largo rato en silencio. Trataba de encontrar un nexo con nuestros descubrimientos hasta ese momento. ¿Por qué Piera Belli había ido precisamente en busca de un perito británico?

—¿Sigue ahí? —preguntó el periodista.

—Sí, estoy algo confundido. La noticia es sorprendente de verdad y, por ahora, de difícil interpretación. ¿Tiene usted alguna idea?

—No, y ahora tengo que dejarle. Llámeme cuando averigüe algo.

Una hora después nos encontrábamos en el despacho de la abogada Foscarini. Estaba ocupada y tuvimos que esperar bastante rato.

—La próxima vez concierte una cita —fueron sus primeras palabras. Seguía ofendida por lo que le había dicho en nuestro último encuentro.

—Deje a un lado los resentimientos personales, tenemos que ocuparnos de la sagrada causa de la justicia —dije fastidiado.

—Cada vez que lo veo se me tuerce el día. Su sola presencia me irrita. Luego, cuando abre la boca, me entran unas ganas enormes de tirarle cualquier cosa a la cabeza. ¡Arrogante y ridículo! Parece salido de una película de cine negro de los años cuarenta.

Beniamino se levantó de la silla, se apoyó sobre la mesa y se colocó a un centímetro de la nariz de la abogada.

—Se acabó —dijo con tono firme y luego se volvió a sentar.

Barbara Foscarini se calmó.

—¿Qué quiere? —me preguntó.

—¿Qué tal se le da el inglés?

—Lo hablo correctamente. ¿Por qué?

Le puse la cinta con la confesión de Giusy Testa para que la oyera y le conté las averiguaciones que había hecho Galderisi sobre la cuenta corriente.

—¿Y usted quiere que yo vaya a hablar con ese doctor Cook?

—Sí.

—Pues no. Vaya usted. Lo que me ha contado resulta sorprendente, pero no basta para abrir de nuevo el proceso ni tampoco para evitar que la justicia persiga a Alberto por el homicidio de Piera Belli.

—Sinceramente no la entiendo. Descubrir quién es el hombre enmascarado significa alcanzar la verdad sobre los dos delitos y liberar del todo a Magagnin. No está del todo claro que la pista inglesa nos lleve de manera directa a él, pero, como es la única que tenemos en este momento, vale la pena intentarlo en cualquier caso.

—Mi objeción no se refería a eso, Buratti. Esas informaciones se han obtenido de un modo ilegal y no tienen ningún valor ante un tribunal. Como abogada de Alberto, no puedo permitir que mi cliente se vea perjudicado.

—Aquí se trata de descubrir la verdad y la verdad no puede dañar a Magagnin, que es inocente, sino solo al auténtico culpable. Además, las cuestiones jurídicas se apañan, abogada, estamos en Italia...

—Ya sé dónde estamos, pero no puedo...

—¿Por qué no quiere llegar a la verdad?

—Se equivoca. Quiero hacerlo exactamente igual que usted, pero dentro del respeto a la ley.

—Sin embargo, creo que no. Cuanto más la conozco, más me convenzo de que nos esconde algo, quizá algo que ocurrió durante el proceso. Y esto explicaría por qué, desde que Alberto Magagnin me contrató para descubrir al verdadero asesino, usted cambió de actitud. De hecho, ¿adónde ha ido a parar la desesperación con la que, en nuestros primeros encuentros, me hablaba de la suerte de su cliente, injustamente condenado?

—Márchese.

—No. Levantaré el culo de la silla solo cuando decida hacerlo, pero no antes de haber aclarado algunas cosillas. Por ejemplo, ¿por qué Magagnin nunca le pagó aunque usted no era abogada de oficio?

Si unos minutos antes se había mostrado ofendida por mi actitud, ahora estaba decididamente apurada. Mantenía la mirada baja y se fustigaba las manos.

—No es asunto suyo.

—Como tampoco lo es que la seguridad con la que afirma la inocencia de Magagnin no se deriva solo del estudio de las actas del proceso, sino de saber alguna cosilla más, ¿verdad, abogada?

Esta vez no respondió y su silencio sonó como una admisión.

Durante unos instantes reinó un tenso silencio.

—Dígale a Alberto que renuncio a su defensa. Que se busque otro abogado.

—No. Por el contrario, iré a Inglaterra a hablar con ese doctor. Cualesquiera que sean sus responsabilidades, seguirá defendiendo a Magagnin.

—¿Está amenazándome?

—Sí. Puedo destruir su carrera. Si quiere, incluso le diré cómo: basta con hacer correr la voz en el mundillo carcelario de que usted no es de fiar. No encontrará ni un cliente y con el tiempo sus colegas y los magistrados también empezarán a hacerse preguntas.

—Las cosas no son como usted cree...

—¿Entonces?

—Iré. La semana que viene no tengo ninguna audiencia en el tribunal...

—Mañana.

—Pero no puedo...

—Mañana —ordené, mientras me levantaba—. Deje a su secretaria el nombre y el número de teléfono del hotel en que se alojará. Yo la llamaré.

—Buen viaje, abogada —se despidió Beniamino mientras nos marchábamos.

Me informé de los horarios de los vuelos a Londres que salían del aeropuerto de Tessera. Durante todo el día, Rossini y yo vigilamos a los pasajeros. Se embarcó en el último avión. Llevaba consigo solo una pequeña maleta.

La llamé al día siguiente. Me dijo que no había sido fácil conseguir una cita con Nigel Cook, pero que al final había aceptado cenar con ella aquella noche.

A partir de las diez la llamé cada cuarto de hora; conseguí hablar con ella hacia medianoche.

—Estoy pendiente de sus labios, abogada Foscarini.

—Regreso mañana, llegaré a Tessera a las 14:20.

—¿Ha descubierto algo?

—Sí.

—Pues venga, ¡suéltelo!

—Buratti, maldita sea, déjeme en paz, estoy alterada.

Recordaré aquel viernes 7 de julio el resto de mi vida. Marcó el punto de no retorno en la historia. Exactamente once días después de haberme encargado la búsqueda de Alberto Magagnin, la abogada Barbara Foscarini estaba sentada a la mesa del salón de Beniamino en Punta Sabbioni. La habíamos llevado allí desde el aeropuerto. Ella tal vez ni siquiera se había dado cuenta. Estaba rara, ausente, como vacía, despeinada y sin rastro de maquillaje. La tensión que la invadía se transparentaba en las dos manchas de sudor de la camiseta y en la piel de la cara, perlada de sudor, a pesar de que la habitación estaba fresca y ventilada. Hasta ese momento no había abierto la boca y, cuando lo hizo, su garganta estaba tan seca que no pudo hablar. Rossini corrió a la cocina y volvió con un vaso de té frío.

—Bébaselo —le dijo—, le sentará bien. Es de melocotón.

Se recuperó despacio, muy despacio, demasiado para mi ansia de saber. Me hubiera gustado dar un puñetazo en la mesa y gritarle que hablase, pero me contenía pensando que había que tener paciencia; si no, nos arriesgábamos a que le diera un ataque de nervios.

Beniamino también era de la misma opinión.

—Ve poco a poco —me había susurrado—, se le ha ido la cabeza. Necesita llorar un buen rato, después nos lo dirá todo.

Y así fue. Cogió casi con gratitud el pañuelo que le ofrecí y lo usó para sonarse ruidosamente la nariz.

—Buratti, hagamos un pacto. —Por fin me miró a los ojos—. Le contaré lo que me ha dicho el doctor Cook, pero después me dejará salir de este caso y abandonaré la defensa de Alberto. Usted me ha amenazado, chantajeado y obligado a irme a Inglaterra. Ahora que he vuelto, me he dado cuenta de que no estoy preparada para soportar una situación así. Alberto tiene derecho a que lo defiendan de la mejor manera posible, cosa que, hasta ahora, yo no he sabido garantizarle. Así es que a usted también le interesa que yo desaparezca para siempre de escena.

El tono de su voz se había vuelto firme y decidido, aunque su mirada seguía siendo desesperada. Me encendí un cigarrillo y, mirándola, reflexioné sobre sus palabras. En realidad no podía prometerle nada. No tenía elementos suficientes para decidir si aún podía serme de utilidad. En una cosa tenía

razón: ya no tenía ningún sentido que siguiese representando a un cliente muerto.

Expuse en voz alta mis meditaciones.

—Todo depende de lo que nos diga. Si las noticias que ha traído consigo hacen inútil su presencia en la investigación, le prometo que no nos volveremos a dejar ver ni oír. En cuanto a la defensa de Alberto, estoy seguro de que podré convencerlo para que se dirija a otro abogado.

—De acuerdo —accedió tras un momento de reflexión. Después pidió más té, se levantó y, como si estuviera frente a la corte de un tribunal, empezó a hablar—. Hace tres años, Piera Belli se puso en contacto telefónico con el doctor Nigel Cook, unánimemente considerado como el mejor hematólogo forense británico, para preguntarle si estaría dispuesto a redactar un informe *pro veritate* sobre un peritaje efectuado por un colega suyo italiano encargado por un tribunal, en relación con un caso de homicidio. Cook, al principio, contestó que no, porque le parecía una petición peregrina y quizá incorrecta desde el punto de vista deontológico. La profesora no se rindió y poco después se desplazó a Londres, donde pidió y obtuvo una entrevista con el eminente doctor. Llevaba consigo la documentación correspondiente del caso. Relató que estaba tan interesada en el mismo porque había participado como jurado popular en dicho proceso y que, en aquellas vistas, para la decisión sobre la inocencia o la culpabilidad del acusado habían sido determinantes los resultados de un peritaje hematológico. En la sala de deliberaciones del jurado, ella, como la mayoría de los restantes miembros del jurado, había votado a favor de la condena. En un segundo momento, sin embargo —la abogada Foscarini levantó el dedo índice de la mano derecha y empezó a caminar por la habitación—, en un segundo momento, la mujer rebuscó entre sus propios papeles y se encontró justamente el artículo de una revista médico-forense inglesa que el perito italiano había adjuntado como parte de la monografía. Piera Belli afirmó que lo había conservado por pura casualidad pero, a título personal, dudo que eso sea cierto... De todas formas ya no tiene importancia. Lo que de verdad importa es que de este modo pudo darse cuenta de algunas discordancias en el plano metodológico que durante el proceso habían pasado inadvertidas. Confesó al doctor que desde aquel momento se había sentido torturada por la duda de haber sido cómplice de un grave error judicial. Lo que le pedía, pues, era que revisara el peritaje porque, en el caso de que lo considerase erróneo, pensaba tomar las medidas judiciales pertinentes para corregir la infausta sentencia.

La detuve con una mano.

—Si no me equivoco —dije, mirando a Beniamino—, en una de las cajas que encontramos en el escondite había una fotocopia de un artículo en inglés.

Tras un par de minutos, mi amigo volvió con unos papeles y se los dio a Foscarini.

—Es este —confirmó, tras examinarlos rápidamente—. «Photography of Bloodstains Visualized by Luminol», extraído de un número de la revista *Journal of Forensic Sciences* de 1973. Habla de la técnica para fotografiar en la oscuridad la quimioluminiscencia producida por el luminol.

—Explíquese mejor —la interrumpí—. A nosotros nos suena a chino.

—Claro. Debe saber que existen varios métodos para encontrar rastros de sangre y la cantidad relativa en ropas y otros objetos. Uno de esos test es el del luminol, que se basa en la reacción quimioluminiscente de este compuesto químico que se produce cuando entra en contacto precisamente con la sangre. Pero, dado que este fenómeno tiene una breve duración, en el laboratorio se realizan una serie de fotografías para que puedan mostrarse más tarde en el tribunal. Y aquí llegamos al proceso por la muerte de Evelina Mocellin Bianchini. La acusación sostenía que Alberto Magagnin era el autor del delito y que había causado la muerte de la víctima con varias docenas de cuchilladas y ensañándose con ella. Por el contrario, la defensa rebatía que Magagnin no mentía al decir que la había encontrado ya sin vida y que se había manchado de sangre solo a causa de un desesperado intento de auxilio. También porque a simple vista las manchas apenas se notaban. Fijaos bien, pues, en que el dilema que la corte tenía que resolver era: ¿la cantidad de sangre encontrada en la ropa del acusado es compatible con un breve contacto entre los dos cuerpos, hipótesis de la defensa, o con un contacto prolongado debido a la acción homicida, hipótesis de la acusación? El peritaje fue concluyente a favor de esta última y determinó la condena de Magagnin. Piera Belli relató todo esto al doctor Cook, quien, desconcertado por la noticia de que en Italia siguiese en vigor una metodología ya abandonada por la comunidad científica internacional (pues se considera del todo inaceptable y demasiado genérica, ya que reacciona con la sangre de la misma manera que con otras sustancias), aceptó el encargo sin más reservas. Repitió el test en el laboratorio y descubrió que la técnica fotográfica, debido a una serie de errores, en particular por haber utilizado una cantidad exagerada de reactivo y tiempos muy prolongados de exposición de la película, había sobrestimado considerablemente la cantidad de sangre. En resumen, los fotogramas que la corte había visto no eran otra cosa que minúsculos rastros de sangre agigantados por un efecto fotográfico.

Barbara Foscarini se detuvo el tiempo justo para tomar otro sorbo de té.

—A Cook le chocó también la actuación del perito, dado que este entregó a la corte la descripción de una técnica de reproducción fotográfica muy precisa y, al mismo tiempo, su artículo, el cual había tergiversado por completo.

—Y Piera Belli, ¿cómo había intuido que había algo que no cuadraba? —preguntó Beniamino.

—No olvidemos que enseñaba lengua y literatura inglesas. Es probable que, justamente por su especialidad, el presidente de la corte le encargara leer el artículo y comprobar si coincidía con el peritaje.

—Debió de suceder así —intervine—. Piera Belli se dio cuenta de que el peritaje era erróneo, que sesgaba el juicio del tribunal, pero decidió guardarse la noticia para sí, intuyendo que algún día le sería útil. Lo que no entiendo es como usted, abogada Foscarini, no se dio cuenta. Todo el proceso giraba alrededor de ese peritaje.

—No era asunto mío, sino del perito de la defensa. ¿Quiere que yo entienda de reactivos químicos?

—Entonces vuelvo a formular la pregunta: ¿cómo es posible que el perito de la defensa no se diera cuenta?

—No lo sé. Créame que estoy igual de asombrada que usted de que esto pudiera ocurrir. Asistió en persona a todas las fases en el laboratorio. Es cierto que la monografía solo se adjuntó en una segunda fase, poco antes del proceso..., pero conocía bien al perito designado por el tribunal, había sido alumno suyo hasta un año antes...

—Un novato —saltó Rossini—. Todo el mundo sabe que, en el tribunal penal, los peritos de la defensa han de tener el mismo nivel, o incluso superior, al de los designados por el tribunal. Los jueces casi no los tienen en cuenta porque son de la defensa, imagínese si son alumnos jóvenes...

—También usted era joven, ¿verdad, abogada? —pregunté—. ¿Cuántos casos había llevado ante el tribunal penal?

—Era el primero —respondió, con la mirada baja.

—Entonces los novatos eran dos —concluyó Beniamino, abriendo los brazos—. Magagnin no tenía ni una sola posibilidad de salvarse. Las cuentas con usted cada vez cuadran menos. No se entiende por qué quiso defender a Magagnin a toda costa a pesar de que no le pagaba...

—Dejemos esto por ahora, Beniamino. —Me levanté—. Lo que me intriga en este momento es saber el nombre del perito del tribunal. —Me acerqué a la silla en la que Barbara Foscarini se había derrumbado—.

Adelante, abogada, díganos el nombre del asesino de Piera Belli. Confírmeme que él es el hombre enmascarado de las fotos, el que se sometía al chantaje por miedo a que la difunta revelase que su peritaje había determinado la condena de un inocente. Es así, ¿verdad?

—Sí —admitió, con un tono de voz casi inaudible—. No hay duda. El asesino es el doctor Emilio Artoni. Solo un forense podía conocer tan a fondo las diversas fases de putrefacción y, por consiguiente, percatarse del papel tan importante que desempeñaba el reloj en la muñeca de Piera Belli.

—Ya —dije—. Como buen criminólogo lo organizó todo a la perfección. Pero, claro, no podía prever que usted iba a encargarle a alguien la búsqueda de Magagnin y que esa persona iba a tropezarse con el cadáver de Piera Belli y que se le ocurriría mirar su reloj. Es la típica piel de plátano que manda al carajo un buen, es más, un óptimo plan. —Me encendí otro cigarrillo—. Pero entonces ¿por qué Piera Belli empezó a chantajearlo hace solo tres años? ¿Por qué esperó más de una década? ¿Puede un peritaje erróneo ser un motivo suficiente para matar?

—Hace justamente tres años que nombraron al doctor Artoni director del Centro de Investigaciones Criminológicas. Ese cargo había sido siempre su mayor ambición. Tuvo que trepar bastante para conseguirlo, hacerle la cama a unos cuantos. Desde ese momento, sin embargo, se convirtió en un hombre vulnerable, a quien un escándalo podía arruinar para siempre su carrera.

—El caso está resuelto, abogada Foscarini. Ahora la acompañaremos a Padua. Usted se dirigirá al magistrado, acusará a Artoni y lo obligará a reabrir el proceso por el delito del setenta y seis. —La mujer negaba con la cabeza—. ¿Quiere abandonar justo ahora?

—No me haga reír, Buratti. ¿Qué le cuento al magistrado? ¿Sus proezas como investigador privado? No tenemos ni rastro de una prueba. Piense en el chantaje: Piera Belli no menciona el nombre de Artoni en ninguna de sus cartas. En cuanto al homicidio, solo disponemos de su testimonio, que, dicho sea de paso, siento tener que repetírselo, nadie creería.

—Un momento —la interrumpí—. A Nigel Cook sí lo creerían.

—Su testimonio solo probaría que Piera Belli se dirigió a él para un informe *pro veritate* sobre el peritaje ejecutado por Artoni. Nada más. Cook no nos sirve ni siquiera para pedir la revisión del proceso: nuestro código penal admite un recurso ulterior solo en el caso de que hayan aparecido nuevos elementos. Un peritaje erróneo, a pesar de haber llevado a la cárcel a un inocente, no basta, y esto es así por el simple hecho de que ya ha pasado el examen de los jueces. Es una vieja historia. Además, nuestra ley considera a

los jueces como «peritos de los peritos», sobre quienes recae la labor de aceptar o no los resultados de los peritajes. Una vez que la sentencia pasa a convertirse en hecho juzgado, no hay nada más que hacer... Le dije, Buratti, que con sus métodos no llegaría a ninguna parte. Además, usted estaba seguro de que al descubrir la identidad del hombre enmascarado habríamos destapado la verdad de ambos delitos, pero también esto ha resultado ser erróneo: Artoni mató a Piera Belli y no lo podemos demostrar, pero ¿quién mató a Evelina Mocellin Bianchini?

—Tiene razón, Marco —intervino Rossini—. Estamos en un callejón sin salida.

Apagué el cigarrillo y fui a coger la botella de calvados. Necesitaba reflexionar. Me encerré en mis pensamientos y no me di cuenta de que Beniamino salía para acompañar a Padua a Barbara Foscarini.

Cuando volvió venía cargado de provisiones.

—Tengo que irme un par de días a Dalmacia por negocios. ¿Me acompañas? Cambiar de aires te desintoxicará el cerebro.

—¿Y la Foscarini?

—Está en su casita. De camino he tenido que recordarle que seguimos siendo capaces de destrozarle la vida si nos delata.

—¿Era necesario?

—Sí. Nos oculta algo y no quiero sorpresas. ¿Vienes o no?

—¿Beben calvados en Dalmacia?

—No, pero el tío Beniamino ha pensado también en eso. —Cogió dos botellas y me miró riéndose de manera sarcástica.

Fuimos con la lancha motora. Como estaba adaptada a las exigencias del contrabando, parecía que volaba sobre las olas. Mi amigo se fue a dar una vuelta para cerrar negocios, y yo me pasé el sábado y el domingo sentado en un bar del puerto mirando el mar, sin parar de pensar.

Hacía poco que había salido el sol del lunes cuando volvimos a Punta Sabbioni. Beniamino bajó primero.

—Esto no puede acabarse así —le dije cuando se dio la vuelta para ayudarme.

—Me lo imaginaba.

El punto fuerte de mi razonamiento era el estado de tensión en el que debía de encontrarse Emilio Artoni. Reconocer el propio rostro en el periódico, aunque fuera oculto por una máscara, y enterarse por el pie de foto de que se es

sospechoso de homicidio tiene que ser un golpe duro de verdad. Descubrir, además, que aquel al que has intentado cargar con todas las culpas todavía no ha entrado en la cárcel y que sin duda tiene un cómplice en cuyas manos se halla el fichero de la víctima es aún peor. Y, para colmo, ignorar si hay más personas al corriente del chantaje que te atormentaba —y como eres listo y está claro que eso es así, tenerlo que dar por sentado— es realmente demasiado.

El doctor no era un delincuente curtido ni mucho menos un asesino. Había llegado al homicidio tras tres años de tortura psicológica y, por eso, a la fuerza tenía que estar desesperado, a punto de derrumbarse. Estaba seguro.

—Quizá espera que el chantaje cambie de manos y que alguien se ponga en contacto con él para seguir extorsionándolo. Podríamos hacerle caer en una trampa: atraerlo haciéndole creer que se trata de eso pero luego, utilizando el truco de la grabadora, volver a casa con su confesión.

—Siempre planes complicados —comentó Beniamino—. ¿Por qué no lo mandamos a criar malvas? Lo esperamos delante de casa y le disparamos con silenciador. En el coche tengo una joya croata que usan para la limpieza étnica...

—Simple y demencial, Beniamino. Si lo matamos, después tendríamos que liquidar también a Barbara Foscarini porque esa, ante un homicidio, no se quedaría callada. Y después de ella, por orden, Giusy Testa, Bepi Baldan...

—De acuerdo, mi plan no es bueno pero el tuyo apesta. Artoni no es precisamente tonto y él también se las sabe todas. Si le propones un encuentro no aceptará. Sería como si confesara.

—Entonces podríamos ir nosotros a verlo. Darle una sorpresa.

—Eso está mejor. Pero date cuenta de una cosa, Marco: no podemos volver a casa con las manos vacías o será él quien nos joda. Los forenses son parientes cercanos de esbirros y jueces.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendremos que conseguir la confesión como sea. Ese se ha pasado la vida descuartizando cristianos y estudiando criminología y, según lo veo, no lo camelas jugando al bueno y al malo.

—Ya. La situación podría ponerse fea. ¿Es eso a lo que te refieres?

—Quiero decir que con un mierda de ese calibre solo es un problema de tener agallas. ¿Te ves capaz?

—Sí. No. En fin, ya verás como no será necesario. Está al límite de sus fuerzas por la tensión, estoy seguro de ello.

—Ya se verá. ¿Y qué haremos después con la cinta? Como diría la abogada Foscarini, en el tribunal no tendría ningún valor.

—Todavía no lo sé. Lo importante es conseguirla, es la única arma que tenemos para que Artoni pague sus cuentas pendientes.

—Entonces volvamos a Padua, tenemos que preparar un plan.

Hojeando con paciencia los periódicos en la hemeroteca municipal, conseguimos encontrar una fotografía del doctor. La miramos un buen rato, de manera que se nos quedara bien grabada en la memoria. Tenía un rostro de sesentón de facciones duras, resaltadas por una mandíbula prominente y un bigote de oficial prusiano. La cara de alguien acostumbrado a mandar.

Al principio pensamos en secuestrarlo y llevarlo a un sitio tranquilo para interrogarlo. Después descartamos la idea porque implicaba demasiados riesgos.

Vigilamos los lugares que solía frecuentar: su casa, el centro del que era director y la consulta privada que compartía con otro forense, el doctor Francesco Ferrini, cuyo portal estaba en una callecita del antiguo gueto, cerca de la plaza delle Erbe. De los tres escenarios era el que ofrecía las mejores condiciones, tanto para las vigilancias como para un asalto.

En tres días descubrimos que las dos secretarias llegaban al trabajo a pie, mientras que Artoni y el socio lo hacían en coche y aparcaban en el garaje situado en el sótano del edificio. El inmueble, señorial y reformado hacía poco, estaba vigilado por un joven guardia que no se separaba ni un segundo de la garita. Esto hacía imposible entrar por la puerta principal, así que estudiamos los horarios de salida. Las empleadas se marchaban a las siete en punto de la tarde. Media hora después se abría el portón eléctrico del garaje y salía su socio. Lo seguía, unos minutos más tarde, Artoni con su Mercedes.

Cronometramos el tiempo que tardaba en cerrarse el portón y el cuarto día, un viernes naturalmente caluroso y húmedo, nos deslizamos dentro del sótano en cuanto salió el coche de Ferrini. Nos pusimos guantes de cirujano. Beniamino sacó la joya croata y la cargó. Yo no iba armado. Nunca había tenido una pistola en las manos. Me daban demasiado miedo.

Nos apostamos a los lados de la puerta del ascensor y empezó la espera. El viejo Rossini estaba tranquilo y seguro: presentarse armado en cualquier parte era para él algo natural. Yo, sin embargo, estaba muy tenso.

La puerta se abrió y a Artoni no le dio tiempo ni a dar dos pasos antes de que Beniamino le alcanzase por detrás, le tapara la boca con una mano y le

pusiera la pistola en la sien.

—Buenas noches, doctor. Quédese tranquilo y no le pasará nada.

Lo empujó adentro del ascensor.

—Regístralo —me dijo después.

Le encontré un revólver de cañón corto en una funda metida en los pantalones. Se lo enseñé a Rossini, que negó con la cabeza.

—Y tú querías quedar con él. Ahora, como un buen chico, llévenos a su consulta. Cuando lleguemos a su planta, usted sale, camina delante de nosotros y abre la puerta. No hace falta que le recuerde que al primer movimiento en falso le meto una bala en la cabeza.

Artoni obedeció. La puerta tenía tres cerraduras, todas de seguridad. La mano le temblaba y al final tuve que ayudarle.

—Directo a su estudio —ordenó Beniamino.

Una vez dentro, me dijo que bajara las persianas antes de encender la luz. Miró dentro de los cajones e hizo sentarse al forense en la silla situada detrás de la mesa. Nosotros nos instalamos en las que estaban colocadas frente a ella.

La situación era surrealista: sin la pistola de mi amigo parecía una conversación normal y corriente entre un profesional y dos clientes.

Saqué de un bolsillo la misma Polaroid que le había enseñado a Giusy Testa y la apoyé sobre la brillante superficie de caoba. Después cogí la grabadora, la puse al lado de la fotografía mientras intentaba aparentar la mayor tranquilidad posible y luego pulsé los botones para grabar la conversación.

—Es el momento de la verdad, doctor Artoni —empecé.

Él miró ambos objetos y me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Jódete.

—Doctor, está usted temblando y sudando de manera evidente. Diagnostíquese a sí mismo desde la cima de sus conocimientos. Se dará cuenta de que no está en condiciones de exhibirse y mostrar arrogancia.

Siguió encarándome con actitud amenazadora.

—Tenemos invitados a cenar y mi mujer está esperándome en casa. Si ve que no llego, llamará al portero, que vendrá enseguida a buscarme. Tiene llaves de la consulta. Tenéis el tiempo justo para marcharos... No os denunciaré.

—Un chiste divertido, doctor —comentó Beniamino—. Para tratarse de alguien que se está jugando la perpetua, la verdad es que no le falta humor.

—No sé de qué me habla.

—Sí que lo sabe —intervine—. Del homicidio premeditado de Piera Belli.

—No la conozco —negó, mirando la grabadora.

—Escarbe en su memoria, por lo menos seguro que la ha visto una vez: cuando testificó en el proceso por el asesinato de Evelina Mocellin Bianchini. La mujer era uno de los jurados.

—Entonces digamos que no la recuerdo.

—Doctor Artoni, le ruego que reflexione sobre su situación. No tiene ninguna posibilidad de escabullirse, es totalmente inútil que intente ganar tiempo. No nos iremos de aquí sin su confesión completa. Hasta ahora hemos sido amables; no nos obligue a usar métodos que no nos gustan.

—No tendrá ningún valor a nivel legal.

—Lo sabemos.

—¿Queréis chantajearme?

—No.

—Entonces ¿qué es lo que queréis?

—Que pague la cuenta. Usted ha hecho que el precio suba de forma considerable, doctor. Le acusamos de dos delitos: un peritaje falsificado que llevó a la condena de un inocente y el intento de imputarle un segundo homicidio a ese inocente, del cual, sin embargo, es precisamente usted el responsable.

—¿Quiénes sois? —En el tono de voz se notaba la irritación de quien no admite obstáculos a su voluntad—. Puede que lo haya entendido: amigos justicieros de ese desecho social que era Magagnin o de la puta pervertida de Piera Belli. ¿No sabéis que en este país la justicia la administran los magistrados, que nadie puede sustituirlos y mucho menos un par de delincuentes como vosotros?

—Hombre, fíjate —me dirigí a Rossini—. Nuestro doctor es de la escuela lombrosiana: le basta con mirar a una persona para darse cuenta de si está con los buenos o con los malos. No importa quiénes seamos, Artoni —continué—. En esta historia, usted, con la justicia de los magistrados, conseguiría salir airoso. Con nosotros, en cambio, no tiene ninguna posibilidad. Ninguna.

Bajó la mirada y se cerró en un obstinado silencio. Entonces Beniamino se levantó, sacó de un bolsillo un rollo de cinta de embalaje y, tras amordazarlo, le ató las manos por detrás de la espalda. Acercó la boca al oído de Artoni.

—Ahora va a vivir una experiencia interesante para sus estudios de criminología: experimentará en primera persona un método de interrogatorio que inventó un comisario de la jefatura de Milán. No deja señales pero es eficaz, muy eficaz —le susurró.

Salió de la habitación y regresó con dos abultadas guías telefónicas en las manos. Se quitó la chaqueta y la camisa y se quedó con el torso desnudo.

—Ahora vamos a aprender una bonita canción milanesa: «Cabeza Rapada». ¿La conoce?

Artoni negó con la cabeza. Empezaba a comprender y estaba aterrorizado. Beniamino empezó a canturrear alegremente detrás de él.

—*Cabeza Rapada ha hecho tortellini y no les da a sus hermanos...*

De repente levantó las guías y las estrelló con fuerza contra su cabeza.

¡BAM! Aquel ruido seco inundó la habitación y consiguió que me sobresaltara. El forense encajó el golpe con una mueca de dolor, pero Rossini continuó.

—... Sus hermanos preparan huevos fritos...

¡BAM! Otro golpe.

—... Y no le dan nada a Cabeza Rapada...

¡BAM! Cada golpe me sobresaltaba y esperaba que fuese el último.

Rossini se puso a cantar más rápido, mientras daba saltos como un poseso alrededor de la mesa, y cada vez que pasaba por detrás de Artoni le propinaba un golpe. El hombre tenía la cabeza encogida e intentaba moverse para esquivar los mazazos, pero mi amigo no fallaba nunca. Cuando empezó a llorar de forma convulsiva, Rossini paró.

—¿Quiere entonar usted ahora una cancioncita para nosotros?

Esta vez hizo un gesto afirmativo y yo suspiré aliviado.

Lo desatamos y le ofrecí un cigarrillo que rechazó, mientras negaba débilmente con la cabeza.

—No tenía que acabar así. ¿Cómo me habéis descubierto?

—No hace ninguna falta que lo sepa. Mejor cuéntenoslo todo desde el principio, empezando por el proceso del setenta y seis —lo animé.

—¡Ese maldito proceso! Me persigue como una pesadilla... Han pasado muchos años, y aun así... Está bien. Me encargaron la autopsia del cadáver de Evelina Mocellin Bianchini y el peritaje hematológico de la ropa del acusado. Este último no pude llevarlo a cabo en persona. Por aquella época tenía demasiado trabajo. Se lo encargué a Ferrini, mi socio en la consulta... Se hace siempre así. Él también tenía poco tiempo y, además, el caso no era uno de esos que te hace saltar a la fama. Por eso escogió el procedimiento del luminol, que es el más rápido, a pesar de que era la primera vez que lo usaba. Al final todo volvió a mis manos. Lo firmé y lo deposité en el tribunal... Se hace siempre así. Solo algunos meses después, al acercarse el inicio del proceso, el juez *a latere* del tribunal que tenía que juzgar a Magagnin me

llamó por teléfono y me dijo que, dada la delicadeza del peritaje, agradecería algún documento que lo argumentase. Le pedí a Ferrini que me diera las fotocopias de las publicaciones que había usado para documentarse y también estas se depositaron en el tribunal. El perito de la defensa, como marca la praxis, recibió su copia y, pasados unos días, se presentó en mi consulta para señalarme que la técnica fotográfica no coincidía con la indicada en el *Journal of Forensic Sciences*. Llamé a Ferrini para pedirle explicaciones. Me dijo que, una vez preparado el reactivo químico, había salido del laboratorio y lo había dejado todo en manos del técnico... Se hace siempre así. Cuando lo interrogué al respecto, este me explicó que, para no correr el riesgo de que las fotos salieran mal, había aumentado la cantidad de luminol y había expuesto durante más tiempo los negativos. En resumen, una chapuza, por culpa de la cual yo podía quedar muy mal. Resolví el problema con el perito de la defensa haciéndole ver que en el acta del laboratorio constaba que él había estado presente durante el test, cuando ambos sabíamos que en realidad estaba en otra parte, ocupado con una autopsia... Se hace siempre así. Él lo entendió y se quitó de en medio. Pero, como era un asunto bastante delicado, necesitaba consejo. Me dirigí a un buen amigo mío, el abogado Alvisè Sartori, que, en ese proceso, representaba la defensa de la parte civil y que me escuchó con mucha atención.

»“Querido Emilio”, me dijo, “nos conocemos desde hace ya bastante tiempo y nuestra amistad nos ha llevado a nutrir una estima recíproca. ¿Me crees si te digo que no tienes nada de lo que preocuparte y que es mejor dejar las cosas tal y como están? Te doy mi palabra de que ese Magagnin es culpable y debe ser condenado. Te garantizo, repito, te garantizo que en el tribunal no habrá problemas”. (Recuerdo que en ese momento Sartori se levantó y me dio una palmada amistosa en el hombro). “Y además”, concluyó, “la parte civil se encargará de llamar al doctor Ferrini, tu alumno más fiel, como asesor, y él obviamente confirmará tu peritaje”.

»Un par de días después nos volvimos a ver en la reunión habitual de los Caballeros de la Orden de Santa Costanza, a la cual pertenecemos ambos. Sartori volvió a sacar el tema y me pidió que nos viéramos el día siguiente. Fui a su despacho, donde, sin tantos rodeos, me aseguró que tanto él como la familia de la víctima no dejarían de mostrar su reconocimiento hacia mí tras la conclusión del proceso. Estaba rodeado de demasiados competidores y, para hacer carrera, necesitaba apoyos. Entonces Sartori me recomendó que hablara con el doctor Carlo Ventura, el segundo marido de la víctima, quien, según me dijo, podía resolver todos mis problemas. Me sentí halagado. Le

expresé el alivio y la satisfacción que sentía por el apoyo que me estaba ofreciendo. El proceso se desarrolló como estaba previsto y, a partir de ese momento, empecé a recibir encargos cada vez más importantes. Para evitar posibles contratiempos, uní a mi carrera la de Ferrini y la del perito de la defensa. Todo fue bien hasta hace tres años, cuando me nombraron director del Centro de Investigaciones Criminológicas. Justo después de mi designación, se me acercó Piera Belli. Me dio a entender que sabía algo de ese maldito peritaje. Recordé enseguida que había sido miembro del jurado popular en aquel proceso pero pensé que no podía estar al corriente de mucho y no me preocupé. Ni siquiera los jueces con toga entienden nada de peritajes, imagínate los miembros del jurado popular... Evidentemente, me equivoqué. Un día me llegó por correo la fotocopia de un informe *pro veritate* sobre el peritaje redactado por un gran hematólogo británico, el doctor Nigel Cook. Iba acompañado de una carta de Piera Belli en la que me invitaba a su casa para una entrevista. Fui y ella, desde el primer momento, se comportó de una manera desagradable. Durante estos tres años ha jugado con mi vida, con mi cuerpo y con mi mente. Estoy seguro de que cuando se hubiera cansado, me habría destruido... Matarla ha supuesto una liberación.

—¿Cuándo tomó la decisión de eliminarla?

—Cuando incluyó en el juego a Magagnin. Tenía que neutralizarlos a toda costa a ella y a su amiguito... No tenía otra elección. ¿Me entendéis?

—¡No busque nuestra comprensión! —exclamé—. No pierda el tiempo y cuéntenos el homicidio.

—Empecé a planear los detalles un año antes. Magagnin, como preso en régimen abierto, tenía unos horarios muy precisos y no era difícil que la muerte de Piera Belli coincidiese con su presencia. El lunes 26 de junio fui a casa de la mujer hacia las seis de la tarde.

»Ella se enfureció en cuanto me vio: “Tú solo debes venir aquí cuando te llamo. Ahora no tengo tiempo, estaba a punto de salir para recoger a Alberto”. “Lo sé”, respondí. “Solo será un momento. Tengo que decirte algo importante”.

»Me dejó entrar y yo saqué la pistola. “Dame todas las fotografías y las cartas”, le ordené. En vez de asustarse empezó a tomarme el pelo. El tono de su voz... y sus carcajadas todavía siguen aquí, dentro de mi cabeza. Pero yo no podía dejarme llevar, tenía que seguir con mi plan. Estaba todo previsto hasta el menor detalle. La pistola ya no me servía para nada, tenía que entrar en escena el cuchillo de queso, el que había sustraído de su cocina justo el día anterior... Era domingo y nos habíamos visto para uno de nuestros

encuentros. Saqué de la bolsa un delantal de goma de autopsia y me lo puse rápidamente. En aquel momento comprendió mis intenciones y huyó escaleras arriba. Mientras la perseguía, me puse también los guantes y la atrapé en el estudio.

»“Por favor, cálmate”, suplicó. “No puedo darte las fotografías y las cartas; las voy destruyendo de vez en cuando. No creerás que tengo en casa un material tan comprometido. Míralo tú mismo si no me crees”. “Así lo haré”, le respondí. “Mientras tanto, dame el original del informe *pro veritate* de Nigel Cook”.

»Lo tenía en un cajón de la mesa y, en cuanto lo tuve en mis manos, empecé a asestarle puñaladas contando los cortes y controlando la fuerza para que el *modus operandi* se pareciese lo máximo posible al del homicidio de Mocellin Bianchini. Cayó al suelo y seguí acuchillándola. No se decidía a morir y me miraba con los ojos desorbitados, así que cogí los cojines del sofá y la ahogué. Tenía que buscar las Polaroid y las cartas, y no habría podido con esa mirada fija en mí. No encontré nada y pensé que me había dicho la verdad. Salí de la casa y me aseguré de dejar la puerta abierta por si Magagnin no tenía llave para entrar. Fui al centro, metí el delantal y los guantes en el bidón del material que debía destruirse y me presenté puntual en una reunión. El miércoles, el delito seguía sin haberse descubierto. Me informé con cautela de si Magagnin seguía con su vida normal de régimen abierto y, por el director de la cárcel, me enteré de que no había vuelto a presentarse en la prisión. Comprendí que había encontrado el cadáver y había huido. Eso no me lo esperaba. Me había basado en su anterior comportamiento y pensé que sufriría un *shock* con el consiguiente estado de confusión, y que vagaría por la ciudad listo para que lo arrestaran. En ese momento me di cuenta de que el estado de descomposición del cadáver haría imposible precisar con exactitud el día y la hora de la muerte, y el colega encargado de la autopsia pediría con seguridad un peritaje del reloj, algo que exculparía a Magagnin. Me imaginaba que él habría llegado hacia las siete y media de la tarde y Belli había muerto pocos minutos después de las seis. Esa hora y media de diferencia le habría salvado. Sus huellas digitales y el mismo *modus operandi* del viejo delito no serían suficientes para incriminarlo. Tenía que hacer algo. Decidí volver a la escena del crimen y adelantar las agujas del reloj tres horas para inculpar sin sombra de duda a Magagnin. Cuando oscureció, me acerqué en coche a la calle Torlonga y desde lejos empecé a vigilar la casa. Tenía miedo y no lograba decidirme. Poco antes de la medianoche, vi a una persona entrar por la entrada para coches. “Estoy

acabado, ahora llamará a la policía”, pensé. Sin embargo, el hombre salió al cabo de unos veinte minutos y se alejó con paso furtivo. Se trataba sin duda de Magagnin...

—Pues era yo —lo interrumpí—. Llegados a este punto, creo que tiene derecho a saber dónde falló su plan. Yo estaba buscando a Magagnin pero, en su lugar, encontré el cadáver de Piera Belli. Me fijé en el reloj por casualidad... No sé por qué lo hice... Quizá porque lo había visto hacer en el cine... De todos modos, algunos días después, de un modo absolutamente accidental, llegó a mis manos el informe del forense y de la policía científica y encontré dentro la fotografía del reloj. Las agujas adelantadas me dieron la pista de que alguien estaba jugando la carta del crimen perfecto.

Artoni se tapó la cara con las manos.

—La casualidad. Me ha jodido la casualidad —murmuró desconsolado. Durante algunos instantes pareció quedarse sin palabras—. ¿Dónde escondía las fotos y las cartas? —preguntó al fin.

—En la habitación donde la mató, en el estudio; en un trastero simulado detrás de la librería.

Se puso en pie de un salto.

—¡Esa puta asquerosa se burló de mí incluso cuando sabía que iba a matarla! ¡Sabía que alguien las encontraría y me jodería...! —empezó a gritar.

Había perdido el control y con sus gritos corríamos el riesgo de llamar la atención de todo el edificio. Fue el viejo Rossini el que resolvió la situación: volvió a coger las guías telefónicas y se las estampó en la cabeza hasta que vio cómo se derrumbaba sobre la mesa.

Después se volvió hacia mí, un poco fatigado.

—Rápido, coge la grabadora y vámonos.

Estaba guardándome la Polaroid en el bolsillo, pero cambié de idea y la metí en el de la chaqueta de Artoni.

—Considérelo un regalo, doctor, un recuerdo de nuestro encuentro —me despedí mientras nos alejábamos.

Estaba intentando relajarme mientras oía a Fleetwood Mac cantando «Coming Home», cuando Beniamino apretó el botón de expulsión de la cinta de la radio del coche.

—Quiero volver a oír la confesión de Artoni.

—Justamente ahora —protesté—. Solo faltan unos treinta kilómetros para llegar a tu casa.

—Ahora, Marco. Me da la impresión de que se nos ha escapado algo importante.

En realidad no tenía ningunas ganas de volver a oír todo lo que se había dicho y hecho en la consulta del forense sin el apoyo de una dosis abundante de calvados. Y, además, había conseguido lo que quería: el asesino había sido descubierto, solo faltaba decidir cómo acabar la historia. Cómo castigar a Artoni y hacer que apareciera el cadáver de Magagnin.

Me sentía bastante satisfecho. No sabía cuán equivocado estaba.

Fue especialmente penoso volver a oír a Beniamino cantar «Cabeza Rapada». Mi amigo se tocaba todo el rato las pulseras de la muñeca izquierda y al final saltó:

—Joder, Marco, ¡podías haber apagado la grabadora en ese momento!

La cinta seguía. Artoni acababa de terminar de explicar la intervención y el papel del abogado de la parte civil y del segundo marido de la víctima.

—Rebobina un poco la cinta, quiero oír otra vez esta parte —dijo mi amigo en ese momento.

—¿Por qué? —pregunté intrigado.

—¿No te parece raro que Sartori y Ventura se arriesgaran hasta ese punto con Artoni? Bastaba con garantizarle que no le iban a joder por el peritaje mal hecho. En cambio, le prometieron que lo ayudarían en su carrera, como efectivamente hicieron, lo ataron a su carro y él, a su vez, arrastró al perito de la defensa y al tal Ferrini. Y todo esto solo para ponerle una buena tapadera a la olla del proceso. Un mecanismo demasiado complejo para tapar un simple error. ¿No te parece?

—Quizá. Pero podría tratarse de un procedimiento normal; en esos ambientes no hacen otra cosa que organizar grupos de presión, opas, logias masónicas o afiliaciones a organizaciones como los Caballeros de la Orden de Santa Costanza.

—No, te equivocas. Creo que la verdadera razón es que Sartori y Ventura sabían que Alberto Magagnin era inocente.

—¿Qué quieres decir?, ¿que estaban implicados en ese delito?

—Exacto, Sherlock Holmes.

Oímos tres veces más esa parte de la grabación.

Después volví a poner la cinta de *blues*.

—Me parece que tienes razón. A estas alturas no me sorprendería que Artoni les haya informado ya de lo sucedido y que haya pedido ayuda para

evitar el naufragio de su carrera y de su vida. ¿Sabes lo que te digo...? Mañana volvemos a empezar, Watson —le dije.

Aquella noche no conseguí dormir. Daba vueltas en la cama y después, de vez en cuando, me levantaba para beber un trago. Al amanecer miré el reloj: sábado 15 de julio. Dieciocho días de investigación y todavía no se había acabado. Es más, parecía que no iba a hacerlo nunca. Cada vez que se llegaba a alguna verdad, se descubría enseguida que detrás se escondía otra. Como en las muñecas rusas.

Lo primero que había que hacer era poner la grabación en manos de Giovanni Galderisi. El escándalo destruiría a Artoni y paralizaría cualquier tentativa de implicar a sus poderosas amistades.

Salimos temprano y en las inmediaciones de Padua llamé al periodista.

—Doctor Galderisi, buenos días. A lo largo de la mañana le haré llegar...

—Hoy no puedo, no tengo tiempo, tengo que acudir al lugar de los hechos. El director quiere noticias de primera mano de inmediato.

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo, no lo sabe? ¿No ha oído la radio esta mañana? Han encontrado al doctor Emilio Artoni, el director del Centro de Investigaciones Criminológicas, ahorcado en su consulta.

—Esto no lo habíamos previsto —comentó Beniamino—. Aunque pensándolo bien..., en realidad no era una hipótesis tan remota: se había dado cuenta de que estaba acabado.

—También él, igual que Magagnin. Un homicidio, dos suicidios... No está nada mal para una historia que empezó con la búsqueda de un preso desaparecido. De todos modos, tenemos que descubrir como sea si Artoni ha dejado una nota, una carta. Si hay algún rastro de nuestra visita, debemos destruir la cinta.

Fuimos al bar de siempre y seguimos todos los informativos del día. La noticia había despertado una vez más el interés de los medios nacionales: aparecía en segundo lugar, después de la nueva crisis de gobierno. El doctor Emilio Artoni, según las primeras informaciones, se había colgado de la lámpara de su consulta con la corbata, poco después de las nueve de la pasada noche.

El cuerpo fue hallado por el portero, a quien había llamado la mujer del doctor al ver que este no volvía para cenar. Varios periodistas describieron a un hombre cuyo trabajo científico estaba por completo volcado en la victoria

del bien sobre el mal, miembro de importantes asociaciones y fundaciones internacionales. Eran inexplicables los motivos de tal acto: el suicida no había dejado, como suele suceder, ninguna carta de despedida.

El doctor Ferrini, entre lágrimas, seguía repitiendo que no podía creérselo.

La esposa de Artoni, una mujercita humilde de pelo gris, se comportaba con mucha dignidad. Respondía con serenidad a las numerosas preguntas y sostenía que las motivaciones de aquel acto debían buscarse en la ingente cantidad de trabajo que asfixiaba de manera continua a su marido. Para finalizar, el abogado Sartori, entrevistado en calidad de amigo cercano de la víctima, confirmaba que lo había visto bastante deprimido durante los últimos meses.

El tal Alvis Sartori era un hombre guapo: rondaba los cincuenta años, solo tenía algunos kilos de más y lucía una espesa cabellera morena muy probablemente teñida. Dos ojillos maliciosos en una cara fresca y rosada.

—Parece una serpiente de cascabel —me hizo notar Rossini.

—Sí, tiene toda la pinta de ser un tipo peligroso. Hace el papel de amigo afectado, pero creo que solo está preocupado por que no se escarbe demasiado en la vida de Artoni.

—Podríamos decir que somos afortunados de que no haya dejado nada escrito.

—No está claro. Nosotros nos fuimos hacia las ocho y media y él se colgó treinta o cuarenta minutos después. Tuvo todo el tiempo que quiso para telefonar a quien quisiera.

—Puede ser. ¿Y qué hacemos? ¿Seguimos con la pista Sartori?

—La verdad es que no lo sé. Con nuestras investigaciones estamos removiendo situaciones controladas por la gente, por así decirlo, de arriba, la que cuenta de verdad en esta ciudad. Creo que deberíamos tener clara la situación antes de actuar. No me gustaría que el suelo se hundiera de repente bajo nuestros pies.

—Bueno, bienvenido a la realidad. Llevo poniéndote en guardia desde el principio de esta investigación y por fin me das la razón.

—Venga, Beniamino, no seas siempre tan polémico. No podíamos imaginarnos en ningún momento que las cosas iban a acabar así. Por cierto —dije, mirando el reloj—, ¿qué te parece si vamos a comer algo?

Llegamos al No Se No, un club de la calle Trieste, con la intención de pasar buena parte de la noche. Allí nos pilló Barbara Foscarini.

—¿Me equivoco o no quería tener nada más que ver con nosotros? —pregunté.

Se sentó en la mesa y pidió un *gin-tonic*. Se pasó una mano por la cara.

—Ahora lo sabéis todo, ¿no? —preguntó con resignación.

—¿Todo de qué?

—Sabéis perfectamente de que estoy hablando.

—No, no lo sabemos, abogada Foscarini. Díganoslo usted —intervino Beniamino.

—De Artoni, estoy hablando de él. Fuisteis a hablar con él y luego se colgó...

Permanecimos impasibles. Desconcertada por nuestra actitud, volvió a hablar con un tono casi implorante:

—Escuchad, solo quiero saber qué os ha dicho sobre el proceso por el homicidio de Mocellin Bianchini...

—Ah, ¿y por la muerte de Piera Belli y la suerte de Alberto Magagnin ya ha perdido todo interés? —rebatí.

—Por favor, no lo hagáis todo más difícil... Solo quiero saber si os habló del papel que jugó el abogado Sartori.

Beniamino y yo nos miramos. Me acerqué a la cara de la mujer.

—Abogada, ha llegado el momento de que nos cuente todo lo que nos ha estado ocultando. Después, si nos parece oportuno, podrá tener la información que tanto desea.

—De acuerdo, Buratti. —Soltó un largo suspiro y bebió más de la mitad de su copa—. En 1974 me casé con el abogado Piero de Curtis y me convertí en socia de su bufete. Pasados unos meses, durante un proceso, conocí al abogado Alvisè Sartori. Nos hicimos amantes enseguida. Cuando arrestaron a Alberto Magagnin bajo la acusación de homicidio, Alvisè, que había sido contratado por la familia de la víctima, me preguntó si quería ocuparme de la defensa. Hasta ese momento no había llevado ninguna defensa en el tribunal penal, pero él me animó a aceptar y me hizo ver que ese proceso me iba a servir como entrenamiento... Aparte de ser una buena acción. El imputado era un indigente sin blanca y yo le garantizaría una buena defensa, mejor que la del abogado de oficio que había designado el tribunal, aunque no había dudas sobre su culpabilidad... Y además sería otra oportunidad para estar juntos... —Se bebió el resto de la copa y continuó—: Le dije que mi marido no iba a aceptar en ningún caso, pues no era el estilo del bufete ocuparse de semejantes asuntos. Insistió en que no era necesario que se enterara porque él se ocuparía personalmente de cubrir los gastos legales y, a través de algunos clientes suyos presos, de convencer a Magagnin para que comunicara mi nombramiento a la oficina de la cárcel. La propuesta era tentadora: aquel

proceso llamaría la atención de la prensa y mi nombre saldría en los periódicos... Era una ocasión única para mi carrera. Así que acepté...

Beniamino y yo aplaudimos.

—¡Qué buena es la abogada! —exclamó mi amigo.

—¿Cuándo se dio cuenta de que el buen Alvisé la había involucrado en el proceso para tener el control de la defensa? —pregunté.

—Dos años después, la víspera del debate del jurado en el Tribunal Supremo. Me encontraba en su casa y, por casualidad, oí, por una interferencia, una conversación telefónica entre él y Carlo Ventura. Este último le preguntaba si existía la posibilidad de que yo creara problemas. Alvisé le respondió que estuviera tranquilo, que la situación estaba bajo control. Entonces oí que el otro se descolgaba con estas palabras textuales: «Ha sido una idea genial convencer a esa imbécil para que asuma la defensa del toxicómano...».

—¿Y qué ocurrió después? —la apremié.

—Hice como si nada. En el tribunal intenté llevar a cabo una defensa desesperada, pero el Tribunal Supremo, como era de esperar, confirmó la condena. Obviamente corté mi relación con Alvisé. Él se vengó informando a mi marido de lo que había habido entre nosotros... Piero pidió la separación. Nunca me ha perdonado. Sartori siguió atormentándome durante mucho tiempo: me consideraba de su propiedad. Nunca se ha casado, ha tenido varias amantes y todas han acabado destrozadas por su relación con él.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué quiere saber? —lo interrumpí.

—Todo lo que aún no he entendido.

Miré a Beniamino y él hizo un gesto afirmativo.

—Acompáñenos, en el coche tenemos una cinta que debe oír.

Rossini conducía toqueteándose, como de costumbre, sus pulseras; yo espiaba a la mujer a través del espejo retrovisor: solo reaccionó al oír «Cabeza Rapada» tapándose los oídos.

—Quiero que le digáis a Alberto que lo siento —nos rogó cuando acabó la cinta—. En el momento en el que comprendí que me estaban utilizando traté de ayudarlo para que su pena fuera lo más breve posible... Espero que pueda perdonarme...

—Qué bien suenan los violines, abogada —replicó con dureza Beniamino—. Quizá se ha olvidado de que Magagnin pasó quince años marchitándose en la cárcel mientras usted se follaba a quien había trucado toda la baraja para condenarlo. Por lo menos tenga el buen gusto de no decir gilipolleces.

—¿Qué quieren hacer ahora? ¿Ir a por Alvise?

—Beniamino, para aquí —intervine—. La señora se baja. Adiós, abogada Foscarini. En este momento usted sale de escena. De ahora en adelante mantenga la boca cerrada. Con todos, pero en especial con Sartori. En el caso de que le pregunte algo, niéguelo todo, incluso la evidencia. Lo digo por su bien.

Oí cómo la puerta se cerraba detrás de mí. El coche, tras ese breve parada, salió derrapando.

Al día siguiente, cuando Rossini se levantó, me encontró encajado en un sillón del salón: en uno de los brazos el cenicero hasta arriba de colillas y en el suelo una botella vacía de calvados.

—Tienes los ojos rojos, Marco, pareces un colombiano después de un festín de coca. ¿Quieres un café?

Lo seguí hasta la cocina.

—Beniamino, necesitamos consultar a un «analista».

—¿Un loquero?

—Muy gracioso.

—Marco, los analistas del hampa son poco fiables: ficha limpia, una buena formación y el cerebro retorcido. Si fuésemos a ver a uno de ellos, a uno cualquiera, ¿sabes lo que haría después de oír esta historia? Ordenaría nuestra ejecución, empezaría a extorsionar a la abogada, obligaría a Giusy Testa y a sus amiguitos a importar la coca para ellos, alargaría sus manos hasta el círculo de putas... y, sobre todo, llegaría a un acuerdo con Sartori. Siempre necesitan gente como esa.

—No estaba pensando en uno del hampa.

—¿En quién entonces?

—En Max Memoria.

—Me suena el nombre. Lo he oído mencionar alguna vez en la cárcel a los «escalofríos», los terroristas. ¿Es uno de ellos?

—No en el sentido vulgar del término. En los años setenta se ocupaba de la contrainformación para un grupo de izquierda extraparlamentaria. Había creado una red de informadores fuera de toda sospecha y espiaba todo y a todos en esta ciudad. Hace algunos años unos arrepentidos lo acusaron de haber pasado información a grupos que practicaban la lucha armada y, desde entonces, es un fugitivo. Pero sé que se esconde aquí en Padua y que sigue espiando; su red nunca se desmanteló. Eso no significa que el asunto le

interese. Es un verso libre que usa lo que sabe para una estrategia totalmente personal: vende o regala información solo si el uso que se haga de ella coincide con su ideología.

—Un loco, vaya. ¿Estás seguro de que es una buena idea recurrir a un tipo así?

—Sí. Es el único que puede ayudarnos a relacionar hechos y personas e indicarnos la mejor manera de actuar.

—¿Qué querrá a cambio?

—Creo que se conformará con unas copias de las cintas que tenemos. En cualquier caso, pensaba entregárselas para captar su interés.

—¿Qué hará con ellas? Hemos dado nuestra palabra a Giusy Testa...

—No le van los chantajes. Meterá en sus ficheros los datos que le interesen, feliz como un niño por haber descubierto algún secreto más de Padua.

—¿Cómo lograrás encontrarlo si es un fugitivo?

—A través de su mujer. Se llama Marielita, una sudamericana; uruguaya, creo. Es una música callejera, no será difícil encontrarla.

—¿Una vagabunda?

—Bueno, no tanto. Siempre se pone a tocar cerca de edificios un poco especiales, como sedes de partidos políticos, estructuras financieras, mandos militares... Es su mejor informadora.

Logramos dar con ella a primera hora de la tarde cerca de la jefatura. Nos paramos a observarla de lejos. Estaba cantando una dulce canción de cuna andina. Llevaba el acompañamiento de la melodía con un charango, cuyas cuerdas pellizcaba con delicadeza. Debía de tener unos treinta años. El pelo, largo y negro, enmarcaba un rostro de rasgos delicados, en los que apenas se adivinaban sus orígenes. Llevaba una camiseta amarilla y unos pantalones ajustados de tela verde. Mientras nos acercábamos estudié su cuerpo delgado y los senos apenas marcados. Al encontrarme con su mirada sentí cómo me sumergía en dos ojos negros como la noche y penetrantes como un cuchillo.

«Guapa», pensé y recordé la estrofa de una vieja canción:

*I can see your bright, bronze skin
at ease with all the flowers
and the centipedes.*

Le tendí dos cintas, envueltas en un billete de diez mil.

—¿Blues? —me preguntó con una sonrisa, para darme a entender que yo no era ningún desconocido para ella.

—Esta vez no, Marielita. De todas formas, seguro que Max Memoria las encuentra interesantes. Dile que espero una respuesta mañana.

Volví a encontrarla en el mismo lugar, mientras ella gozaba del sol ardiente del mediodía.

«Como una lagartija», pensé mientras sentía el fastidio de la camisa pegada a la espalda.

—Esta noche a las diez en la esquina de Martiri della Libertà y San Fermo. Tú solo, deja a tu amigo en casa. —Después extendió la palma de la mano hacia mí.

—Está bien —respondí. Le dejé mil liras y me alejé con la seguridad de que estaba siguiéndome con la mirada.

Llegó puntual en una furgoneta oscura. Bajó la ventanilla.

—Sube atrás, rápido.

La obedecí. Al cerrar la puerta me di cuenta de que los cristales estaban tintados. Evidentemente, Max Memoria no quería correr riesgos. Por el tipo de recorrido, me di cuenta de que no parábamos de dar vueltas, por supuesto con la intención de desorientarme. Lo único que conseguí distinguir fue el ruido de una puerta automática, y eso cuando ya habíamos llegado. Bajamos a un sótano con la furgoneta.

«Un chalet», pensé cuando la mujer me hizo bajar.

La seguí por una escalera interior y advertí que iba vestida con gran elegancia con una falda de vuelo floreada y una camisita de seda azul. Me acompañó hasta la entrada de una habitación medio a oscuras y desapareció aun antes de que consiguiera acostumbrarme a la oscuridad.

Frente a mí estaba la silueta de un hombre sentado en una butaca riéndose a gusto mientras veía una película en blanco y negro.

—Acércate, Caimán, bienvenido a mi humilde morada. ¿Conoces esta película?

—Creo que no.

—Es *Cliente muerto no paga*, de Carl Reiner, con Steve Martin. Una verdadera joyita: en el montaje insertaron trozos de viejas películas, así parece que los actores dialogan de verdad con las estrellas de los años cuarenta. Aparecen Burt Lancaster, Alan Ladd, Humphrey Bogart. ¿Y sabes a qué se dedica el protagonista?

—No.

—Es detective privado. Como tú. La veía en tu honor y espero que me permitas regalarte la cinta. Podría resultarte instructiva.

Apagó el vídeo y encendió la luz. Me encontré ante un hombre grande y robusto, con la típica barriga que produce mucha cerveza y mucha vida sedentaria. Tenía la barba recortada y canosa y unos grandes ojos azules que traicionaban el aspecto bonachón del cuerpo y dejaban ver toda la astucia y la inteligencia del personaje.

Se encendió un cigarrillo. Tenía los típicos dedos amarillentos de los grandes fumadores. De pasada pensé en los míos, que estaban teñidos de la misma manera.

—¿Qué bebes? Ah, qué pregunta más tonta. Calvados, naturalmente. —Se golpeó en la frente con la palma de la mano, imitando a Tino Buazzelli en el anuncio de un aperitivo.

—Si quieres sorprenderme, Max, tendrás que decir algo menos evidente. Todos los camareros de Padua saben que solo bebo sidra destilada.

—Estaba de broma, Caimán, solo de broma. Son curiosas las grabaciones que me has mandado —dijo, mientras se ponía serio de repente—. Cuéntamelo todo desde el principio. Estoy realmente intrigado.

Hablé largo y tendido, sin olvidarme de ningún detalle. A un analista no debe escondérsele nunca nada.

—Estás metido en un buen lío, Caimán. No será fácil salir de él. Sígueme.

Entró en una gran habitación. En el centro había una mesa con un ordenador; contra las paredes, tres grandes archivadores y una estantería repleta de periódicos locales.

Se sentó en la butaca detrás del escritorio y me indicó la silla de enfrente.

—Ponte cómodo, Caimán, y tratemos de recapitular este asunto desde el principio. Todo comienza con tu atrevida decisión, que deberías haber consultado de inmediato al que suscribe, de demostrar la inocencia del preso en tercer grado Alberto Magagnin. Desde que comenzó tu investigación te has metido de cabeza en una serie de ambientes que no siempre estaban relacionados de manera directa con el caso. Me refiero, claro está, a los sadomasoquistas de la pandilla de Giusy Testa, al tráfico de cocaína y a la prostitución de lujo. En el momento que llegaste hasta Artoni, tu actividad como investigador obtuvo el primer resultado significativo, porque, junto al móvil y al asesino de Piera Belli, descubriste que el proceso Mocellin Bianchini se había amañado precisamente para condenar al bueno de Magagnin. La razón de ello no la conocemos, pero Artoni ha delatado al

titiritero de este juego perverso: el conocido penalista de la ciudad de Padua Alvise Sartori, y el industrial textil Carlo Ventura, marido de la desafortunada Evelina Mocellin Bianchini. Ahora podemos añadir una nueva pieza a nuestro puzle: es evidente que el doctor Artoni nunca puso al corriente a estos dos señores del chantaje al que le estaba sometiendo la señora Belli, porque en ese caso se hubieran notado enseguida los efectos. De hecho, habrían neutralizado de inmediato a la mujer y lo habrían hecho de una forma mucho más eficaz y menos chapucera. El llorado criminalista, por el contrario, prefirió soportar durante tres años las vejaciones a las que le sometía Belli, ya que sabía bien que sus poderosos amigos, una vez los hubiera puesto al día de la verdad, habrían dejado de considerarlo digno de su confianza y consiguientemente le habrían excluido de su mundo. Y él habría visto cómo se esfumaban en un instante sus éxitos profesionales. Solo frente a su problema, y en un nivel ya intolerable de exasperación, tomó la única decisión que le parecía aceptable: convertirse en asesino. Elaboró un plan que, hasta que aparecisteis vosotros, creyó perfecto. Podemos imaginar en qué estado de postración lo dejasteis tras vuestra visita y demos por descontado que no dudó un solo minuto en ponerse en contacto con Sartori. Este sabe ahora toda la verdad sobre el chantaje y el homicidio y está al corriente de que andan por la ciudad dos tipos sospechosos capaces de hacer confesar a una persona con métodos policiales y en posesión de una grabación comprometedor. El abogado está sin duda en pie de guerra, listo para emplear toda clase de medios para destruir a quien esté tratando de meterlo en líos. Esta es la investigación en la que te has movido, Caimán —su carcajada resonó unos instantes en la silenciosa habitación—, como un elefante en una cacharrería. Has cargado como un toro y has obtenido lo que los jueces llaman «efecto cascada de las confesiones». Un buen resultado, sin duda, pero al mismo tiempo has dejado un montón de pistas que pueden llevarlos a descubrirte. Y a Rossini.

Max continuó su disertación caminando de un lado a otro de la habitación. Me señaló que yo no podía esperar con certeza que Sartori y Ventura no hubieran tenido tiempo de organizar de manera eficaz nuestra búsqueda. De unos tipos tan astutos y con tan buenas relaciones era más que evidente esperar que hubieran empezado a ocuparse del caso en el momento mismo del descubrimiento del cadáver de Piera Belli y de la consiguiente incriminación de Magagnin.

—Porque mira, Caimán, debe de haberlos preocupado, y no poco, el descubrimiento de la relación entre el inocente al que habían llevado a la cárcel y uno de los jurados. Gracias a los artículos de Galderisi han sabido

después que el preso en régimen abierto tiene el respaldo de alguien que, a todos los efectos, puede ayudarlo y protegerlo y que es tan astuto para ridiculizar a los jueces sembrando la duda en la opinión pública sobre la culpabilidad de Magagnin. Como no saben que está muerto, desde ese momento les pareció fundamental llegar hasta Magagnin y sus cómplices antes que la policía. Fue entonces cuando empezaron sus investigaciones. Si no lo han hecho ya, les faltará poco para llegar hasta Baldan y Giusy Testa, y para luego reconstruir tus movimientos. Los tienes pisándote los talones, Caimán, y en cuanto te cojan, te destruirán.

—Pero ¿quién es ese Sartori? ¿El mago Mandrake? —bromeé para intentar relajar la tensión que estaba atenazándome el estómago.

Max Memoria encendió el ordenador, tecleó algo y empezó a leerme la información que necesitaba para entender hasta qué punto me había metido en un lío.

—Alvise Sartori nació en 1935 en Padua. En su juventud destacó por sus óptimos resultados en el ámbito escolar y deportivo, y se reveló como una auténtica promesa del piragüismo. Licenciado con unas calificaciones excelentes, comienza una fulminante carrera como penalista. A finales de los años sesenta se convierte en el abogado de la Padua de los trapicheos. Se trata de un verdadero trampolín, gracias al cual consigue introducirse en un número cada vez mayor de sectores, no siempre legales. También se presta a llevar a cabo el papel de mediador en varios secuestros, justo por la época en la que es raptada la primera esposa de Carlo Ventura. Ella es el retoño de una conocidísima familia de industriales textiles y sus propios parientes no habían ocultado en ningún momento su aversión hacia el marido, a quien todos consideraban un advenedizo. Sartori se ofrece para conducir las negociaciones. Él y Ventura se entienden al vuelo y deciden quedarse una parte importante de la suma del rescate. Desde entonces se vuelven inseparables. Ingresan en los clubes y asociaciones más exclusivos como, por citar el más importante, los Caballeros de la Orden de Santa Constanza. Con la bendición y la cobertura, supongo que inconsciente, de una parte del clero, esta estructura recoge en realidad toda la podredumbre de esta ciudad, desde viejos fascistas implicados en Gladio^[3] y otras tramas negras, a exponentes corruptos del mundo político, financiero, judicial y militar, y a su vez es un eje transversal de otras estructuras, grupos de presión o logias masónicas, incluso extranjeras. Nuestros dos «caballeros» se convertirán muy pronto en consejeros legal y financiero respectivamente de esta asociación dedicada en realidad a delinquir. Han salido indemnes de todos los escándalos,

Tangentópolis incluida. En todos estos procesos Sartori, mira por dónde, ha formado parte de la defensa. Esto implica conocimiento, y el conocimiento es poder. En esta ciudad el chantaje es la norma en ciertos ambientes y nuestro amigo es un maestro del ramo. Con los años se ha construido una corte formada por policías, *carabinieri*, funcionarios, ujieres del tribunal e incluso delincuentes de cualquier calaña. No le costaría nada ordenar tu eliminación o la de Rossini o, si lo prefieres, lograr que os encontraran en casa o en el coche un kilo de heroína y meteros en el trullo veinte añitos.

—¿Qué me aconsejas?

—Ante todo los dos debéis pasar a la clandestinidad. Desapareced de la circulación. Después esforzaos por descubrir la verdad sobre la muerte de Mocellin Bianchini y si lo lográis... negociad.

—¿Negociar?

—Sí, con Sartori, el más importante de los dos. Silencio a cambio de un futuro tranquilo. No tenéis otra elección. Cuantas más cosas logréis descubrir, más posibilidades tendréis de salir airosos de esta.

—¿Puntos débiles?

—Solo uno: el sexo. En el tribunal se dice que es homosexual porque nunca se ha casado, pero no es verdad. En realidad le gustan las mujeres, incluso las profesionales. Ahora se acuesta con la joven esposa de uno de sus clientes, que está cumpliendo una condena por robo a mano armada en San Remo. En la apelación ha logrado que le doblen la pena... pero no te aconsejo que pierdas el tiempo con esta pista, concéntrate en ese delito.

—¿Alguna idea?

—Una, evidente: han pagado a alguien de su mundillo.

Me puse en pie.

—Gracias por la consulta, Max. ¿Cuánto o qué cuesta?

—Quiero toda la información que logres recoger. Hace años que trato de cazar a esa gente: si también logro hacer un trato, podría sacar de la cárcel a algunos de los nuestros.

Se levantó, la charla había acabado. Volvió a acompañarme hasta las escaleras que conducían al garaje.

—Abajo te espera Marielita. Buena suerte. —Mientras yo bajaba, añadió —: He recordado unos versos que van de perlas con tu situación. Son de Massimo Salvagnini, el poeta maldito de esta ciudad:

*Entraste como un bólido en la corrida,
saliste a puñetazos a la pampa.*

Seguí escuchando sus carcajadas hasta que cerré la puerta de la furgoneta.

Marielita conducía con rapidez y seguridad. En un momento dado me di cuenta de que estábamos recorriendo carreteras en cuesta. De ello deduje que estábamos en las colinas Eugane y empecé a preguntarme la razón de un rodeo tan largo.

Cuando me dejó bajar de la furgoneta, me encontré en la cima de una colina donde soplaba una fresca brisa. A lo lejos se distinguían las luces de Padua y de los pueblos limítrofes. Ella se me acercó, se puso de puntillas y me besó en la boca.

—No me parece una buena idea, Marielita.

—A mí sí —contestó, lamiéndome la punta de la nariz.

—Tengo negocios con Max, podría no gustarle esta historia.

Me dio otro besito en los labios.

—Si vas a decirme que no puedes hacer el amor conmigo porque soy la mujer de Max Memoria, te mereces una patada en los huevos. No soy de su propiedad.

Me senté en la hierba y busqué el tabaco en los bolsillos.

—No quería decir eso. Solo que la situación es complicada y posibles malentendidos podrían aumentar las dificultades.

—No te preocupes, Caimán. Tan solo tienes que decidir si quieres follarte o no a una guapa mujer sudamericana. De lo demás ya me ocupo yo.

—El razonamiento me parece impecable —comenté mientras le acariciaba el cabello.

Durante el viaje de regreso me permití ir sentado junto a ella en la parte delantera. De debajo del asiento sacó una botellita plana.

—¿Un traguito, Caimán?

—Todo un detalle, Marielita —se lo agradecí, y empecé a desenroscar el tapón.

—Max y tú tenéis una cosa en común.

—¿De verdad? ¿El qué? —pregunté sorprendido.

—Un fuego que os quema por dentro y os consume. El corazón se os ha vuelto negro y pequeño, y duro como una piedra.

—Cada cual tiene lo suyo —sentencié, tratando de cerrar el asunto.

—Podríais recorrer nuevos caminos, emprender una nueva vida, pero no podríais apartaros del pasado. Tenéis cuentas que ajustar, sobre todo con vosotros mismos, y cada día que pasa es una nueva cicatriz...

—Es la maldición de nuestra generación, hermana —bromeé—. Visto lo visto, sin embargo —añadí, poniéndome serio—, no entiendo por qué estás

con Max y colaboras con él. Corres el riesgo de ir a la cárcel... y esa sí que es una fábrica de cicatrices.

—Lo tengo en cuenta. Desde siempre. En realidad le debo todo y él padece la soledad como un niño. Y, además, Max es una apuesta con la historia y a nosotros, los sudamericanos, nos gustan las apuestas.

—A mí, en cambio, me parece uno de esos soldados japoneses que estuvieron escondidos durante años en islitas del Pacífico porque no podían creer que el emperador se hubiera rendido.

—No seas cínico, Caimán. Ayuda a un montón de gente y cree sinceramente en lo que hace. El verdadero problema es que no piensa nunca en sí mismo.

Le acaricié la cara.

—Te pido perdón, he dicho una gilipollez. También está ayudándome mucho a mí y lo aprecio por eso. Es muy afortunado de tenerte cerca. Eres una gran mujer, Marielita.

—¿Lo piensas de veras?

—Sí.

—Tienes una brizna de hierba en el pelo —dijo el viejo Rossini mientras me guiñaba un ojo.

Me pasé una mano por la cabeza.

—Max Memoria no me ha dado buenas noticias; la situación está peor de lo que creíamos.

—Entonces deja que me siente en el sillón —refunfuñó resignado.

A medida que oía mi relato su expresión se volvía más seria.

—Estamos realmente jodidos, Marco. No podemos perder ni un minuto —comentó entonces.

Con una puntillosa profesionalidad, como si tuviéramos a la Interpol pisándonos los talones, planeó nuestro paso a la clandestinidad.

Hizo correr el rumor de que nos marchábamos a Dalmacia y de que íbamos a quedarnos allí una larga temporada. Preparó con mi ayuda la lancha con todo lo necesario para el viaje. Aprovechamos la confusión de los preparativos para esconder bajo la cubierta a un contrabandista de confianza. Cuando acabamos, mi amigo cerró la casa, dejó bien a la vista nuestros coches en el jardín y, finalmente, zarpamos. En cuanto estuvimos lejos de la orilla le pasó los mandos al tercer hombre y le dio la orden de que nos desembarcara en la isla del Lido. Desde allí, llegamos con un *vaporetto* a la estación de tren de Venecia y, camuflados entre la masa de turistas, llegamos a Padua seguros de que nadie se había percatado de nuestra presencia.

Rossini hizo un par de llamadas para conseguir una moto, nuestro nuevo medio de transporte, y una casa segura cedida por una banda de atracadores bergamascos. Para cubrir los gastos usamos el dinero de Piera Belli que Magagnin nos había dejado en herencia.

—Bien, ahora podemos empezar a razonar —comentó en cuanto tomamos posesión del pequeño apartamento situado en el barrio residencial de Città Giardino, que a partir de ese momento sería nuestro refugio.

—No tengo la menor idea de cómo se lleva a cabo una investigación estando escondidos.

—Ya no es una investigación, Marco. Es una guerra de bandas, la de Sartori contra la nuestra.

—¿Nosotros dos somos una banda? Pero si hasta el código penal solo considera ilegal una asociación cuando la forman al menos tres personas...

—A la mierda el código. El abogado quiere eliminarnos: muertos o en la cárcel. En cuanto nos identifique solo le faltará escoger el mejor método y yo no tengo ninguna intención de ser el Magagnin de esta situación. El analista te lo ha dicho con claridad: la única manera de evitar que los otros nos jodan es haciéndolo nosotros primero. Después se pasa a las negociaciones, como en todas las guerras de bandas respetables.

—Tranquilízate, Beniamino...

—No, no me tranquilizo. Esto debía de haber sido un paseo y sin embargo estamos de mierda hasta el cuello. Y es culpa tuya. No me digas que no te lo advertí. Desde ahora lo haremos a mi manera. Tú eres bueno negociando, es tu especialidad, pero la guerra con maderos o hampones es cosa mía.

—Está bien, está bien. ¿Cuál es tu plan?

—Quiero saber si Sartori te ha descubierto ya. Para salir de dudas bastará con dar una vuelta por los locales a los que sueles ir habitualmente.

—Buena idea —admití con entusiasmo. Ya me estaba deprimiendo solo de pensar que tenía que quedarme escondido no sé cuánto tiempo en este zulo—. Pero —le recordé— eso no es suficiente, Beniamino. Necesito las actas del proceso de Evelina Mocellin Bianchini.

—¿Barbara Foscarini?

—Es la única que puede proporcionárnoslas.

—Hace tres días nos despedimos de ella, Marco.

—Lo recuerdo pero no tenemos otra elección. Estoy seguro de que en esos papeles saldrá el protegido por Sartori y Ventura.

—Entonces iré yo. Espérame aquí.

Decidí matar el tiempo familiarizándome con el sitio en el que me encontraba, empujado por la curiosidad de ver cómo era un nido de atracadores. La cocina estaba equipada con armarios de formica amarilla, taburetes y sillas de diseño sencillo y con patas metálicas. En el salón una librería vacía, una mesa y un sofá que parecían salidos de un robo en un almacén. En las paredes, aquí y allá, retratos de jóvenes de rostros tristes, grandes ojos claros y mejillas sonrosadas sobre las cuales aparecía de manera ineludible una lágrima. Definitivamente de mal gusto. Sin embargo, me sorprendió encontrar un viejo tocadiscos Geloso y una discreta colección de discos de Mina. No iba a escucharlos.

Beniamino volvió al cabo de una hora.

—La abogada no estaba pero, aun así, he conseguido que la secretaria me diera la carpeta. Mejor, me he ahorrado un encuentro que no me apetecía nada. También he comprado una botella de vodka y una de calvados.

Dejé esta última al lado de los cigarrillos, el mechero y el cenicero, preparado para afrontar largas horas de lectura.

Empecé por la sentencia de la condena.

Contra Alberto Magagnin, nacido en Saonara, provincia de Padua, sin domicilio fijo, acusado según los artículos 575, 577 n.º 4 y 61 n.º 1 y 4 del Código Penal, pues, al herir repetidas veces con saña el cuerpo de Mocellin Bianchini Evelina, y por motivos abyectos, le provocó la muerte.

Los jueces explicaban en sesenta y dos páginas cómo habían llegado a dictar una sentencia de dieciocho años de prisión, más allá de cualquier duda razonable.

La primera parte se titulaba «Reconstrucción de los hechos y desarrollo del proceso».

El día 19 de enero de 1976, hacia las 18:30, el personal de la Brigada Móvil de la jefatura de Padua entraba en la calle Mascagni 129, donde poco antes se había hallado el cadáver de una mujer, identificado rápidamente como Mocellin Bianchini Evelina, de cuarenta y seis años, ama de casa y con residencia en el segundo piso del inmueble, un chalecito unifamiliar de propiedad de la susodicha...

El cadáver, que presentaba numerosas heridas por arma blanca, yacía en el recuadro anterior izquierdo del dormitorio con la cabeza vuelta hacia la pared de la izquierda y los pies en dirección a la pared de la derecha (respecto a quien entra por la puerta principal)...

Antes del levantamiento del cuerpo, a las 20:45, intervino al doctor Emilio Artoni, que posteriormente se encargó del peritaje forense...

Esa misma noche, hacia las 22:00, personal del arma de los *carabinieri* procedía al arresto de Magagnin Alberto, dado que el susodicho vagabundeaba en estado de confusión por los jardines públicos de la plaza Garibaldi. Este comportamiento había hecho sospechar a los militares de un estado de intoxicación por sustancias estupefacientes. Conducido hasta el cuartelillo de Prato della Valle, en una primera inspección la ropa del hombre resultó manchada de sangre. Interrogado a este propósito, Magagnin afirmó, aunque de manera confusa, que se había introducido practicando una rotura en una ventana de un chalet que en aquel momento pensaba que estaba vacío, correspondiente al número municipal n.º 129 de la calle Mascagni, con la intención de perpetrar un robo. Mientras buscaba dinero y otros objetos de valor, relató que además había encontrado el cadáver de una mujer. Al creer que solo estaba herida, se acercó al cuerpo, lo tocó y provocó de este modo las ya citadas manchas de origen hemático. El personal que lo interrogaba avisó al fiscal, el cual, tras interrogar a su vez a Magagnin, ordena su detención en calidad de presunto culpable...

En la instrucción formal se recogieron numerosas declaraciones de testigos y se previó la realización de un peritaje hematológico de la ropa del imputado que se encargó al forense Emilio Artoni...

Con orden de fecha 21 de junio de 1976 el juez instructor disponía el traslado del proceso para el juicio en el tribunal penal de Padua...

En el transcurso de la instrucción del debate se interrogaba al imputado, se procedía a la toma de declaración de los testigos y del perito...

Finalizada la discusión, este tribunal se retiraba a la sala de consejo para la deliberación de la sentencia.

Proseguí con la lectura de la segunda parte: «Motivos de la decisión».

Todo juicio de hecho, en cuanto sea relevante, es decir, con la entidad suficiente para influir en el contenido de la decisión debe ser probado: probar un hecho es, por lo tanto, la fórmula elíptica de «contrastar con un cierto método el juicio de un hecho». Una exigencia tal surge a partir de aquellos enunciados que, al no pertenecer a la categoría de la verdad absoluta o de la falsedad absoluta, se definen como probables, o sea tales que pueda imaginarse una confirmación experimental de ellos. Así pues, los del juez son todos conocimientos empíricos: no se admiten certezas morales.

En este caso concreto, el asunto a demostrar es si Magagnin Alberto provocó la muerte de Mocellin Bianchini Evelina o si corresponde a la verdad su afirmación de haberla encontrado ya cadáver y haberse manchado la ropa de sangre, en un desesperado e inútil intento de auxilio.

El examen de las actas muestra que no se descuidó ninguna pista ni tampoco ninguna posibilidad razonable, y que la investigación se llevó con empeño y con escrúpulos hasta cierto punto excesivos, como puede deducirse, entre otras cosas, de la puntillosa presentación de testimonios, de los exhaustivos registros, experimentos y peritajes llevados a cabo y expuestos más allá de las necesidades de instrucción reales...

En un cuadro probatorio así, los datos técnicos deducibles del peritaje hematológico permiten afirmar con un total rigor, antes lógico y luego científico, que no se trató del contacto de un auxiliador, tímido, incoherente, azorado, sino de la acción gestual e inequívoca del agresor, decidido a matar...

—¡Bien por vosotros! —exclamé en voz alta, y atraje la atención de Beniamino.

—¿Has dado con algo? —preguntó.

—No. Estaba leyendo la sentencia con la esperanza de encontrar algún elemento importante que se escapara en su momento de la atención de los jueces y, sin embargo, me doy cuenta de que estos se basaron solo y exclusivamente en el peritaje de Artoni, y cayeron en la trampa preparada por el abogado Sartori. No sirve de nada continuar —dije, tirándola contra la mesa—. Quizá con los informes de las investigaciones del sumario...

—Déjalo por ahora. Tenemos que salir. ¿A qué local prefieres ir?

La elección recayó sobre el Mezzocono. Como era un sitio bastante pequeño, si algún extraño se había pasado por allí, seguro que le habrían visto. Ubaldo, el cocinero, había llevado durante años un bar en un barrio especialmente turbulento de Padua y tenía el ojo más que entrenado para situaciones insólitas.

Pedimos dos platos de bígaros en salsa, la especialidad de la casa, y fue justo él quien nos atendió.

—Hola, chef.

—Bienvenido, Caimán. Anoche vinieron tres tíos a preguntar si te habías dejado caer por aquí, quizá acompañados por un milanés —subrayó, mirando a Rossini con el rabillo del ojo—. Conozco a dos de ellos, son los hermanos

Caruso. Al otro no lo había visto nunca, llevaba una tirita en la nariz y parecía estar en ascuas..., como si no estuviera nada contento de la compañía.

—Gracias por la información, chef. Te debo una.

—El tercer hombre, el de la pupa en la naricita, seguro que era Bepi Baldan. ¿Conoces a los otros dos? —preguntó Beniamino cuando se alejó.

—Sí, los inseparables Alfredo y Ugo Caruso. Controlan la zona de la plaza Mazzini: narcotráfico y putas. Lideran una banda véneto-campana afiliada a la Camorra. También son unos informadores de primera, vinculados con un doble juego a un comisario de la jefatura. Si se han movido en persona, eso significa que consideran el asunto de gran importancia.

—¿Sabes dónde podemos encontrarlos?

—Claro, normalmente están en un bar de la plaza Mazzini. Es su oficina.

—Entonces vámonos, te enseñaré cómo se empieza una guerra de bandas.

Camuflados por unos cascos integrales, conseguimos pasar totalmente inadvertidos al pasar frente al bar Jamaicano. Beniamino conducía la moto japonesa como si hubiera nacido en ella. Hizo un cambio de sentido en «U» y se detuvo bajo un soportal al otro lado de la plaza.

—¿Los has visto?

—Sí, también está Bepi Baldan. Están sentados a una mesa de la terraza tomando un helado.

—Ahora llama al bar y pregunta por el camello. Y después le preguntas por qué nos buscan.

—¿Así empezáis las guerras vosotros, los hampones, con una llamada? Creía que con un buen tiroteo...

—Marco, haz lo que te digo y no discutas —ordenó con aire autoritario.

Saqué el móvil del bolsillo de la cazadora.

—¿Quién es?

—¿Está bueno el helado, Bepi?

—¿Eres tú, Caimán? Te llevo buscando desde anoche... Los Caruso están buscando a Magagnin. Quieren entregárselo a los maderos porque dicen que esta historia ha llamado demasiado la atención; los negocios se están resintiendo... Fueron a ver a Marietto Carraro para preguntarle si él sabía algo pero ese iba muy cargado y los mandó ya sabes adónde. Lo metieron en el coche y lo inflaron a hostias. Ahora está en el hospital... De todas maneras dio mi nombre y ellos fueron a mi casa. Los llevé a la casa de Abano pero estaba vacía... Les tuve que hablar de tu visita... Díselo a tu amigo el loco...

Son unos animales, ya sabes... Ahora no me pierden de vista ni un minuto porque saben que os conozco... ¿Por qué no les entregas a Magagnin y así todos podríamos volver a pensar en nuestros asuntos?

—Respira —lo interrumpí—, hablas demasiado y no consigo seguirte. Repítelo todo desde el principio.

Le pasé el móvil a Rossini para que él oyese también las novedades. Me separé unos metros y me apoyé en un pilar, cabreado porque habían pegado a Marietto, un pobre toxicómano que nunca le había hecho daño a nadie.

Sentí cómo me invadía la rabia, volví sobre mis pasos y le arranqué el teléfono de las manos a mi amigo.

—Pásame a uno de esos dos gilipollas.

—Enseguida, Caimán. Portaos bien..., poneos de acuerdo...

—¡Muévete! —grité.

Al cabo de unos segundos oí una voz con un tono tan empalagoso como arrogante.

—Señor Caimán, es un placer.

—¿Eres Gianni o Pinotto^[4]? —pregunté.

—No conozco a ninguno de los dos.

—Qué memo eres. ¿Con quién estoy hablando, con Alfredo o Ugo?

—Para usted soy el señor Ugo Caruso.

—Solo eres un trozo de mierda seca e infame.

—Atrévase a decírmelo a la cara.

—No faltará la ocasión. No había ninguna necesidad de mandar a Marietto al hospital.

—Oh, tiene el corazón tierno, señor Caimán —ironizó—. Enfadarse así por un yonqui acabado...

—¿Qué quieres?

—Una charla amistosa. También con Magagnin y su amigo de Milán.

—¿Por qué?

—Tenemos que resolver el asunto Magagnin. Ha de entregarse. Con vuestros líos estáis llamando la atención de los periodistas sobre Padua. Los negocios se encuentran paralizados, estáis molestando a mucha buena gente.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Explícame por qué no te creo ni un ápice.

—Porque es desconfiado, señor Caimán. Le doy mi palabra de honor...

—¿Ugo?

—¿Sí?

—Puedes meterte tu palabra de honor por el culo. —Y corté la comunicación.

Temblaba de rabia y Beniamino me puso una mano en el hombro.

—Bien, Marco, estás aprendiendo deprisa.

—Quiero ir al hospital a ver cómo está Marietto.

—No. Es un movimiento demasiado previsible.

A la mañana siguiente me levanté temprano y me sumergí nuevamente en el estudio de las actas judiciales. Me parecía que volvía a ser estudiante, cuando ponía el despertador para preparar los exámenes.

Cogí el informe del registro de la policía.

En el año 1976, a 19 de enero, los abajo firmantes, agentes de la policía científica en servicio para la jefatura de Padua, han intervenido...

Tras el levantamiento del cadáver se observa una amplia mancha de sustancia hemática, coagulada, y absorbida en parte por la moqueta en la zona subyacente a la cabeza...

Una sustancia similar a la anterior se encuentra en la pantalla de la televisión, en la pared anterior cerca del interruptor, junto a la puerta del pasillo...

El registro se continúa el 20 de enero, a las 9:30, con la búsqueda de huellas.

La búsqueda de posibles huellas dactilares, realizada con la técnica del polvo revelador, ha permitido resaltar una huella en el envoltorio de un paquete de cigarrillos encontrado en el dormitorio...

En una primera investigación comparativa el informe carece de importancia por no pertenecer al sospechoso, autor del delito, Magagnin Alberto...

Cerré la carpeta. Como era de esperar, tampoco aquí había encontrado nada útil. No habían pasado ni veinticuatro horas desde el delito y el caso podía darse por cerrado: los magistrados buscaban solo indicios para sostener la acusación.

Cogí otra carpeta: «Declaración de los testigos».

En el año 1976, el día 19 del mes de enero a las 21:15, en los despachos de la Brigada Móvil de la jefatura de Padua. Frente a nosotros el abajo firmante oficial de la policía del Estado, perteneciente al susodicho departamento, está presente Dal Bianco Daniela, nacida en Papozze (Roma) el 22 de mayo de 1956, residente de esta localidad, de profesión empleada del hogar, la cual declara cuanto sigue:

«Trabajo desde hace cuatro años para la señora Evelina Mocellin Bianchini en calidad de asistente en la casa de su propiedad situada en el número 129 de la calle Mascagni. Hoy, a las 16:00, quizá 16:10, me llamó la señora, que me mandó salir y proceder a la compra de productos alimenticios. Juzgué el hecho insólito, dado que lo normal es que dicha tarea se desarrolle por la mañana. En cualquier caso, provista de la lista que me proporcionó la señora, me dirigí al supermercado de la calle Bellini. Después de más o menos un par de horas volví a casa. Tras esperar inútilmente que la señora me abriera la puerta, saqué las llaves de dicha casa de mi bolso y procedí a abrirla por mí misma.

»Al no ver a la señora Evelina, empecé a llamarla y a buscarla por las distintas habitaciones. En el momento de entrar en el dormitorio de la señora, sito en la segunda planta de la casa,

encontré el cadáver de la susodicha, tirado en el suelo y cubierto de sangre...».

Fiscalía de Padua. Acta de las investigaciones del fiscal según el artículo 232 C. P. C.

Frente a nosotros, sustituto procurador de la República, en fecha de 25 de febrero de 1976, comparece Ventura Carlo, nacido en Padua el 4 de abril de 1930, residente de esta localidad en la calle Mascagni número 129, de profesión empresario.

A la pregunta responde: «Se me informó del delito contra mi mujer por la tal Del Bianco Daniela, asistenta de la casa, hacia las 18:45. Se me localizó en la empresa de mi propiedad que se encuentra en Zenson di Piave, provincia de Treviso».

A. P. R.: «No he conocido nunca al tal Magagnin Alberto y puedo excluir que se trate de una persona conocida por mi mujer Evelina».

A. P. R.: «Me casé con Evelina en segundas nupcias el 28 de marzo de 1973. Yo era divorciado y ella viuda».

A. P. R.: «En el transcurso de nuestra unión no nacieron hijos. Ambos los teníamos ya de precedentes matrimonios. Evelina era madre de un varón y de una mujer que responden al nombre de Francesco, de veinticuatro años, y Selvaggia, de veintidós. Ambos, desde hace años, tras la muerte de su padre, viven en Estados Unidos. Yo soy padre de un varón que responde al nombre de Marco, de veinte años».

A. P. R.: «Mi hijo vive con su madre en Treviso».

En el año 1976, el día 2 del mes de marzo, a las 11:00 horas en Padua, en el juzgado de instrucción, frente a nos, juez instructor, se ha personado la testigo siguiente a la que recordamos ante todo, según el artículo 357 del Código Penal, la obligación de decir toda la verdad y nada más que la verdad, y los castigos establecidos contra los culpables de falso testimonio. Interrogado sobre las generalidades, esta responde:

«Me llamo Barbara Anelli Bucellati, conocida como Bibi, nacida en Padua el 26 de octubre de 1940, residente en dicha localidad en la plaza de la Insurrezione número 3, de profesión ama de casa».

A. P. R.: «Era la mejor amiga de la pobre víctima Evelina Mocellin Bianchini. Nos veíamos muy a menudo y hablábamos por teléfono todos los días. Frecuentábamos a la misma gente en ambientes muy respetables (la testigo cita numerosos nombres de familias, además de asociaciones, clubes, etc.)».

A. P. R.: «Descarto que mi amiga conociera al imputado Alberto Magagnin».

A. P. R.: «Descarto también que se trate de una persona conocida de la asistenta, Dal Bianco Daniela».

A. P. R.: «Los hijos de Evelina, Francesco y Selvaggia, residen desde hace años en Estados Unidos, donde estudian en la universidad».

A. P. R.: «De Marco, hijo del segundo marido de Evelina, Carlo Ventura, puedo decir muy poco. No lo he visto nunca y sé también que Evelina había tenido pocas ocasiones de encontrarse con él, ya que vive con la madre, la cual no ha visto nunca con agrado que frecuentara a la nueva compañera del marido».

—Hola, Marco. Te has levantado temprano.

—Sí —dije, estirándome—. Quiero terminar hoy la lectura de las actas. De todo lo que he leído hasta ahora no he sacado ninguna conclusión interesante. Debo admitir que, si no supiera con certeza que Alberto era inocente, en este momento también yo estaría convencido, como los jueces, de su culpabilidad.

—Insiste, socio. Resiste, no tenemos otras pistas.

—Ya lo sé. ¿Vas a salir?

—Sí, voy a comprar algo de comida y sobre todo un par de ventiladores: esta casa es un horno. Me llevo el móvil. Si vuelvo a ver en aquel bar a los hermanos Caruso les hago otra llamadita. Necesitamos ganar tiempo; por eso quiero que se convenzan de que hemos cambiado de idea y de que estamos de acuerdo en vernos con ellos. Pero luego añadiré que no nos fiamos y que queremos garantías. Esto nos permitirá prolongar las negociaciones.

—¿Crees que tienen intención de eliminar también a Bepi Baldan?

—Sí. Ahora lo mantienen cerca de ellos porque es el único que puede reconocernos pero, cuando haya acabado su trabajo, lo considerarán solo un testigo incómodo.

—¿No deberíamos avisarlo?

—Si aún no lo ha entendido, es que es un verdadero capullo. Pero no creo que sea oportuno decírselo porque se dejaría llevar por el pánico. Los hermanitos entenderían que conocemos sus intenciones y ya no tendríamos ninguna posibilidad de alargar la cosa. Tiene que apañárselas él solo y antes de un posible enfrentamiento: luego se convertirá en alguien incómodo para todos. También para nosotros.

Continué con la lectura de los informes de los testigos. Amigos y conocidos de la víctima habían hecho declaraciones similares a las de Barbara Anelli Bucellati. También los apodos eran parecidos. Era toda una sucesión de «conocido como Toto, Fefi, Billo, Duda...».

Muy diferentes eran los testimonios correspondientes a la personalidad del imputado.

Una tía: «Tras la muerte de sus padres decidimos confiar su custodia a una institución. Nosotros, sus parientes, no podíamos ocuparnos de su mantenimiento...».

La religiosa exdirectora del centro de infancia San Luis: «Me acuerdo bien de él. Un niño rebelde poco inclinado a la obediencia y al estudio del catecismo. Estaba siempre castigado...».

La maestra: «Tenía dificultades de aprendizaje y mala conducta en clase. No me sorprende que haya acabado así...».

Un educador del reformatorio: «Lo recluyeron en nuestra institución para que cumpliera una condena por robo. Empezó a drogarse durante la detención. Tratamos de corregir su comportamiento de todas las formas posibles...».

Un asistente social: «Renuncié a seguirle; cuando no se drogaba, se ponía violento. Una vez intentó agredirme...».

Una psicóloga: «Socialmente irrecuperable...».

No había nada sorprendente en el hecho de que Alberto Magagnin se hubiera unido a un personaje excéntrico y peligroso como Piera Belli. En el fondo había sido la única persona que, aunque de un modo muy particular, le había dado algo que podía parecer afecto.

Aparté a un lado también aquella carpeta. Leí después las «Actas del debate, la apelación, las sentencias del Tribunal de Apelación y del Tribunal Supremo, las memorias de la defensa y de la parte civil». Nada. Estaba deprimiéndome y resignándome a renunciar a esta investigación. Así, cogí la última carpeta, en la que estaba escrito a mano «Varios», con una profunda desconfianza.

En el interior estaban las copias de las solicitudes de visita de la abogada Foscarini a su cliente en la cárcel, la correspondencia entre los dos y otros papelajos burocráticos.

Estaba también la fotocopia de una carta que el abogado Alvise había enviado al juez instructor, fechada el 8 de marzo de 1976.

He sabido por mi cliente, el señor Carlo Ventura, que Su Señoría tiene la intención de proceder al interrogatorio de Francesco y Selvaggia, hijos de la difunta Evelina Mocellin Bianchini, y de Marco, hijo del primer matrimonio de Ventura.

Aun comprendiendo y alabando la escrupulosidad de la instrucción que subyace a este propósito, me permito recordarle a Su Señoría, como representante de la parte civil (por el marido y los hijos de la víctima), que tales interrogatorios han de considerarse inútiles a los fines de este proceso, dado que, ciertamente, no añadirían ningún elemento significativo al cuadro de pruebas ya recogido a cargo del imputado, gracias también a la amplitud que este cuadro ha acabado asumiendo en el transcurso de la investigación.

Entre otras cosas se hace patente que los hijos de la víctima, tras los funerales, han regresado a Estados Unidos, donde residen, y que una citación de ellos, realizada incluso por rogatoria internacional, llevaría a una considerable prolongación de los tiempos procesales, mientras que es voluntad de mi cliente (y también del procurador jefe) llegar lo antes posible a la vista en el tribunal penal para que la justicia siga su curso.

Además, la parte civil considera que puede afirmar que tales interrogatorios podrían influir negativamente en los tres jóvenes desde el punto de vista psicológico —pues ya han sido puestos a prueba con dureza por el suceso—, sobre todo si tuvieran que volver a declarar.

En especial, el joven Marco Ventura, más bien frágil desde el punto de vista emocional desde la separación de los padres, se ha visto tan afectado por el hecho delictivo que ha sido necesario su ingreso en la clínica Santa Lucía de Padua. Los mismos médicos que lo han tratado se declaran contrarios a que su paciente sea interrogado, ya que se trataría sin duda de una situación estresante con efectos dañinos en un sujeto ya de por sí muy delicado.

Con la esperanza de que la sensibilidad de Su Señoría...

Volví a leer la carta un par de veces. Luego busqué la declaración de Barbara Anelli Bucellati: recordaba una parte en la que hablaba de los chicos.

A. P. R.: «Los hijos de Evelina, Francesco y Selvaggia, residen desde hace años en Estados Unidos, donde estudian en la universidad».

A. P. R.: «De Marco, hijo del segundo marido de Evelina, Carlo Ventura, puedo decir muy poco. No lo he visto nunca y sé también que Evelina había tenido pocas ocasiones de encontrarse con él, ya que vive con la madre, la cual no ha visto nunca con agrado que frecuentara a la nueva compañera del marido...».

Encendí un cigarrillo, me serví otro calvados y puse una cinta de *blues* en el equipo. Cuando Zora Young atacó la segunda estrofa de «Make Me Feel

Real Good Tonight», comencé a concentrarme en todo aquello que hasta entonces me había parecido solo una sensación. Aquella referencia explícita al procurador jefe, cuyos deseos coincidían con los de Carlo Ventura, de cerrar el caso lo antes posible había atraído inevitablemente mi atención: más que una apelación a la sensibilidad del magistrado al que se dirigía, parecía una invitación concreta a asumir una decisión determinada; una especie de velada intimidación para que no creara problemas.

La carta de Sartori era en apariencia informal; de hecho, no tenía los sellos y la numeración con la que se marcan de manera habitual las actas del proceso (podía pensarse, por lo tanto, que la copia de la que disponía la abogada Foscarini había llegado a sus manos solo gracias al exceso de celo de un secretario), pero daba la impresión de que se trataba del acto final de un plan largamente meditado.

El objetivo era evidente: mantener alejados a los tres «jóvenes» del caso para que no declarasen, sobre todo de forma pública, en el tribunal, donde habrían estado en contacto con la prensa.

Me pregunté si de todas formas habrían presenciado las audiencias y tomé un apunte para acordarme de que debía preguntarle a Galderisi lo que sabía a propósito de esta cuestión, aunque ya estaba más que seguro de que no habían puesto en ningún momento un pie en el tribunal. Francesco y Selvaggia vivían en Estados Unidos y habían vuelto solo el tiempo necesario para asistir al funeral. No me parecía, sinceramente, el comportamiento de dos hijos sobrecogidos por el dolor; además, la constitución de la parte civil con el nombramiento del abogado Sartori parecía más un acto obligado que la expresión de la voluntad de ver castigado al asesino de su madre.

Normalmente, los abogados de los parientes de las víctimas tratan de crear un clima desfavorable a los imputados conmocionando a los jurados con declaraciones desgarradoras. La de dos hijos, huérfanos ya de padre, que suben al estrado a recordar lo tierna y querida que era su madre habría tenido sin duda el efecto de aumentar la pena de Magagnin. Sartori, sin embargo, no había querido siquiera que declararan por rogatoria.

Aún menos comprensible resultaba la reacción de Marco, el hijo veinteañero de Carlo Ventura. Podía afirmarse que apenas conocía a la víctima; de hecho, se le había impedido de manera explícita frecuentarla y, por lo tanto, era difícil creer que el vínculo afectivo entre los dos fuera tan intenso para provocar en el chico una crisis de tal envergadura que hiciera necesario su ingreso en una clínica.

Cuanto más lo pensaba, más absurdamente ilógicas y falsas me parecían las razones presentadas por Sartori. Exacto. Empecé a mordisquearme de manera nerviosa el labio inferior. ¡Pues claro! Entre líneas se veía que aquella carta solo era otro astuto movimiento del príncipe del foro y que escondía el principio del hilo de toda la madeja: la verdad.

La situación merecía ser festejada dignamente. Me levanté, y cogí un vaso y la botella de calvados.

—Francesco, Selvaggia y Marco, lo apuesto todo por vosotros. Sois mis caballos ganadores. Lo siento —dije en voz alta sirviéndome un trago más que abundante.

Cuando volvió mi amigo, se encontró de frente a un hombre achispado y satisfecho.

—¿Qué estás celebrando?

—Mi ingenio de detective.

—¿Algún descubrimiento?

Le expuse mi teoría. Como de costumbre, no le convenció.

—De los tres, dos están en la otra punta del mundo y uno está pirado. ¿Con una pista de ese tipo es como querías sacarnos de este lío?

—Han pasado casi quince años; los hermanitos no tienen por qué haberse quedado en EE.UU. y el pirado podría haberse curado durante este tiempo... No seas siempre tan pesimista.

Me miró dubitativo.

—He hablado con Alfredo Caruso —me comunicó, cambiando de tema—. He tratado de ser tan sibilino como ellos y he lanzado el anzuelo. Me da la impresión de que han picado, pero es mejor no fiarse: con esa gente no se sabe nunca.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—No más de una semana. Es el tiempo máximo que podemos concedernos para sacarnos de encima esta mierda.

—¿Y si no lo logramos?

—Nos veremos obligados a huir. Lejos, muy lejos, y la idea no me agrada, Marco. Tengo cincuenta y dos años...

Me llevé de manera ostensible las manos a los oídos y él me tiró una taza vacía, con plato y cucharilla incluidos.

Dormí un par de horas. Me desperté bastante atontado pero, una vez bajo la ducha, intenté desarrollar un plan. Una semana era muy poco tiempo para pensar que podríamos conseguirlo solos. Necesitábamos ayuda. ¿A quién podríamos recurrir? Barbara Foscarini estaba fuera de juego. Volver a contactar con Max Memoria hubiera sido demasiado largo y complicado. Solo quedaba Giovanni Galderisi. Tenía que convencerlo, no quedaba otro remedio.

La charla no empezó de la mejor manera posible.

—¿Qué tengo que hacer con este móvil? —preguntó en cuanto me reconoció.

—¿No es nuestro sistema de comunicación?

—Lo era. Nuestra colaboración se acaba aquí.

—¿Por qué?

—Me he fiado de usted, he aceptado sus condiciones, he publicado los artículos, le he pasado información y me he expuesto hasta el punto de estar en el punto de mira de la policía... Pero todavía no sé lo que está sucediendo de verdad y, por si esto no fuera suficiente, la información que me había prometido nunca ha llegado.

—Ha de seguir teniendo un poco de paciencia.

—No. No me dejes utilizar, y menos por un ilustre desconocido.

—Escuche, señor Galderisi. En los últimos días no he tenido ocasión de hablar con usted, estoy metido en un buen lío por lo que he descubierto, no puede ni imaginárselo...

—Cháchara.

—Está bien. ¿Quiere información? Se la daré. ¿Recuerda al doctor Nigel Cook, el de la investigación bancaria que nos permitió llegar a él?

—Sí, ¿y qué?

—Al británico lo habían elegido para emitir una opinión *pro veritate* sobre el informe pericial hematológico de Artoni que fue la base de la condena de Magagnin. Pues bien, ese informe pericial era erróneo. Piera Belli, tras descubrirlo, empezó a chantajear al forense: sexo y dinero. Al final él se cansó y la mató. En su plan estaba también prevista la incriminación del preso en régimen abierto...

—¿Qué está diciendo? —preguntó incrédulo.

—... que también era inocente del homicidio de Evelina Mocellin. El proceso lo amañaron el abogado Sartori y Carlo Ventura, el desconsolado viudo, con la complicidad de Artoni.

—Es usted un mitómano —gritó—. La obsesión por las conspiraciones es una enfermedad nacional, pero yo estoy vacunado; no le creo.

Ignoré la reprimenda. Con un tono tranquilo, intenté reconducirlo a la razón.

—Señor Galderisi, es usted un zorro viejo de este oficio, empiece a sumar dos más dos...

Se quedó en silencio un buen rato.

—No le creo —repitió, pero esta vez con menos convicción.

—Le haré una última proposición. Páseme más información. A cambio, en una semana como mucho, tendrá la historia completa. Lo que haga con ella es asunto suyo.

—Antes de aceptar, dígame qué quiere saber.

—Información sobre Francesco y Selvaggia Mocellin Bianchini. Y sobre Marco Ventura, hijo de Carlo. Qué hacen y dónde están.

—¿Y qué más?

—Si estaban presentes en las audiencias del proceso. Para acabar, si es verdad que, tras el asesinato, Marco Ventura fue ingresado en la clínica Santa Lucía.

Otro largo silencio.

—Es un cebo realmente tentador el suyo: está dejándome entrever una historia de esas que llevan a la fama a un periodista, pero que a la vez pueden joder una carrera. La prensa ha tratado siempre con guante de seda a Sartori, Ventura y a sus amigos.

—¿Qué me dice? —lo apremié.

—De acuerdo. Llámeme mañana por la tarde, podré decirle algo; pero en una semana quiero la historia completa.

Apagué el móvil. La semana acababa el miércoles 26 de julio; justo un mes después del asesinato de Piera Belli.

Poco antes de medianoche, Beniamino quiso volver a la plaza Mazzini para vigilar, y eventualmente seguir, a los hermanos Caruso. Ocultos tras una fila de coches aparcados, los observamos mientras se tomaban el helado de siempre sentados en la mesa de siempre de la terraza, sin parar ni un momento de hablar y gesticular. Bepi Baldan estaba algo apartado, a sus espaldas, y no hacía otra cosa que mirar a su alrededor.

No era el único. Muy cerca, tres guardaespaldas de la banda vigilaban la plaza como los profesionales que eran, con gran naturalidad pero extrema

atención. A pesar del calor llevaban chaqueta, lo que quería decir que iban armados hasta los dientes. Estaba claro que, según el plan de los dos hermanos, les tocaba a ellos la tarea de liquidarnos.

Alfredo y Ugo se parecían mucho. Bajos y robustos, llevaban camisas de colores chillones, desabotonadas a la altura del pecho, de manera que resaltaban las habituales cadenas de oro, signo de poder y riqueza en el ambiente mafioso.

Al levantarse, los tres gorilas los imitaron enseguida: uno de ellos se acercó a Baldan y lo levantó cogiéndolo amistosamente por el cogote. Se repartieron en dos coches. Los jefes se subieron en un Volvo enorme gris metalizado; los otros, en un Opel Omega del mismo color.

Fue fácil seguirlos. Nos mantuvimos a un centenar de metros de distancia, a su velocidad, que nunca rebasó los límites. Armados como iban, no querían correr el riesgo de que la policía los parara por una estúpida infracción del código de circulación.

El coche de los Caruso, en un determinado momento, se metió en la puerta cochera de un edificio de la calle Dini, en las inmediaciones del cementerio mayor; el otro siguió otros veinte kilómetros hasta llegar a un club nocturno en la autopista de Rovigo.

Nos retiramos. Ahora que ya no había que seguir a ningún coche, podía disfrutar del placer que produce siempre pasear con la moto en una noche de verano. Antes de acostarme, aún tenía que resolver un asunto.

Volvimos al portal de la casa de los Caruso y miramos los nombres del portero automático: Ugo vivía en el cuarto, Alfredo en el quinto.

Beniamino me dirigió una sonrisa de satisfacción.

—Podemos ir a dormir.

—¿También tienes intención de vigilarlos mañana?

—No. Tengo bastante con lo que he visto esta noche.

—Para mí también ha sido suficiente. He visto a cinco individuos peligrosos, perfectamente capaces de hacernos picadillo. Claro, eso suponiendo que nos encuentren...

—Yo, por el contrario, he descubierto muchos puntos flacos en su sistema de seguridad. Son demasiado chulos y se mueven con excesiva desenvoltura.

—Yo también lo haría si fuera uno de ellos: tienen las espaldas cubiertas por Sartori y saben que se enfrentan solo a dos personas... Bueno, a tres, dado que ignoran que Magagnin está muerto y congelado como una merluza.

—Si supieran quién soy yo, se preocuparían más.

—No sabía que fueras tan modesto. Vamos, Clausewitz, lleva a casa a tus tropas cansadas —dije, mientras volvía a subirme a la moto.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, el viejo Rossini ya había salido. Volvió después de comer con dos maletas de plástico, de las que se llevan para un fin de semana.

—Me juego lo que quieras a que adivino lo que hay dentro —dije—. De todos modos podías haberme avisado de que ibas a salir. Estaba preocupándome.

Sin decir una palabra las puso sobre la mesa y abrió las cerraduras, mientras me daba la espalda. Vi cómo trasteaba en ellas un par de minutos.

—Son bonitas, ¿verdad? —Se dio la vuelta y me mostró con orgullo dos metralletas de fabricación alemana con silenciador.

—Chatarra peligrosa. Llévala de nuevo a donde la encontraste.

—¿Chatarra? —repitió escandalizado—. Estas —continuó agitándolas debajo de mi nariz— son las mejores sin punto de comparación. Las usan Mel Gibson en *Arma letal 2* y Steven Seagal en *Alerta máxima*.

—Unas referencias óptimas, la verdad —repliqué—. Mira tú por dónde tenía que tocarme como socio un hampón fetichista —exclamé, elevando al cielo la mirada.

—Vamos, Marco, ven aquí, que te enseñaré cómo se usan.

—Ni hablar. Sabes que no quiero ni ver esas cosas.

—¡Oye! Con estas dos no vamos a cometer un robo ni un atentado. Nos servirán para salvar el pellejo y las usaremos solo si es estrictamente necesario. Pero métete bien en la cabeza que no puedes obligarme a que yo lo haga todo. Y por dos motivos. El primero es que si tú no me ayudas, no tenemos ninguna posibilidad de salir de esta; el segundo, y mucho más importante, es que cuando hay que mancharse las manitas, debemos hacerlo juntos.

—Conozco las reglas. En la cárcel me teníais hasta las pelotas con esos coñazos.

Me serví un trago. Beniamino jugaba amoroso con las armas mientras esperaba mi decisión.

—De acuerdo —solté—. En el fondo, si te encuentras en este lío es por mi culpa. Pero prométeme que pasaremos a las armas solo si estamos del todo seguros de que no queda ya opción para la negociación... y única y exclusivamente para salvar el pellejo.

—Estás repitiendo como un loro lo que te he dicho hace un minuto. Yo también espero no llegar a tanto. No creas que me atrae la idea de un tiroteo en compañía de un pollo que tiene miedo a las armas... De todos modos, he elegido precisamente estas porque son las más fáciles de usar.

Llamé a Galderisi con el pulgar de la mano derecha metido en un vaso lleno de agua con hielo. Me lo había aplastado en un intento de aprender a cargar uno de los «hierros» de mi amigo.

—¿Alguna novedad? —pregunté con una cierta aprensión.

—Unas pocas. Espero que le sean útiles. He releído los artículos que escribí en la época del proceso: nadie vio nunca a los tres chicos. Recuerdo que este hecho despertó la curiosidad de todos nosotros, los periodistas, por lo que Carlo Ventura hizo unas declaraciones en las que explicaba que las familias habían preferido mantenerlos alejados del tribunal «para no obligarlos a revivir el dolor y el horror», cito textualmente, «del cruel homicidio». En cuanto a Francesco Mocellin Bianchini, que ahora tiene treinta y nueve años, he sabido que vive en Estados Unidos y que trabaja como representante de una importante compañía textil italiana. Selvaggia tiene treinta y siete años, volvió a Italia, se casó con un ciudadano británico, un exdiplomático diez años mayor que ella, y desde hace algunos años trabaja como directora de una empresa. La pareja no tiene hijos y vive en Roma. ¿Tiene un boli a mano? Le doy la dirección y el número de teléfono. Y ahora pasamos a Marco Ventura. Tiene treinta y cinco años y, por lo que he sabido, parece un personaje problemático e inquieto, que nunca acaba lo que empieza. Con dieciocho años era una promesa del *rugby* (no le he dicho que es una especie de gigante que calza un cuarenta y seis) pero en dos temporadas abandonó el deporte. Lo mismo con la universidad, el trabajo, el matrimonio. Ha tenido problemas con la justicia en tres ocasiones durante los últimos cinco años. Intento de fraude y cheques sin fondos, unos procesos que nunca llegaron a juicio por la retirada de la denuncia. Adivine quién era su abogado.

—Alvise Sartori, naturalmente.

—Exacto. Sigue viviendo con su madre, en Treviso, en una casa de ensueño al lado de la plaza dei Signori. He descubierto que aquel ingreso en la clínica fue el primero y también el último. Su médico de cabecera era el psiquiatra Agostino Andreose.

—¿Motivo oficial del ingreso? —pregunté.

—No lo sé. La clínica Santa Lucía es una entidad privada muy discreta, donde ingresan pacientes ricos a los que no les gusta la publicidad. Marco Ventura, encima, tenía una particularidad más: su padre y el abogado Sartori siguen siendo hoy los dos principales accionistas de la sociedad. Eso es todo. Ah, no, una cosa más: la persona que me ha pasado esta información ha añadido que hace unos veinte días Marco y su madre se fueron del país para realizar un largo viaje.

Cogí un papel en el que transcribí todo lo que el periodista me había contado. Al volverlo a leer pensé que se trataba de una pista con un rastro demasiado incierto. Me hallaba de nuevo en un callejón sin salida. Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el respaldo del sillón: volví al momento en el que Barbara Foscarini me había contratado para buscar a Magagnin y desde ahí sopesé con calma, uno tras otro, cada aspecto del asunto. Al final me encontré volviendo a pensar que, para llegar a la verdad, para cerrar definitivamente el caso, tenía que seguir indagando en la carta que Sartori escribió al juez instructor.

¿Era uno de los tres chicos el asesino de Evelina? En ese caso el único sospechoso de verdad no podía ser otro que Marco. ¿Y el móvil? Los celos o la locura. Mata a la madrastra, el padre quiere protegerlo y acude a Sartori. Deciden sacarlo de la circulación y lo encierran en una clínica. Mientras tanto, una increíble coincidencia se transforma en un inesperado golpe de suerte: un ladronzuelo toxicómano se encuentra por casualidad en la escena del crimen, descubre el cadáver y se mancha con la sangre de la víctima. Huye en estado de *shock* y se deja arrestar como un bobo. Desde ese momento todo se vuelve sencillo: basta con añadir aquí y allá algún que otro detalle. A partir de ahí la justicia puede condenar a un inocente y el camino lo allanan los propios jueces, que, por superficialidad y prejuicios, encuentran en ese desgraciado al acusado ideal.

No podía haber sucedido de otra manera. No era solo la intuición la que me lo decía, sino el hecho de que Artoni, en su plan para el homicidio de Piera Belli, hubiera reconstruido el mismo escenario del setenta y seis. Evidentemente, estaba seguro de que atraparían a Magagnin, quien, a la luz de la anterior experiencia, tenía que llegar poco después del delito, encontrar el cadáver de la profesora, dejarse llevar por el pánico y huir en estado de *shock*, listo para la detención. Así queda explicada la sorpresa del forense al descubrir que Magagnin se había comportado de manera diferente. A pesar de toda una vida de estudios de criminología, había infravalorado algunos

elementos, el primero de todos, los quince años de cárcel pasados en contacto con delincuentes habituales que matan el tiempo hablando de mujeres, fútbol y delitos. Pasados y futuros. Un curso ni siquiera muy acelerado de escuela del crimen. El preso en régimen abierto, sin ser un genio, debió de aprender algo. De hecho, al contrario de la primera vez, tras descubrir el cadáver, pensó en buscar algo de dinero y un sitio donde esconderse.

En este marco, el viaje al extranjero de madre e hijo Ventura, coincidiendo con el descubrimiento del homicidio de Piera Belli, tenía el valor de una confirmación.

Todo encajaba. Bueno, todo, todo no. ¿Por qué Carlo Ventura, al descubrir que a su segunda mujer la ha asesinado su hijo Marco, lo protege, en vez de entregarlo a la policía? ¿Y cuál es el papel de Francesco y Selvaggia? Otras dos preguntas a las que tenía que encontrar necesariamente una respuesta.

Esperaba que el periodista hubiera podido conseguir información más detallada, sobre todo acerca de la clínica Santa Lucia. Pero no había podido derribar el muro de silencios frente al cual se había encontrado. Pensar que yo sí habría podido hacerlo era solo perder el tiempo. Así que intenté esbozar una estrategia de investigación que me permitiese evitar ese sitio pero enseguida me di cuenta de que no era posible: las primeras confirmaciones de mi hipótesis de que el joven Ventura era el asesino solo podía encontrarlas allí.

Llamé a Beniamino, le conté lo que me había contado Galderisi y le hice también partícipe de mis elucubraciones.

—La clínica es un hueso demasiado duro para nosotros, Marco. No conocemos a nadie del mundillo y no podemos presentarnos en la puerta con nuestras preguntas indiscretas. Por muy bien que vaya, acabaremos con una camisa de fuerza.

—Tienes razón, necesitamos un buen plan. Tenemos que hablar con el Coronel.

—¡Oh, no, otro loco! —exclamó.

Camillo Piran, conocido como el Coronel, era un exterrorista que habíamos conocido en la cárcel cuando cumplía una condena de doce años por pertenencia a banda armada. Un auténtico estratega: en su organización cumplía la función de pensar y planificar las acciones y los atentados. El mote se lo habían puesto en la cárcel por su manía de colar jerga militar en todas

sus conversaciones. Había cumplido la condena hasta el último día porque no se había desvinculado, y mucho menos arrepentido.

—Si no lo has hecho tú, que ni siquiera tienes nada que ver con todo ello, ¿por qué tendría que hacerlo yo? —me dijo una vez.

Lo pasó peor que muchos otros. Su mujer había testificado en contra de él y había convencido a sus dos hijos para que rompieran toda relación con él. Había sufrido mucho por eso, pero fue capaz de conservar su dignidad. Siempre me cayó bien y muchas veces lo invitaba a comer en mi celda. Una vez, el día de mi cumpleaños, en el momento del brindis, levantó el vaso y se descolgó con un «cien días como este», que provocó la hilaridad general.

Sabía que había salido hacía un par de años y que ahora trabajaba en la imprenta de su cuñado.

Lo encontramos concentrado en vigilar una copia cianográfica. No había cambiado desde la última vez que lo había visto. Rondaba los cincuenta, era delgado y enjuto, y, a pesar de las manos manchadas de tinta, mantenía el aspecto de profesor universitario que había sido en tiempos.

—Coronel, mis respetos —lo saludé.

Miró a su alrededor y vino hacia nosotros.

—Comportaos como si fueseis dos clientes. Mi cuñado me vigila, tiene miedo de que algún viejo compañero entre en contacto conmigo y vuelva a meterme en líos —murmuró.

Después cogió un boceto de un cartel y dijo, en voz alta, de manera que lo oyesen todos:

—Aquí está... Vamos a revisar juntos el texto para poder imprimirlo enseguida.

Nos obligó a inclinarnos sobre la mesa. El cartel anunciaba un concurso de bailes de salón en una famosa discoteca de la zona.

—Bueno, ¿qué queréis? —preguntó.

—Tienes que prepararnos un plan —respondí.

Le brillaron los ojos.

—En una hora salgo del trabajo. Siempre voy a cenar a una taberna aquí al lado, Ennio. Nos vemos allí.

En realidad el local era un antro que necesitaba urgentemente una buena limpieza. El dueño nos indicó la mesa con un gruñido y, por iniciativa propia, nos trajo una jarra de vino blanco y dos copas.

Después llegó la mujer, que, por las manchas de grasa del delantal, debía de ser también la cocinera. Nos masculló el menú.

Le contesté que esperábamos a un amigo y se retiró a la cocina.

El Coronel entró con paso ligero y se dirigió hacia nosotros frotándose las manos.

—¿Cuál es el objetivo? —preguntó en cuanto se sentó.

Le hablé de la clínica y del tipo de información que queríamos obtener.

Volvió la cocinera. Él pidió callos y estofado. Nosotros nos limitamos a pedir agua mineral.

Comió en silencio con la expresión absorta. Cogió la servilleta y se limpió la boca meticulosamente.

—¿Es imprescindible que el enemigo permanezca en la ignorancia de esta toma de información? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Es una pena —comentó—. La operación más sencilla sería una ocupación nocturna del objetivo, con aislamiento momentáneo del personal, y un registro exhaustivo... Una pena, una verdadera pena... Bueno, no queda más remedio que infiltrarse entre el enemigo, operar un reconocimiento y, finalmente, proceder a una serie de interrogatorios.

—Explícate mejor —intervino Beniamino.

—Os presentáis en las puertas de la clínica disfrazados de inspectores de trabajo, mostráis vuestra impecable tarjeta de identificación (no os preocupéis, yo me ocuparé de estos detalles) y pedís que os indiquen dónde están las oficinas de la administración... Decís que os envían de la inspección provincial de trabajo para realizar la revisión de las nóminas y solicitáis que os muestren el libro de registros. Allí buscáis los datos de los enfermeros que prestaban servicio durante el año que os interesa y que se hayan jubilado desde entonces. Seleccionáis sucesivamente a aquellos que os parezcan más útiles y maleables y os acercáis a ellos intentando, a través de los medios que os parezcan más oportunos, acceder a su memoria. Es un plan no sencillo, pero factible.

Nos miró y se dio cuenta de nuestras expresiones de sorpresa y estupor.

—Perdona, Coronel, pero ¿para qué sirve un plan de ese tipo? —le preguntó Beniamino.

—Venga, chicos, un poco de imaginación —nos exhortó—. Si os dirigieseis al personal en activo, médicos o enfermeros, no obtendríais nada. El miedo a perder el puesto de trabajo, en estos tiempos, es un disuasivo más que eficaz. Pero los jubilados han cortado todos los lazos con el ambiente de trabajo, ya no tienen nada que temer y lo pasan mal económicamente —dijo, frotándose el pulgar contra el índice—. Los enfermeros saben todo lo que pasa en una clínica; incluso más que los médicos. Habéis dicho que al chico

lo atendió el psiquiatra Agostino Andreose, que ahora es un pez gordo: nunca sacaréis nada de él. Solo los enfermeros que tenían acceso al paciente pueden daros la información que buscáis.

—¿Crees que la trola de los inspectores colará? —pregunté.

—Estoy seguro. Es un truquillo que he usado más de una vez y siempre funciona. Tiene que sustentarse en una buena caracterización... Vamos a ver... Como estamos en julio, os aconsejo camisas de manga corta de color sobrio, pantalones a juego, mocasines negros con borlas. Nada de anillos, cadenitas ni pulseras —se dirigió a Rossini—, vaqueros ceñidos, botitas de serpiente y pendiente de pirata —concluyó, mirándome a mí.

—¿No puede ir solo? —preguntó mi amigo, mientras me señalaba.

—No, los inspectores siempre van en pareja.

Durante una hora más machacamos a base de preguntas al Coronel, pero al final nos convencimos de lo ingenioso del plan. Incluso yo estaba entusiasmado y antes de irnos le planté un beso en la frente.

—Eres un genio, Coronel —le dije.

—Gracias, Caimán. Si me necesitáis para algo más, venid a buscarme. Después de la cárcel, no ha aparecido nadie... —murmuró, con un punto de tristeza—. Esta ciudad es una tumba para alguien con mi pasado —dijo después, cogiéndome el brazo.

—¿Por qué no te largas?

—Algún día, Caimán, algún día. Cuando los demás hayan salido también de la cárcel.

—¿Y luego?

—Todos a México. Parece que en Chiapas hay un grupo que está organizando la insurrección de dos indios.

—¿Otra revolución, Coronel?

—Es la misma de siempre, Caimán. La misma de siempre.

A la mañana siguiente fuimos a unos grandes almacenes a comprar la ropa que nos había aconsejado el exterrorista y a las tres en punto cruzábamos la entrada de la clínica Santa Lucía.

—¿Qué desean los señores? —preguntó la recepcionista.

—¿La administración? —pregunté a mi vez.

—En el primer piso —respondió, indicando el ascensor.

Mostramos las dos identificaciones falsas que nos había proporcionado el Coronel. Nuestra presencia en el despacho provocó cierto revuelo. Tras unos

instantes se acercó a nosotros un tipo calvo, con gafas y una sonrisa antipática plantada en su cara sudada.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Solo es una simple inspección —lo tranquilicé.

Pedimos revisar el registro y que se nos proporcionara un lugar tranquilo para trabajar. Nos complacieron con atenta eficacia. A los diez minutos, con la excusa de ofrecernos un café, el tipo de la administración se asomó a la habitación en la que nos habían instalado.

—Si necesitan aclaraciones, estoy a su disposición.

—Gracias —respondió Rossini con tono melifluo—. Pero no deberíamos necesitarlas... si la documentación está en regla.

—Por supuesto —respondió el empleado—. Lo he dicho solo para que se sintieran más cómodos. Es la primera vez que vienen. Los colegas que les precedieron, los señor Belelli y Arfó, nos conocían bien... Con ellos nunca ha habido problemas y hemos colaborado siempre.

—Está bien —intervine—. Si los necesitamos, le llamaremos. Ahora puede irse.

Hallamos y fotocopiamos lo que nos interesaba. Beniamino quiso a toda costa hacer dos copias y se metió una de ellas en el bolsillo.

—Te lo explicaré luego —dijo secamente.

En el momento de irnos, el calvo nos pidió que lo acompañásemos a su despacho.

—¿Piensan volver? —preguntó.

—Es posible. Quizá necesitemos revisar otros documentos —respondí.

—Tal vez no sea necesario.

—Si no le importa —intervino Beniamino—, eso lo decidiremos nosotros.

—Tal vez ni siquiera sea necesario que se lleven los documentos que han fotocopiado hace un momento.

—Hemos venido a eso —rebatí mi amigo.

—Escuchen, señores, me parece importante subrayar que hasta ahora nunca he tenido problemas con su oficina. Belelli, Arfó y yo siempre nos hemos entendido a la perfección... ¿Saben?, en una clínica se piensa más en la salud de los pacientes... que en el papeleo. A veces, de manera inocente se cometen descuidos, se ignoran cosas insignificantes...

Rossini me cogió las fotocopias de la mano.

—¿Cuánto? —preguntó con rudeza.

El otro sacó un sobre del bolsillo.

—Cinco —respondió secamente.

—Hecho.

—Pero no volveremos a verlos. La próxima vez tienen que venir sus colegas.

—Puede contar con ello —me despedí, mientras salía por la puerta.

Beniamino no podía parar de reír.

—Qué capullo, el tío. En mi vida había ganado dinero con tanta facilidad.

—¿En qué momento te has dado cuenta de que nos iba a ofrecer un sobre?

—Cuando entró a preguntarnos si queríamos un café. El mensaje estaba clarísimo.

—Ahora entiendo por qué has querido hacer dos copias. Nos ha confundido con dos funcionarios corruptos... La verdad es que después de todo el lío de Tangentópolis me esperaba un poco más de cautela, pero ese ha ido directamente al grano.

—Marco, eres todo un pardillo —dijo, dándome un pescozón—. Solo han cambiado las tarifas. Nada más.

De los once nombres, solo cinco eran enfermeros: tres mujeres y dos hombres.

—¿Por cuál empezamos? —preguntó el viejo Rossini.

—No lo sé —respondí—. No me gusta mucho la idea de ir a ciegas. Corremos el riesgo de toparnos con la persona equivocada y quedar al descubierto.

—Te recuerdo que hoy ya es veintiuno...

—Ya sé qué día es... Déjame pensarlo... Quizá exista una forma de esquivar ese obstáculo.

Llamé por teléfono a la clínica y pregunté por la secretaria del doctor Andreose. Me contestó una voz más bien joven y entonces decidí arriesgarme.

—Buenos días, soy Piero Martini, un antiguo paciente del doctor. ¿Se acuerda de mí?

—Lo siento, en este momento no lo recuerdo. ¿Qué deseaba?

—Solo quería saber si el doctor ejerce aún en Santa Lucia. Me mudé de Padua hace un tiempo y mi analista... junguiano... murió la semana pasada..., cáncer de próstata... ¿De verdad no se acuerda de mí?

—No, yo soy secretaria del doctor desde hace solo cuatro años.

—Ah, perdone. Claro, no puede acordarse... Verá, se lo he preguntado porque su colega me resultaba muy simpática, bromeábamos mucho... Pensaba que era ella. En este momento no recuerdo su nombre...

—Claretta.

—No, de eso sí me acuerdo. Quiero decir el apellido...

—Corò.

—Eso es, estupendo, señorita.

—¿Quiere concertar un cita con el doctor?

—No, verá, aún tengo que decidir a qué especialista dirigirme. Cuando lo sepa, ya llamaré... ¿Sabe?, estoy aún de luto por la muerte de mi psiquiatra.

—Muy bien, Marco, de verdad —me felicitó Beniamino—. Haces estupendamente el papel de loco. Muy natural.

—Deja de decir tonterías y pásame la lista. Veamos si está esa tal Claretta Corò.

La encontré en la lista de los empleados. A los diez minutos íbamos de camino a su casa.

Nos abrió una joven con una niña en brazos que dijo ser la hija de la señora Corò. Nos pidió que esperáramos mientras iba a llamarla. La mujer se asomó a la puerta. Tenía el pelo teñido y un aire juvenil y enérgico.

—¿Sí?

Le puse frente a los ojos el carnet falso.

—Inspección provincial de trabajo. Necesitamos hablar un momento con usted.

Nos instaló en un salón más bien modesto y lleno de fotografías de un hombre robusto de pelo cano.

—Mi marido —dijo—. Murió el año pasado.

—Escuche, señora, ¿usted era la secretaria del doctor Andreose en 1976?

—Sí, pero no entiendo...

—¿También cuando ingresaron a Marco Ventura?

—¿A quién?

—Me ha entendido perfectamente. Marco Ventura, el hijo de Carlo, uno de los dueños.

—¿Han dicho que son de la inspección de trabajo?

—Así es.

—Su pregunta, ¿qué tiene que ver con una inspección?

—Nada.

—Y entonces ¿qué quieren?

—Respuestas.

Hizo el ademán de levantarse del sofá.

—Quizá debería llamar a mi hija.

Beniamino, que estaba sentado frente a ella, la detuvo con un gesto y la obligó a permanecer sentada. Acto seguido, sacó del bolsillo un fajo de billetes de cien mil liras y, muy despacio, cogió uno y lo extendió en la mesita de centro situada entre la mujer y él.

—¿Qué significa? —preguntó esta con aprensión.

—Que nuestras intenciones son buenas. Solo queremos saber algunas cosas sobre Marco Ventura y a cambio le dejaremos un buen pellizco; así podrá ocuparse con mayor tranquilidad de las necesidades de su nietecito —respondí.

—¿Quieren crearle problemas al doctor?

—En absoluto. Solo nos interesa Marco Ventura.

Me miró. Quizá pensó que podía fiarse de mí o tal vez fue solamente la contemplación del dinero. En unos instantes pareció tranquilizarse. Esperó a que Beniamino hubiera sacado unos treinta billetes.

—¿Qué quieren saber? —preguntó entonces.

—¿Recuerda el motivo del ingreso de Marco Ventura?

—Creo que fue por una crisis depresiva.

—¿Y era cierto?

—No lo sé, supongo que sí. Yo no vi nunca al paciente, porque estaba en el ala B, en la planta de los violentos... Pero el doctor Andreose es un psiquiatra de primera línea; si había ordenado el ingreso quiere decir que existía un buen motivo.

—¿Recuerda cuánto tiempo estuvo el chico en la clínica?

—Más o menos un mes... No me pidan que les diga los días con precisión... Ha pasado mucho tiempo.

—¿En aquella época ocurrió algo insólito?

—La verdad es que sí que ocurrió algo extraño. El padre y la madre de Marco venían todos los días a la clínica a hablar con el doctor. A menudo iban acompañados de otro de los propietarios de la clínica, el abogado Sartori. Se encerraban en el despacho y el doctor usaba alguna excusa para que me marchara.

—¿Nada más?

—Un día, Natale Sperandio, un enfermero que hacía el turno de noche en la planta de los violentos, pidió hablar con el doctor. Habían pasado uno o dos días desde el ingreso del chico. A partir de ese momento empezó a vérselo más a menudo y tuvo más de una charla con el doctor Ventura y el abogado Sartori.

—¿Ese compañero suyo trabaja aún en la clínica?

—No, se fue antes que yo, con una jubilación anticipada con el mínimo.

Antes de irnos, Beniamino se acercó a la mujer y le susurró algo al oído. Ella se puso tensa, pero siguió mirando como si estuviera hipnotizada el montón de billetes.

—¿La has amenazado? —pregunté.

—Un poco. Le he recordado que somos dos tipos muy poco recomendables.

—Ya es tarde para ir a ver a Sperandio —dije, mirando el reloj—. Iremos mañana por la mañana, a primera hora.

—De acuerdo. Ahora vamos a ver si los Caruso están en el bar de siempre. Tenemos que continuar con las negociaciones para el fantasmagórico encuentro.

Los hermanos se pusieron muy contentos al oír la voz de mi amigo. Propusieron que nos encontráramos aquella misma tarde en una carretera secundaria, detrás del hipódromo. Rossini propuso, en cambio, una cita para las seis de la tarde del día siguiente en un bar del centro comercial. Las negociaciones se prolongaron unos diez minutos más y al final colgaron con la promesa de volver a hablar al día siguiente.

—Quieren que el encuentro se produzca en un lugar tranquilo y cerca del río, así podrán librarse de inmediato de los cadáveres —me informó Beniamino.

—Diligentes de verdad. ¿Qué crees que estarán haciendo, además de esperar a que nos decidamos a encontrarnos con ellos?

—Seguro que han organizado un gran despliegue para localizarnos y han prometido una buena recompensa al primero que nos vea. Ellos también tienen prisa por concluir este asunto.

Volvimos al refugio. Beniamino se puso a preparar la cena, yo encendí la televisión y sintonicé un canal local en el que estaban dando las noticias.

Ni una alusión al homicidio de Piera Belli, ni a la fuga de Magagnin ni tampoco al suicidio del doctor Artoni. Hacia el final, solo una breve información sobre el estado en que se encontraba Marietto Carraro, quien no había recuperado todavía la consciencia y mucho menos era capaz de proporcionar algún dato a los investigadores para identificar a los responsables de la misteriosa agresión.

Se me pasó el apetito de golpe y me dediqué el resto de la tarde a beber y a oír música. Me dormí mientras Jimmy Reed cantaba «Little Rain».

El exenfermero Natale Sperandio vivía en un chalet unifamiliar en los campos de los alrededores de Monselice, un pueblo de la meseta baja paduana. La casa, rodeada de viñedos, revelaba un origen modesto a pesar del costoso embellecimiento, fruto de una reestructuración posterior.

—Menuda bicoca para alguien que se jubiló con el mínimo —resaltó el viejo Rossini mientras se quitaba el casco y yo bajaba de la moto.

—Ya. ¿Qué te juegas a que el dinero para reformar el aspecto de la casa viene del bolsillo de Carlo Ventura? No creo que nuestro jubilado muestre mucho entusiasmo cuando le pidamos que nos hable de su benefactor.

—Es probable. En este caso los carnets de inspectores de trabajo no servirán para asustarlo. ¿Le reservamos el número de los falsos policías?

—No me parece oportuno. Conoces igual que yo el dicho de Padua: «Soy tan honesto que jamás he estado en un tribunal, ni siquiera como testigo». La perspectiva de verse mezclado con la ley lo paralizaría hasta el punto de coserle definitivamente la boca. La única forma de hacerle hablar es que crea que nunca haremos públicos sus pecados, pero que, si no nos los cuenta, estamos dispuestos a destruir el fruto de una vida de sacrificios.

—¿El truco de los bidones de gasolina, entonces?

—Exacto.

—Es uno de mis preferidos. Funciona siempre.

Volvimos una hora después con todo lo necesario. Apareció en el umbral una mujer, sin duda la esposa de Sperandio, que no tuvo tiempo de decir ni una palabra: Beniamino le puso la pistola en la frente y la empujó hacia dentro. Lo seguí, llevando conmigo dos bidones de gasolina de veinte litros.

En dialecto, balbuciendo, nos dijo que el hombre estaba en la bodega, pasando el vino de una cuba a unas damajuanas.

Al advertir nuestra presencia, Sperandio palideció, cogido completamente por sorpresa. Se quedó mirándonos con la boca abierta. Mi amigo disparó a las cubas. Marido y mujer se llevaron las manos a los oídos mientras miraban incrédulos el líquido rojo y espumoso que iba encharcando el suelo.

Se dejaron llevar como autómatas a la casa. Encerramos a la mujer en una pequeña estancia y llevamos al exenfermero al salón principal e hicimos que se pusiera cómodo en un sillón. La habitación estaba en penumbra y en la atmósfera se notaba un agudo olor a moho. Daba la impresión de que esa habitación se usaba solo en las fiestas de rigor. Las sillas tenían aún el plástico de la tienda con el que se compraron.

Sperandio trató de hablar, pero Rossini le metió el cañón de la pistola en la boca, mientras yo desenroscaba el tapón de un bidón y rociaba un sofá con

unos litros de gasolina.

Cogí luego una silla y me senté frente a él. Saqué la grabadora y una caja de cerillas del bolsillo.

Lo miré fijamente en silencio durante algunos minutos con aire cruel. Vi que una mancha oscura iba creciendo en sus pantalones.

—No está bien mearse encima delante de los invitados —lo regañé—. De todos modos, sí que está bien que tengas miedo. Este año no vas a poder beberte el vinito que produces y te verás obligado a pedir al ayuntamiento una habitación en el hospicio para tu vieja y para ti porque esta casa va a arder —miré con descaro el reloj—, exactamente dentro de cinco minutos. A menos que tú nos cuentes las cosas que queremos saber... Entiendes a qué me refiero, ¿verdad?

Beniamino le quitó la pistola de la boca y restregó el cañón contra la tapicería del sofá.

—¡Qué asco! —exclamó—. Me la ha llenado de babas.

Natale Sperandio, a pesar de sus sesenta años, conservaba el cuerpo robusto habitual en los enfermeros que trabajan en las salas de los pacientes violentos de las clínicas psiquiátricas. Tenía la cara de un campesino véneto descompuesta por una mueca de terror y ríos de sudor le caían desde las sienes a la garganta, empapándole el cuello de la camisa.

—Mira, Marco. El sudor de Natale es marrón.

—Se le está derritiendo el tinte del pelo.

—Natale, tienes que cambiar de peluquero —le regañó Beniamino, moviendo la cabeza—. Ese al que vas no te pone más que porquerías. El mío, por ejemplo, usa únicamente productos naturales que no solo no debilitan el pelo, sino...

—¿Quieres que te prepare un café mientras conversas con cordialidad de cosmética masculina con tu amigo Natale? —pregunté exasperado—. Bueno, pues —me dirigí a este último—, cuatro minutos más y luego prendemos fuego a toda la casa.

—¿Esto es por esa vieja historia de la clínica? ¿Por el ingreso del hijo de uno de los dueños? —preguntó el exenfermero.

—Sí —respondí—. Sabemos que ibas todos los días a informar a Andreose y que más de una vez te reuniste con Ventura y Sartori.

—¿No querrá denunciarme?

—No. Solo queremos saber. Después podrás seguir ocupándote de tus viñas.

Fue en ese momento en el que se decidió a hablar. Cuando empezó su relato, parecía que llevaba años preparándose.

—Era el enfermero del turno de noche en la sección de los violentos... Como era el de más edad y el de mayor confianza, el doctor Andreose me ordenó que solo yo me encargase de la administración de los fármacos y de la vigilancia del paciente... Me hizo notar que debía prestar especial atención porque se trataba del hijo del señor Ventura. El chico estaba inquieto. El doctor le había prescrito dos veces al día lo que nosotros llamamos el *tris*: dos psicofármacos muy potentes mezclados con una ampolla de Valium. Se usa para que un paciente supere una crisis y esté tranquilo durante veinticuatro horas... El segundo o el tercer día, el enfermero del turno de día, Mario Bisinella, se olvidó de administrarle la dosis... Esto sucedió porque otro paciente se había herido de gravedad al golpearse la cabeza contra la pared... Lo echaron al día siguiente. Por eso cuando empecé mi turno, Marco Ventura estaba muy lúcido. Me preguntó si sabía algo de sus padres y... si los *carabinieri* habían venido a buscarlo. Le contesté que no sabía nada y que no se preocupase, que pronto estaría bien. En ese momento se puso a gritar que no estaba loco y que matar a esa puta, lo dijo exactamente así, solo había sido un acto de justicia porque se había llevado de casa a su padre, que les había dejado a su madre y a él solos... Y que además ella no le había sido fiel ni un solo día desde que se había casado porque había seguido siendo la amante del abogado Sartori...

Beniamino y yo nos miramos. La pista que habíamos seguido era la buena y ahora nos permitía recoger un excelente material para llegar a unas negociaciones satisfactorias.

—La mañana siguiente —continuó Sperandio—, fui a ver al doctor y le hablé de lo que me había enterado. Andreose me pidió que no dijera nada por ahí para no poner en peligro al chico, porque no era culpable. Me explicó que el joven estaba desbordado por un sentido de culpabilidad totalmente injustificado porque la policía ya había arrestado al responsable y que sufría un síndrome del que ahora no recuerdo el nombre... Después llegaron Sartori y Ventura y, como accionistas, me prometieron que me aumentarían el sueldo pero que, a cambio, tenían que saber que podían contar con mi discreción.

—¿Y esta casita te la has hecho solo con el aumento de sueldo?

—Cuando me jubilé, el señor Ventura me dio una bonificación de ochenta millones.

—¿No se te pasó nunca por la cabeza que quizá Marco Ventura era culpable y que con tu silencio permitiste que condenaran a un inocente?

—No era asunto mío —respondió, bajando la mirada.

Saqué la cinta de la grabadora.

—Mírala bien, Sperandio. En el caso de que tuvieras tentaciones de contarle a alguien nuestra visita, recuerda que podemos enviar esta grabación a los tribunales, a la prensa o a Sartori y a Ventura. Y después volveríamos aquí con más gasolina. Quedas avisado...

—Estoy cansado, Marco, estoy cansado. Vamos por ahí todo el día sonsacando a la gente para obtener las confesiones. La otra noche incluso soñé que cogíamos la guía telefónica y que, uno a uno, hacíamos confesar a todos los habitantes de esta ciudad. Una auténtica pesadilla.

—Ya casi hemos llegado al final, Beniamino. Resiste hasta que hayamos obtenido dos confirmaciones más. Después me pondré en contacto con Sartori para negociar.

—¿No es suficiente con la confesión de Sperandio?

—Desgraciadamente no. Aún faltan respuestas.

—¿A quién le toca ahora?

—Al doctor Agostino Andreose.

—¿Otra visita?

—Creo que bastará con una llamada.

Conecté el micrófono de la grabadora con el móvil y marqué el número de la clínica.

La centralita me pasó con la extensión del doctor y contestó la secretaria con la que ya había hecho el papel de enfermo.

—Soy Marco Ventura, me gustaría hablar con el doctor.

—Manténgase a la espera, por favor.

Pasaron un par de minutos y la enfermera volvió a coger el teléfono.

—En este momento el doctor está ocupado. Me ha pedido que le diga que vuelva a llamarle en unos días.

—No. Quiero hablar ahora.

—Ya le he dicho que está ocupado...

—Dígale que tengo la intención de entregarme.

—¿Qué es lo que pasa, Marco? —preguntó una voz masculina al cabo de unos segundos.

—Buenos días, doctor Andreose. No soy Marco Ventura. Perdona por la manera de presentarme, pero no tenía otra opción...

—Entonces no tenemos nada de lo que hablar. Adiós...

—Espere antes de colgar, podría ser muy contraproducente para usted. Lo sé todo sobre el falso ingreso de Marco Ventura, le interesa escucharme. He hablado con su exsecretaria y con Natale Sperandio. Si cuelga, le garantizo que lo meteré en un montón de problemas.

—Pero ¿quién es usted? ¿Qué quiere?

—Respuestas. Hace casi un mes que doy vueltas por esta ciudad haciendo preguntas y estoy cansado. Cansado y cabreado. Así que trate de ser razonable y de dejarme satisfecho. Le aseguro que esta conversación quedará entre nosotros y que no tendrá nada que temer de mí. No tengo el menor interés en su persona, aunque creo que debería pagar por haber permitido que condenaran a un inocente en lugar de al joven vástago de una buena familia.

—Estaba sujeto al secreto profesional.

—Cuénteme entonces ese secreto.

—Quizá no sea oportuno hablar de este asunto por teléfono. Podría venir a la clínica...

—No trate de ganar tiempo. No tiene elección: o habla o le destrozó la vida.

—Está bien, como quiera... Ventura y Sartori me pidieron que ingresara al chico. Dijeron que se había metido en un lío... Yo aún no sabía nada del homicidio... y di mi consentimiento. Me pidieron que lo sometiera a un tratamiento de fármacos que le impidiera comunicarse con nadie. Después, un día vino Sperandio y me contó que el chico sostenía que había cometido un asesinato. Llamé de inmediato a su padre y a su abogado, y ellos me dijeron que me tranquilizara, que el muchacho creía ser un asesino pero que el verdadero responsable ya estaba en la cárcel. Me explicaron que querían tener al chico alejado de los jueces y, sobre todo, de la prensa, para proteger la memoria de la víctima de sus delirios y para evitar obstrucciones a la justicia.

—¿Y usted se lo tragó? —pregunté irónicamente.

—En ese momento sí. Sabía que Marco tenía una personalidad conflictiva, por lo que no me resultaba difícil creer que se hubiera identificado con el asesino.

—¿Y luego?

—Unos veinte días después interrumpí el tratamiento farmacológico y el chico estuvo en condiciones de realizar las entrevistas. Describió el delito con tal cantidad de detalles que resultó del todo creíble la hipótesis de que él fuera el responsable.

—Y entonces ¿por qué no lo denunció en ese momento?

—Ya se lo he dicho. Era paciente mío y estaba obligado a mantener el secreto profesional. Y, en cualquier caso, la magistratura estaba persiguiendo ya a otra persona, a la que finalmente condenaron. Yo soy psiquiatra, no juez...

—Gilipolleces —lo interrumpí—. ¿Qué más le contó?

—Investigué a fondo ese episodio, desde el punto de vista psiquiátrico, claro está, y llegué a la conclusión de que fue un delito de impulso súbito madurado en una personalidad coartada...

—Hábleme en cristiano.

—De acuerdo. Marco odiaba a Evelina Mocellin Bianchini porque le había arrebatado la figura paterna y le había hecho entrar en crisis no solo a sí mismo, sino también a su madre, ya muy maltratada por el secuestro que unos años antes había sufrido en sus propias carnes. Tenga en cuenta que la mujer no perdía ocasión de alimentar el rencor del hijo hasta el punto de que en su interior maduró una auténtica obsesión. La gota que colmó el vaso y lo empujó al homicidio fue el descubrimiento de la relación que mantenía Evelina con el abogado Sartori, que había comenzado antes del matrimonio con Carlo Ventura y que nunca interrumpió.

—¿Ventura lo sabía?

—Sí. Hasta donde yo sé, siempre había estado al tanto. El matrimonio fue simplemente una transacción de negocios. No me pregunte más, porque no lo sé, pero puedo asegurarle que los sentimientos no intervinieron.

—¿Y cómo descubrió Marco la relación?

—Lo supo por Francesco y Selvaggia, los hijos de Evelina Mocellin Bianchini. Marco me contó que le llamaban a menudo desde Estados Unidos, que le hablaban en términos muy negativos de su madre, una mujerzuela según sus palabras, y no dejaban de engordar el asunto de la traición con nuevos detalles.

—Me está diciendo que fueron Francesco y Selvaggia los que pusieron el arma en las manos de Marco.

—Prácticamente.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tendría que preguntárselo a ellos. La única hipótesis que puedo aventurar es que las relaciones con su madre debieron de deteriorarse por su conducta conyugal... más bien relajada. La acusaban de haber matado a su padre a disgustos. En cualquier caso, como detalle a considerar, tras su muerte recibieron una importante herencia.

—Una última cosa. Según usted, ¿por qué Ventura, cuando descubrió que su hijo había acuchillado a su segunda mujer, no lo entregó a la justicia?

—Para evitar las amenazas de la madre del chico... Delante de mí, en mi despacho, ella le dijo textualmente: «Como se te ocurra arruinar a mi hijo, te aseguro que saco a la luz todas tus porquerías». Pero no creo que hiciera falta amenazarlo para convencerlo; Ventura habría protegido de todas formas a su hijo porque un escándalo de esa magnitud lo habría arruinado.

—Y usted, como buen loquero de ricos, no se ha quedado atrás. Ha tirado su puñado de tierra para contribuir a enterrar la verdad.

—Puede ahorrarse sus lecciones de moral barata. No está en posición de comprender la complejidad de mi posición...

—No haga que me arrepienta de haberle garantizado el silencio sobre toda esta basura. He grabado esta conversación y, si intenta pasarse de listo, puede ir despidiéndose de su brillante carrera.

Me serví una copa de calvados y me bebí un buen trago, cogí después el teléfono móvil y marqué otro número. Durante la espera volví a poner en marcha la grabadora.

—¿Quién habla? —preguntó una mujer con acento extranjero.

—Querría hablar con la señora, soy un viejo amigo suyo.

—Un momento, por favor.

—Diga —respondió otra voz, con un tono arrastrado y hastiado.

—¿Selvaggia?

—Sí.

—No me conoces, pero tengo una historia interesante que contarte.

—¿Una historia? ¿Eres una nueva clase de maníaco telefónico?

—No. Solo uno que cuenta historias. La de hoy trata de tres jóvenes retoños de buena familia implicados en un homicidio. ¿Te interesa?

—Por supuesto. Adoro las novelas negras —respondió, en absoluto impresionada.

—Y yo adoro ese tono tuyo tan relajado. Crea el ambiente adecuado... Veamos... Corría el año 1976 y dos de los tres protagonistas de esta historia estudiaban en Estados Unidos en prestigiosas universidades. Se habían marchado de Italia porque no se llevaban bien con su madre, la cual, entre otras cosas, había enviudado hacía poco. Ellos adoraban a su padre y, cuando murió, juraron que no vivirían ni un solo día más bajo el mismo techo que esa madre desnaturalizada. Pasa el tiempo y esa madre decide casarse de nuevo,

con lo que da un nuevo disgusto a los dos hijos. Ellos consideran que esta es otra traición más al difunto padre, el cual ya en vida había sufrido cuernos de manera sistemática. Además, al enterarse de que el futuro marido es un descarado sinvergüenza, temen que la madre pueda confiarle la administración del patrimonio que, por herencia, les corresponde a ellos en exclusiva. Deciden entonces eliminar a la madre. Y aquí entra en juego el tercer retoño, hijo del futuro esposo. Los dos hermanitos saben que es un joven problemático, de personalidad excéntrica y, sobre todo, que tampoco él ve con buenos ojos ese matrimonio. Como ellos, odia a la mujer que le ha quitado a su padre y que ha entristecido a su madre, que ha destruido la dulce armonía de la familia feliz. En ese momento, los dos zorros intuyen la posibilidad de que el otro, convenientemente manipulado, pueda llevar a cabo un acto desconsiderado y extremo. Empiezan a atormentarlo. Día tras día logran exasperar su rencor y le meten en su cerebro trastornado la idea de que lo único que se merece una mujerzuela así es morir. Al final, este la mata. Intervienen su padre y un amigo de la familia, un poderoso abogado además de odiado amante de la víctima, y lo retiran de la circulación encerrándolo en una clínica de la que son accionistas mayoritarios.

Hice una breve pausa. Al otro lado del teléfono no hubo ninguna reacción. Seguí hablando.

—En la otra parte del mundo los dos jóvenes se frotan las manos: la madre ha recibido el castigo que merecía y ellos por fin son ricos. Poco les importa cómo acabará su joven hermanastro, que se ocupe su padre de salvarlo... pero en este punto interviene la suerte. Otro chico, de muy diferente extracción social, es acusado del delito y condenado. Pasará quince largos años en la cárcel, mientras el resto de los personajes de la historia vivirán, como en todos los cuentos respetables, felices y comerán perdices.

—Bonita historia, de verdad —me felicitó Selvaggia, rompiendo el silencio dictado por su señorial autocontrol—. Yo añadiría por aquí y por allá algunos detalles, pero, en líneas generales, es un *thriller* perfecto.

—Me complace que te haya gustado. A mí el final no me satisface mucho, me gustaría cambiarlo... Así es demasiado cínico... Me gustaría que, por una vez, triunfase la justicia y los malos expiaran sus culpas.

—Se convertiría en una historieta normal y corriente —replicó la mujer, acentuando el tono arrastrado y hastiado—. Yo la prefiero así, tal cual es; no se puede cambiar el final.

—¿Estás completamente segura?

—No tengo la menor duda, Buratti.

—¡Ah, sabes quién soy! —exclamé, fingiendo sorpresa.

—Hace días que seguimos con mucho interés tus hazañas. Parece que los molinos de viento son tu especialidad.

—En ese caso te pido un favor: ¿podrías telefonar al abogado Sartori y decirle que quiero verlo mañana a las once en su despacho?

—Será un placer..., pero, querido..., mañana es domingo...

—Tienes razón. Digamos entonces a la una, después de misa.

Beniamino escuchó las grabaciones de las llamadas con los ojos cerrados y los brazos cruzados. Al final se encendió un cigarrillo.

—Tenemos material más que suficiente para negociar con Sartori —constató—. Pero no tengo claro que acepte.

—No te entiendo. Fuiste tú el que dijiste que teníamos que joderlo y luego negociar.

—Es verdad, pero el tono de Selvaggia traslucía demasiada seguridad para pensar que tengan miedo de quedarse con esta espada de Damocles sobre la cabeza el resto de su vida. ¿Sabes lo que te digo? Creo que fingirán que se avienen a negociar con nosotros para darles tiempo a los Caruso de encontrarnos y eliminarnos y, en el caso de que no lo consigan, nos pondrán la ley pisándonos los talones.

—No lo tengo claro todavía.

—Mira, Marco. Las negociaciones funcionan solo dentro del mismo ambiente. Nosotros no somos parte de su círculo de negocios, somos dos «marginales fuera de la ley», si usamos su lenguaje; en pocas palabras, no somos manejables. Por lo que saben del asunto, podríamos despertarnos una mañana con la idea de chantajearlos, o bien, si acabáramos atrapados por la justicia, intentar zafarnos cantando todos los enredos de los que nos hemos enterado... Así que conviene que nos vayamos olvidando de la idea de que podemos negociar.

—¿Se te ocurre algo?

—No sé. No tengo las ideas claras, pero en cualquier caso es importante acudir a la cita, luego pensaremos qué podemos hacer. La cuestión más urgente en este momento es estudiar una buena vía de escape del despacho del abogado, porque mañana, cuando aquella puerta se cierre a tu espalda, tendrás a toda la banda de los Caruso esperándote...

—Me había olvidado completamente de ellos.

—Eres un pardillo —soltó casi con resignación—. La próxima vez que fijes una cita, pregunta al tío Beniamino.

El despacho estaba, como era lógico suponer, en las inmediaciones del tribunal, en el último piso de un edificio ocupado solo por oficinas desiertas, dado que era un sábado por la tarde de finales de julio.

El viejo Rossini forzó rápidamente la cerradura del portal y revisamos todas las plantas. Al llegar a la azotea abrió una reja de hierro que daba a una gran terraza.

—Mañana por la mañana, poco antes del amanecer, nos esconderemos aquí con la moto.

—¿Quieres subir la moto seis pisos?

—¡Déjame acabar! El despacho está en el piso de abajo; si los Caruso tienen intención de pillarte dentro, los veremos subir desde aquí. Si no, a la hora de la cita solo tendrás que bajar un piso y llamar al timbre. Yo, mientras tanto, bloquearé el ascensor y vigilaré las escaleras, desde arriba es más fácil hacerlo... Después, cuando salgas, bajaremos al sótano, cogeremos la moto y saldremos por el portón a todo gas. Los cogeremos por sorpresa y no podrán alcanzarnos.

—¿No podrías idear planes menos complicados? La idea de permanecer escondido en un tejado durante seis o siete horas no me atrae lo más mínimo.

—Es solo culpa tuya. No se cita uno con solo un día de antelación cuando se tiene a unos asesinos pisándote los talones.

—Está bien. ¿Qué haremos hasta que amanezca? No tengo ganas de estar encerrado en ese agujero.

—Podemos ir a un local, con tal de que esté muy lleno. Los Caruso estarán ocupados preparándose para mañana; me imagino que esta noche estarán tranquilos.

Fuimos al Porto, un pequeño bar que un amigo, Massimo Biondi, había abierto hacía poco. Esa noche tocaban Jojo and the Blueshoes, un buen grupo de *blues* de Padua en el que tocaba Luca Palmarin, el exbatería de mi grupo.

Todos se alegraron de volver a verme y de charlar un rato conmigo de los viejos tiempos. Al final del concierto, Beniamino se alejó para cortejar a una rubia. Mientras descubría contrariado que se me habían acabado los cigarrillos oí una voz.

—¿Me permites? —me preguntaba.

Levanté la mirada. Era un tipo con bigote y gafas, de aspecto tranquilo. Me miraba con una sonrisa mientras señalaba una silla que estaba libre.

—No —respondí.

De todas formas se sentó.

—La persona que me envía me ha dicho que te dé esto.

Por las dimensiones adiviné que se trataba de un vinilo. Rompí el envoltorio y me encontré frente a la carátula de *Last Session* de Blind Willie McTell. Lo conocía. Una autentica rareza, grabado en el cincuenta y seis en Atlanta. Llevaba años buscándolo.

—Tendrás un nombre —pregunté, con curiosidad.

—Alberto.

—¿Y un apellido?

—Cabiddu.

—Bien, Alberto Cabiddu, solo tenía dos meses cuando el viejo Blind grabó esta obra maestra, una de las piedras angulares del *blues*..., pero no creo que eso te interese. Ahora la pregunta obligada es: ¿quién? Y sobre todo: ¿por qué?

—Solo puedo responder con vaguedad a ambas preguntas pero también decirte con exactitud el sitio: Cerdeña. Allí hay una persona que tiene un problema. Me ha pedido que te busque y te pregunte si tienes ganas de ir a hablar con ella para saber de qué se trata. Obviamente con todo pagado. El disco es un regalo para que comprendas que tendrías mucho que ver con esa gente... Por lo menos tiene buen gusto.

Había seguido sin mucha atención sus palabras. Me di cuenta de que me había quedado fascinado con sus gestos. Las manos marcaban el ritmo de cada frase. Parecía que pellizcasen calimbas, tocaran pieles de congas y tambores árabes.

—¡Eres músico! —exclamé, levantando el índice a la altura de su nariz.

—Percusionista. Y cantante.

—¿Cuál es tu estilo?

—Es un popurrí propio. Ritmos calientes bien mezclados.

—De *blues* nada de nada, ¿no?

—El tango es el *blues* húmedo y sobrecogedor de Baires y la morna, el *blues* triste y rebelde de Cabo Verde. Hago un buen uso de ellos.

Me cantó en voz baja «Vuelvo al sur» de Astor Piazzolla y «Sodade» de Cesaria Evora, y el calvados adquirió un extraño sabor.

El viejo Rossini volvió en ese momento y le hice un gesto para que no se preocupase.

—¿Qué bebes? —pregunté.

—Havana 7, un ron al que tengo mucho aprecio.

—¿Siempre y solo ese?

—No, lo alterno con la cerveza y el buen vino.

—¿El único recuerdo de una mujer perdida en Cuba?

—Encontrada, no perdida.

Charlamos durante un par de horas. De mujeres y de música. Sabía beber y era una compañía excelente.

—¿Qué adjetivo usarías para definir el problema del que debería ocuparme? —pregunté.

—Delicado. Con nosotros todo es muy delicado. ¿Qué has decidido?

—Por ahora nada. Depende en gran parte de los resultados de un rompecabezas del que me ocupo estos días. Te avisaré.

—Me marcho mañana —dijo, levantándose—. Si quieres encontrarme, date una vuelta por los locales de Cagliari pasada la medianoche.

Le di la mano. Él me la aguantó.

—¿Quieres un consejo?

—No.

—Te lo daré igualmente. Cambia de música cuanto antes. Ese *blues* te ha corroído el alma.

—¿Que quería decir? —preguntó Beniamino.

—Que ya no oigo la música con el corazón, sino con los recuerdos.

—¿Qué?

—Olvídalo, son solo charlas de músicos.

A la una en punto llamé al timbre del despacho del abogado Alvisé Sartori. Media hora antes habíamos oído el ruido del ascensor que subía. De él había salido el abogado en compañía de Carlo Ventura. Ni rastro de los Caruso. Me sentía completamente entumecido y dolorido tras haber pasado las horas más húmedas de la mañana tumbado sobre el suelo de cemento de la terraza. Había estado despierto mucho tiempo, pero llegó un momento en que el cansancio y el alcohol habían sido más fuertes que el estado de tensión en el que me encontraba, de manera que me había quedado dormido unas horas. Al abrir los ojos, había visto a Beniamino vigilando junto a mí con la ametralladora colgada del cuello.

Vino a abrirme el socio del abogado.

—Señor Ventura, mis respetos —lo saludé.

No se dignó responderme y me acompañó hasta una amplia estancia, probablemente la sala de reuniones del despacho. En el extremo de una gran mesa oval estaba sentado Sartori, que me acogió con una sonrisita burlona.

—Marco Buratti, alias Caimán: estudiante fracasado, músico fracasado, terrorista fracasado, detective fracasado...

—Más que la mía, parece que esté describiendo la vida de Marco Ventura. Aparte del homicidio, no ha completado nada en ningún otro campo. A propósito —me dirigí a Ventura—, ¿dónde lo ha escondido esta vez? ¿En una clínica suiza?

Ventura se pasó una mano por el pelo y me miró fijamente con odio.

—¿Su socio se ha quedado mudo? —pregunté al abogado.

—Siéntese, Buratti, y explíquenos el motivo de este encuentro —atajó este último.

Tratando de aparentar una calma que no sentía, encendí un cigarrillo.

—Quiero negociar. Ofrezco mi silencio a cambio de que retiréis a vuestra banda de asesinos y de la garantía de que no intentaréis en un futuro acciones de este tipo o similares contra mí o mi socio. Para Alberto Magagnin quiero la absolución en la instrucción del homicidio de Piera Belli y la concesión de la libertad condicional. Tenemos en nuestro poder la grabación de la confesión del llorado difunto doctor Artoni, relativa no solo al homicidio de la menos llorada Piera Belli, sino a vuestra manipulación del juicio a Magagnin por el asesinato de Evelina Mocellin Bianchini. Y eso no es todo. Al tratar de descubrir el motivo que os había empujado a llevar a la cárcel a un inocente, hemos descubierto al culpable, que no es otro que Marco Ventura, hijo del aquí presente Carlo, el móvil por el que actuó y todos los trucos que después utilizasteis vosotros para encubrirlo. También en este caso tenemos en nuestras manos grabaciones que os comprometen directamente. Me refiero en concreto a las del exenfermero Natale Sperandio, del doctor Agostino Andreose, de su secretaria y de Selvaggia Mocellin Bianchini. Por último, hemos reconstruido parte de vuestras actividades y del papel de esa asociación de delincuentes, pues eso es lo que es, llamada Caballeros de la Orden de Santa Costanza, de la cual sois miembros eméritos. En resumen, estáis jodidos: o negociáis o estáis acabados.

Los dos hombres, que hasta ese momento me habían observado con absoluta indiferencia, se miraron entre sí.

—A propósito de grabaciones, creo que no le molestará que el señor Ventura compruebe si en este momento esconde una grabadora.

«Mal asunto», pensé, y, como un niño al que descubren robando mermelada, saqué del bolsillo interior de la chaqueta el aparato y lo deposité sobre la mesa.

Ventura se acercó, cogió la cinta y la partió con las manos por la mitad con un gesto seco.

—Bien, bien —añadió Sartori irónicamente—. Ahora podemos hablar con toda tranquilidad. Está usted convencido de tener todos los ases de la baraja para hacer un trato, pero se equivoca. Las declaraciones recogidas en las cintas se han obtenido por la fuerza o con amenazas. El pobre Artoni me contó el método con el que le arrancaron la confesión. De hecho lo abocaron al suicidio: según nuestro código penal han cometido por tanto un delito grave. Se encuentran con un puñado de moscas: desde el punto de vista jurídico, esas grabaciones valen menos que nada. Los magistrados, incluso admitiendo que llegaran hasta ellos, no las tomarían nunca en consideración. No lograrán ni siquiera salvar a Magagnin de la condena que le caerá por el homicidio de Bielli. Entre otras cosas, justamente ayer, los familiares de la profesora me han nombrado defensor de la parte civil...

—¡Qué casualidad! —exclamé con tono despreciativo—. Entre tantos picapleitos han ido a elegirle precisamente a usted.

—... en lo que respecta al proceso de 1976 —continuó, ignorando mi interrupción— tendrían aún menos esperanzas. A pesar de los siete años de reclusión, usted, querido Buratti, no ha entendido todavía cómo funciona nuestra justicia. Tendría que empezar por convencer al Tribunal Supremo para que le concedieran la revisión del juicio, sobre la base, sin embargo, de pruebas conseguidas ilegalmente, que carecerían de plena consideración. Les harían notar que las pruebas *novicter deductae* y de «relevancia decisiva», a efectos de una sentencia de inocencia, serían inexistentes. Mientras que las pruebas presentadas con anterioridad, dado que se constituyeron según las reglas de la acción penal, son la pura verdad. No se admitirían nunca otra clase de verdades. Ustedes podrían intentar la vía del informe pericial erróneo y acusarnos de haber amañado el proceso, pero tampoco en ese caso tendrían ninguna posibilidad. No solo por la inadmisibilidad de las pruebas, sino, sobre todo, porque la magistratura no admitiría nunca que se dejó manipular. Tres desechos de presidio como usted, Magagnin y su socio, del que todavía ignoramos la identidad, no pueden ni siquiera soñar con acusar a estimados profesionales, que son además, como usted mismo recordaba hace unos minutos, miembros eméritos de la comunidad. Hacerlo significaría solo exponerse a un sacrificio inútil. La justicia es un mecanismo que tritura a los perdedores. Y ustedes nacieron perdedores. ¿Qué más podrían hacer? Podrían sentir la tentación de hacer públicas las informaciones que han conseguido. Admito que en este caso nos causarían alguna molestia. Nuestros adversarios se aprovecharían de ello pero, una vez más, todo explotaría como una pompa de jabón... Nosotros somos profesionales de las pompas de jabón. Nuestros

amigos cerrarían filas delante de nosotros y usarían su influencia para defendernos. Vivimos en una época en que los escándalos son el pan nuestro de cada día para la opinión pública, que reacciona cada vez con más cansancio y menos pasión. Querido Buratti, resígnese, usted y sus amigos son los que están verdaderamente jodidos. No nosotros.

La habitación se cargó de silencio, roto solo por el ruido de mi mechero, que usé para encender otro cigarrillo. Estaba confuso. Pensaba que tenía ases en mis manos, pero con la tremenda habilidad de un gran leguleyo, Sartori había logrado dar la vuelta a la situación. Decidí no amilanarme.

—Yo creo que está lanzando un farol para asustarme. Podría incluso tener razón en lo que respecta a la cuestión jurídica, pero estoy convencido de que se equivoca al infravalorar a la opinión pública. La gente no es en absoluto estúpida y la prensa no está toda comprada. Además, ustedes no son más que unos parásitos, unidos en un grupo de presión omnipresente y poderoso pero no intocable. Y más aún, a causa de su delirio de omnipotencia, han perdido el sentido de la realidad. No pueden seguir pensando en ser los dueños del destino de los demás. Tangentópolis tendría que haberles enseñado algo.

Los dos estallaron en una estruendosa carcajada. Y, por primera vez, Ventura tomó la palabra.

—Si piensa que es un farol, no tiene más que esperar y lo verá —me desafió—. Pero por lo menos puede ahorrarnos sus ingenuidades de extraparlamentario de los años setenta. Tangentópolis sirvió para eliminar de un solo plumazo a todos aquellos que no querían entender que había llegado el momento de abandonar. Mírese al espejo, Buratti, porque es usted quien vive fuera de la realidad; por el contrario, nosotros somos la realidad... Márchese y no vuelva a dejarse ver en toda su vida.

No me moví y aplasté la colilla del cigarrillo directamente en la mesa de caoba. Estaba furioso, pero me impuse mantener la calma.

—Creo entender que no tienen ninguna intención de negociar. Peor para ustedes. Su estrategia es demasiado previsible: juegan el papel de ganadores porque están seguros de tenernos con el pie en el cuello, eliminándonos mediante la banda de los Caruso o encerrándonos con cualquier acusación falsa. Sé muy bien que tienen los medios para ello. En los Caballeros de la Orden de Santa Costanza están afiliados también agentes de los servicios secretos, esbirros y magistrados. Pero pueden estar bien seguros de una cosa: venderemos muy cara nuestra piel.

Me levanté y me dirigí a la salida. Me encontré de frente a Beniamino con la metralleta en la mano.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Mal. Fatal.

—He visto a los Caruso desde la terraza. Han colocado dos coches a ambos lados de la salida. Un error, los esquivaremos fácilmente.

Bajamos a la carrera al sótano a recuperar la moto. Rossini me hizo abrir el portón y en el momento en que encendía el motor, salté y me monté detrás de él. Dio gas: hicimos un caballito y superamos de un salto los tres escalones que nos separaban de la calle.

Mi amigo tenía razón. La banda al completo se quedó boquiabierta al vernos salir como un rayo a un metro de distancia de ellos. Cuando los dejamos atrás, me volví y los saludé con el dedo corazón. Lo primero que hice al llegar a nuestro refugio fue beberme un calvados, directamente de la botella.

—Cálmate, Marco. Siéntate y cuéntame qué ha sucedido.

Lo hice, repitiendo palabra por palabra nuestra conversación.

—Me lo temía —se rio—. Nos están minusvalorando y ese error les va a costar caro.

—Se me escapa el sentido de esa jerga belicosa. En lo que a mí respecta, solo veo una única solución, cruzar la frontera esta misma tarde.

—Esta tarde no, mejor el martes por la noche. Antes tenemos que hacer algunas cosas.

—¿Me estás diciendo que tienes un plan? —pregunté sorprendido.

—Hace tres días que me ronda por la cabeza. No podemos escapar con el rabo entre las piernas; sería como meter la cabeza en la cuerda de la horca. Tenemos que dejar claro a estos señores que es mejor que nos dejen en paz.

—¿Cuerda? ¿Horca? ¿Qué dices?

Habló durante más o menos una hora. Yo intervine varias veces con preguntas y contrapropuestas. Al final nos quedamos los dos en silencio, mirándonos a los ojos.

—Funcionará, ya lo verás —me tranquilizó.

—Esto me recuerda a la película *Los sobornados*, de Fritz Lang. Pero si algo se tuerce, nos veremos interpretando el final de *Grupo salvaje*.

Pasé el resto de la tarde y buena parte de la noche escribiendo. Un resumen de toda la historia para Giovanni Galderisi y una crónica detallada para Max Memoria, a la que adjunté una copia de las últimas grabaciones.

El lunes fue el único día del mes en que llovió, de tal manera que estuvimos casi toda la mañana para encontrar a Marielita, la mujer de Max.

—¿Qué haces esta noche, Caimán? —me preguntó mientras le entregaba el sobre.

—Estoy ocupado intentando salvar el pellejo.

—Bien, si te apetece —me lanzó una mirada entre irónica y divertida—, llámame.

—¿Cómo me has dicho que se llama ese tío? —preguntó el viejo Rossini.

—Luther Blisset.

—Ese nombre me suena... Pues claro. Es el nombre de un famoso delantero centro de origen jamaicano. Jugó en el Milán en la temporada 1983-1984.

—También. Pero ahora Luther Blisset es un nombre colectivo. Un movimiento donde todos los militantes se llaman así.

—¿Movimiento? ¿Qué movimiento? —preguntó alarmado.

—De terrorismo cultural. El objetivo es infectar toda la red mediante la introducción en el imaginario colectivo de códigos y prácticas desestabilizadoras como falsas religiones, pseudocultos, paraciencias y antifilosofías, y sobre todo voces incontrolables, para provocar insatisfacción y rebeldía... Usan todos el mismo nombre para no dejarse identificar y para que Luther Blisset aparezca como una especie de gran anciano en el centro de todos los teoremas, los complots, las conspiraciones...

—No he entendido ni una sola palabra de lo que has dicho. Aparte del hecho de que nos dirigimos a otro loco. ¿Tú no conoces a gente normal, con todos los tornillos en su sitio?

—Tranquilo, socio. Luther es bueno y seguro que te gustará.

El personaje al que íbamos a visitar vivía en los alrededores de Mestre, en el campo, en una granja rehabilitada de grandes dimensiones, una parte de la cual estaba destinada a estudio de grabación.

No le había contado al viejo Rossini que en realidad Blisset era una rubia con unas magníficas piernas. Así que, cuando se encontró frente a ella, su sorpresa fue tal que se transformó en un azucarillo y se olvidó en dos minutos de todas las perplejidades que acababa de expresar. Todo el tiempo que dedicamos a las formalidades se lo pasó dirigiéndole grandes sonrisas.

La había conocido cuando tocaba con mi grupo. Trabajaba como técnico de sonido y estaba muy solicitada. Durante algunos años había trabajado en Alemania con un grupo de *rock* integrado solo por mujeres y al volver se había establecido por su cuenta y creado un pequeño sello independiente.

Habíamos tenido una relación que duró exactamente una semana, el tiempo de una breve gira de verano de los Old Red Alligators por Liguria, y después se había transformado en una bonita amistad.

—Estamos metidos en un lío, Luther —le solté—. Necesitamos tu ayuda.

Le conté solo una parte de la historia, pero fue suficiente para que comprendiera el mar de problemas en el que nos debatíamos.

—Concretamente, ¿qué necesitas? —preguntó.

—Tu ayuda como maga del sonido para borrar nuestras voces de la cinta original de la que te he hablado, sin dejar rastro, de manera que parezca un monólogo. Tenemos un plan para salvarnos y esta grabación juega un papel fundamental.

—¿Queréis involucrar a los medios?

—Sí. Son nuestra última esperanza.

—¿De qué manera?

Se lo expliqué. Cuando acabé, se levantó y empezó a pasear nerviosa por la habitación.

—No es una mala idea —aprobó—. Pero no basta para anular la influencia de Sartori, Ventura y compañía sobre los medios. Si queréis fastidiarlos de verdad tenéis que actuar sobre otro plano, invertir las reglas de la relación información-opinión pública. En pocas palabras, debéis poner en marcha un mecanismo de amplificación de las noticias contenidas en la cinta y, al mismo tiempo, otro de desinformación y descrédito de los dos personajes. Es necesario cortocircuitar su imagen.

Miró sonriendo nuestras caras perplejas.

—Tenéis que crear un «evento» —anunció—. Tengo una idea para ello.

La expuso, deteniéndose a explicar las reacciones que provocaría en la prensa y en la opinión pública.

—Es necesario llegar a la fantasía de la gente mezclando sabiamente dosis adecuadas de muerte, misterio, intriga, sexo y corrupción del poder. Argumentos que hacen aumentar las audiencias y las tiradas. Se determina así una coyuntura positiva entre la necesidad económica de los medios de vender las noticias y el deseo de una parte consistente de la opinión pública de empaparse de escándalos. En estos casos, realidad, rumores y cotilleos se transforman en leyendas que marcan de por vida a los protagonistas —concluyó.

—Si no he entendido mal —intervine—, Sartori y Ventura se encontrarían ante la imposibilidad de controlar las informaciones sobre ellos, de defenderse de manera adecuada.

—Eso como mínimo —observó Blisset—. La realidad es que se encontrarían en una situación que los obligaría a alejarse de la vida pública y de los negocios. Ya no estarían considerados como gente de fiar en su ambiente.

—¡Luther, eres un genio! —exclamó Beniamino, y aprovechó para besarla.

—Tenemos que brindar por la idea del siglo —me uní a ellos.

—Después —me frenó ella—, ahora vamos a arreglar la cinta.

Nos llevó al estudio. Una sala grande, llena de aparatos, insonorizada, con puertas y paredes de sesenta centímetros de espesor. Lo primero que hizo fue pasar la cinta a una bobina y, luego, empezó a borrar nuestras voces y a retocar las pausas que debía introducir en su lugar. Trabajó en ello durante seis horas. Al final, exhausta y satisfecha, me entregó la cinta.

—Hecho —declaró—. Ahora parece que el doctor Emilio Artoni, antes de suicidarse, quiso dejar sus memorias para la posteridad. Ni siquiera la CIA se daría cuenta de que la grabación está manipulada.

—No sé cómo agradecértelo, Luther.

—Lo he hecho encantada, pero espero no tener que trabajar nunca más con un material de este tipo... Necesito relajarme; ¿nos tomamos un café?

Fuimos a la cocina, espaciosa y decorada en el más puro estilo años sesenta.

—¿Has pensado alguna vez en volver a cantar? —preguntó, mientras nos sentábamos alrededor de la mesa.

—No, Luther. Se me han pasado las ganas.

—Qué pena. Me hubiera gustado grabar el disco del sonado regreso del Caimán. ¿Qué ha sido de los otros músicos?

—Algunos siguen tocando, otros han formado una familia y trabajan en un banco o en el estanco de papá... Los músicos van y vienen... ¿Y a ti cómo te va?

—En general bien. El estudio funciona y el sello vende bastante.

—¿Estás con alguien?

—¿Me quieres tirar los tejos? —bromeó.

—No, ya lo probamos, ¿te acuerdas?

Se echó a reír.

—Claro, claro... Vivo con un contrabajista americano. Un músico de *jazz* de Denver... Ahora está en Florencia dando una serie de conciertos. No sé si estoy enamorada pero, por el momento, estoy bien así. —Me miró a los ojos

—. En cambio, imagino que tú sigues solo. Tienes ese aire de luto que delata a los corazones rotos.

—Ya. Es justo como lo dices. La última mujer con la que estuve me dijo que tengo el corazón negro y duro como una piedra... Quizá soy un caso sin esperanza.

Me acarició la mano.

—Tienes la piel dura, Caimán, deja que el tiempo actúe.

—¿Y el movimiento? —pregunté para cambiar de tema.

—Crece. Somos la leyenda metropolitana del fin del milenio. Un barco pirata que surca los grandes mares de la información, que entra al abordaje aquí y allá, a la espera de que el mundo virtual vuelva a dejar espacio al real. También tú podrías ser un buen Luther Blisset...

—No, gracias. No estoy hecho para los grandes ideales... Probablemente ni siquiera para los pequeños —dije, levantándome.

Volvimos a Padua hacia las diez, empapados por la lluvia. Nos dirigimos al refugio para cambiarnos y guardar en lugar seguro la cinta.

Acababa de sentarme en el sillón, con una copa de calvados y un cigarrillo, e intentaba relajarme mientras oía con los ojos cerrados a Taj Mahal cantando «Statesboro blues», cuando el viejo Rossini me tocó un brazo.

—El día no ha acabado aún, Marco. Ahora tenemos que ocuparnos de Bepi Baldan.

—Pero sigue lloviendo —protesté.

—Mejor. Se nos verá menos.

La plaza Mazzini estaba desierta bajo una lluvia torrencial. Nos refugiarnos bajo el soportal de costumbre y luego nos acercamos a pie al bar Jamaicano. La banda de los Caruso al completo estaba en el local, en una parte perfectamente visible desde la cristalera. Ugo y Alfredo jugaban a las cartas, los guardaespaldas estaban enfrascados en una partida de billar y Bepi Baldan, cada vez más desmoralizado y preocupado, miraba cómo caía la lluvia.

—Deben de estar de pésimo humor después de la bromita que les gastamos ayer —se carcajeó Beniamino—. Mira, ni siquiera tienen ganas de tomarse el helado.

—Es verdad. Sartori ha debido de echarles una buena bronca a los dos hermanitos.

—Y ahora vamos a cabrearlos de verdad.

Saqué el móvil del bolsillo, marqué el número del bar y pregunté por el camello. Vi cómo los demás lo seguían con la mirada mientras se acercaba al aparato.

—Bepi, finge que estas hablando con un informador tuyo, que no se den cuenta de que al otro lado del hilo telefónico estoy yo.

—Hola, Carmine —me saludó, cogiendo al vuelo mis instrucciones.

Vi que los demás volvían a jugar y me tranquilicé.

—Escúchame bien, Bepi. Cuando ya no les sirvas, los Caruso te eliminarán; si todavía no lo has entendido, es que eres tonto de remate. Por suerte para ti, nosotros somos más inteligentes que tú y te damos la posibilidad de salir ileso de todo esto.

—Gracias, Carmine, ojal... —dijo con un tono plañidero.

—Pero con una condición —continué—. Que abandones la ciudad. Esta noche y para siempre. Ve a traficar a cualquier otro sitio y olvida toda esta historia. ¿De acuerdo?

—Sí, Carmine, como tú quieras.

—Así me gusta... En diez minutos se parará un taxi exactamente frente a la puerta del bar. En cuanto lo veas, corre todo lo rápido que puedas y salta a su interior. ¿Lo has entendido?

—Claro. Hasta luego, Carmine, y gracias por todo.

Colgué e hice una seña a Beniamino, que se acercó a escondidas a los coches de la banda y les rajó un par de ruedas. Mientras tanto, me acerqué a pie a la parada de taxis de la estación, que estaba cerca.

Me acerqué al último taxista de la fila, un joven de aire despierto. Al verme me hizo una seña para que me dirigiera a su colega que estaba preparado para salir. Me subí en su coche sin hacerle caso y le tendí un billete de cien mil.

—El taxi lo necesita un amigo mío que está en un bar. Afuera le está esperando el marido de su amante para inflarlo a puñetazos. Se trataría de pararse un segundo, cargarlo y salir pitando.

Con un gesto de prestidigitador cogió el dinero y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

—¿Dónde está el bar? —preguntó.

Se lo expliqué, pero le pedí que esperara cinco minutos antes de salir: el tiempo de volver y poder disfrutar del espectáculo, que, como había imaginado, no defraudó mis expectativas.

De hecho, Baldan los dejó a todos estupefactos con su capacidad atlética y el salto de trampolín olímpico con el que se introdujo en el taxi. La banda empezó a perseguirlo con un retraso de diez segundos, justo en el momento en el que coche desaparecía derrapando a toda velocidad tras una curva.

Cuando por fin los cinco hombres llegaron a sus coches, se quedaron de piedra al ver los neumáticos rajados. Alfredo y Ugo sufrieron una crisis nerviosa y, gritando como locos, empezaron a patear la carrocería.

Solo por el placer de ensañarnos pasamos tocando la bocina y me di la vuelta de nuevo para despedirme de ellos con el dedo corazón.

A la mañana siguiente nos levantamos tarde. No teníamos que salir hasta bien entrada la noche y nos quedamos todo el día en la casa, exiguamente refrigerada por los ventiladores que había comprado Beniamino.

Después de la comida, el viejo Rossini, como un auténtico profesional, quiso repasar todas las fases del plan de la noche. Me obligó a interpretar todos los movimientos que teníamos que hacer.

—Para que te acostumbres a llevar el «hierro» —dijo.

Por primera vez desde que empezó la investigación nos peleamos en serio. Estaba sirviéndome un calvados cuando me quitó la botella de la mano.

—Hasta mañana nada de alcohol, Marco —ordenó con tono muy decidido.

—Soy lo bastante mayor para saber cuándo tengo que parar —repliqué, picado.

—Puede ser, pero es mejor no correr riesgos. Esta noche no puedes permitirte tener la cabeza embotada.

—No te preocupes y dame la botella.

—No, Marco.

—¡Devuélveme la botella! —grité.

Beniamino me miró directamente a los ojos y dejó caer la botella al suelo.

—¿Te has vuelto loco? —pregunté.

—Pareces Dean Martin en *Río Bravo*.

—¿Y tú eres John Wayne? —pregunté sarcástico.

—No he dicho que yo parezca John Wayne, sino que tú te asemejas al ayudante borracho del *sheriff* que interpreta Dean Martin.

—No soy en absoluto un borracho.

—Lo eres y te falta poco para ser un alcohólico, pero eso es asunto tuyo. No te voy a llevar por ahí armado con una metralleta si has bebido, aunque solo sea una gota. Yo trabajo así; lo sabes bien.

No le dirigí la palabra en un par de horas, pero luego me di cuenta de que tenía razón y le pedí perdón.

Salimos poco antes de medianoche y pasamos con la moto frente al bar de los Caruso, solo con el tiempo necesario para ver si seguían allí. Estaban tomando su helado habitual, pero tenían un aspecto taciturno. Para ellos, las cosas no habían ido nada bien durante los últimos días. Y esa noche podían incluso empeorar.

Llegamos a la calle Dini y escondimos la moto en el patio de una casa de vecinos. Nos acercamos luego a pie a la de los hermanos y nos apostamos en una esquina especialmente oscura del jardín.

Casi todas las ventanas del edificio estaban abiertas de par en par para dejar correr un poco el aire fresco. A pesar de estar algo alejados, podíamos oír el batiburrillo de las distintas conversaciones entre los vecinos y los ruidos monótonos de las televisiones encendidas.

Beniamino montó las metralletas y me pasó una.

—Cuando los veas llegar, acuérdate de quitar el seguro —susurró.

Sudaba, por la tensión y por la abstinencia de calvados. Durante unos interminables segundos, luché de manera nerviosa con mi incapacidad a la hora de ponerme los guantes de cirujano. Cuando por fin lo logré, mi amigo me puso en los labios un cigarrillo encendido.

—Relájate, Marco. —Con la voz firme y tranquila—. Todo va a salir bien.

La gran berlina cruzó despacio el portón y también poco a poco se dirigió al garaje. Al acercarse a nosotros, salimos de nuestro escondite y empezamos a seguirla. Se paró unos metros más adelante. Rossini no esperó a que se apagara el motor. Se acercó a la puerta de la izquierda, apuntó al conductor con la metralleta y a través de la ventanilla abierta le puso el silenciador en la garganta. Mientras tanto, me metí en el coche por la parte de atrás, en el asiento derecho, y puse el arma en la nuca del que estaba delante.

—Dame las llaves —ordenó Rossini a Ugo, que estaba sentado en el asiento del conductor.

El hombre tuvo un instante de duda. Lo ayudó su hermano.

—Dáselas —le exhortó aparentemente tranquilo.

Mientras mi socio abría el maletero, yo los vigilaba.

—Señor Caimán —continuó Alfredo—, me habían dicho que usted no era amigo de los «hierros», que era un tipo tranquilo, razonable...

—Información caducada —rebatí—. He dejado ser un buen chico.

—Bajad del coche —ordenó el viejo Rossini.

Los cacheamos. Alfredo llevaba metida en los pantalones, tapada por la camisa, una automática de nueve milímetros de la policía. De la funda sujeta al tobillo de Ugo extrajimos, en cambio, un revólver corto.

—Adentro —susurró mi amigo, señalando el maletero.

Obedecieron sin protestar y, tras algunas contorsiones, lograron introducirse y estirarse, aunque parcialmente.

—Tranquilos ahora —continuó Beniamino, antes de cerrar el portaequipajes—. El viaje no será largo.

Unos veinte minutos después nos paramos en la orilla del río Brenta, en dirección a Venecia, a la altura de una ensenada protegida por un frondoso chopo.

Abrí el maletero y ayudé a los Caruso a bajar mientras Rossini los apuntaba y al mismo tiempo los iluminaba con una linterna eléctrica.

—¿Cuál de los dos es el contacto habitual del abogado Ventura? —preguntó.

—Yo —respondió Alfredo.

—Claro. Tú eres el listo de la familia —intervine despreciativo.

Beniamino le pasó el móvil.

—Llámalo y dile que nos habéis eliminado. A todos. También a Magagnin.

—Tanto si lo hago como no, nos mataréis, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —respondió mi amigo.

—Y entonces ¿por qué tendría que hacerlo?

—Porque te conviene. Si no, me obligarías a convencerte disparándote primero en un pie, luego en el otro, más tarde en una rodilla...

—Vale, entendido —lo interrumpió, y marcó el número.

—Oiga, ¿es usted, abogado?... Ya sé que es muy tarde. Quería que supiera que hemos resuelto cierto problema... Sí, los tres... Adiós. Hecho —comentó, mientras le devolvía el teléfono.

—¿Se lo ha tragado? —pregunté.

—Claro. Mi nombre ha sido siempre una garantía y vosotros me habéis obligado a deshonrarlo justo antes de morir —murmuró con amargura.

Los obligamos a caminar delante de nosotros hasta un punto cerca de la orilla donde, iluminadas por la luna, brillaban dos palas clavadas en la tierra. Las habíamos llevado unas horas antes.

—Venga, como buenos chicos —los exhortó Rossini—. Poneos a trabajar. Los Caruso no se movieron.

—Si vais a matarnos, cavad vosotros la fosa —protestó Ugo.

—No. Nosotros no cavamos ninguna fosa. Si no queréis que os enterremos, os tiraremos al río.

—Yo no quiero acabar en el río como pasto de los peces —replicó de nuevo Ugo—. Matadnos y dejadnos aquí. Ya pensarán nuestras familias en darnos sepultura cristiana.

—Imposible —explicó Beniamino—. Desgraciadamente, no entra en nuestros planes dejar que encuentren vuestros cadáveres... Como, por otro lado, no habría entrado en los vuestros en el caso de que estuvierais en nuestro lugar.

Alfredo nos miró.

—Si cavo la fosa, ¿me prometéis que le entregaréis a mi familia lo que llevo encima? El reloj, la cadena de oro, la pulsera con el primer diente que perdió mi hijo Ciro...

—Lo prometemos —respondió solemne Rossini.

—En el coche está la caja que han hecho esta noche las chicas —intervino Ugo—. También tenéis que dársela a nuestras familias.

—Solo la mitad —me entrometí—. La otra se la daremos a Marietto Carraro. Lo habéis apaleado sin venir a cuento y tiene derecho a una compensación.

—Vale —asintió Alfredo. Cogió su pala y ante nuestros ojos dibujó con precisión el perímetro de su tumba. Luego se puso a cavar.

Poco después se detuvo.

—¿Por qué no cavas? —le preguntó su hermano, que se había quedado inmóvil.

—No me apetece, Alfredo. Ni tampoco morir. ¿Estás seguro de que no podemos negociar con estos dos? —preguntó, señalándonos.

—Cava, Ugo. Cava y no digas gilipolleces.

Durante más de dos horas, el ruido de las palas marcó el ritmo de su continuo murmullo en un napolitano cerrado del que no conseguí entender ni una sola palabra. Tuve la impresión, sin embargo, de que estaban recordando buenos tiempos. Beniamino y yo seguimos vigilando sentados en un tronco, fumando en silencio y mirando de vez en cuando el reloj.

—Estamos listos —dijo Alfredo. Se acercó a su hermano y lo abrazó con fuerza—. Adiós, Ugo —susurró con voz conmovida.

Su hermano empezó a llorar desconsoladamente.

—Muere como un hombre —le dijo el otro, separándose de él.

Beniamino disparó una ráfaga corta, atenuada por el silenciador. Ugo, a causa del impacto, dio un salto hacia atrás y cayó con los brazos abiertos.

Rossini se le acercó y le disparó el tiro de gracia apoyando el cañón en su corazón.

—Esperad. —Alfredo cogió a su hermano y lo introdujo con delicadeza en su tumba—. Quiero que lo haga usted, Caimán —dijo después, mirándome.

—¿Por qué? —pregunté sorprendido.

—Quiero que me mate alguien que conozca, así podré maldecirlo toda la eternidad.

—Date prisa, Marco —me incitó Beniamino, señalando con la linterna al pecho del mafioso.

Apunté al objetivo iluminado. De repente, la metralleta se hizo demasiado pesada y la dejé caer al suelo.

—No puedo —murmuré, mientras los miraba a ambos.

—Ese no era el trato —se quejó el viejo Rossini.

—Un hombre no puede comportarse así —le hizo eco el condenado.

Me temblaban las manos y me costó trabajo encender un cigarrillo.

—Tengo mis reglas —le expliqué a Rossini—. Vosotros tenéis las vuestras y los «legales», las tuyas. He escogido este oficio porque me permite no estar con ninguna de las dos partes. De vez en cuando siento que tengo que mediar con mi conciencia y adaptarme a algunas reglas, pero matar significaría alterar mi vida por completo y soy demasiado viejo para cambiar. Lo siento pero no puedo hacerlo.

—Mi hermano yace asesinado en la fosa y este se pone a filosofar —gritó Caruso, mirando a mi amigo.

—Pórtate bien, Alfredo —lo acalló Beniamino—. No es asunto tuyo.

—¿No es asunto mío? —gritó el otro exasperado—. ¿Y quién es el que está a punto de pillar una indigestión de plomo?

—¡Cállate! —le ordenó el viejo Rossini, quien después me miró—: Marco, esta vez no te entiendo. Estamos en esta situación por tu culpa y no tenemos ninguna otra alternativa para salvarnos. Si hubieran sido ellos los que nos hubieran cogido, no solo nos habrían matado de inmediato, sino que incluso se hubieran divertido haciéndolo...

—Lo sé, tienes toda la razón, pero no dispararé. Ni a él ni a nadie.

—Conociéndote, debería habérmelo imaginado —soltó con tono resignado. Luego se giró hacia Alfredo—: Me llamo Beniamino Rossini. Ahora ya me conoces y, cuando estés en el infierno, podrás maldecirme.

El mafioso rio con amargura.

—Beniamino, vaya nombre de mariquita... Y qué destino más infame: los hermanos Caruso jodidos por un mariquita y una damisela... Date prisa; estoy preparado.

Cayó de rodillas tras los primeros impactos. La segunda ráfaga le alcanzó en la cabeza.

Rossini lo cogió por los brazos y yo por los pies. De repente lo soltó y empezó a maldecir.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Le he partido el cráneo por la mitad, hay sesos desperdigados por todas partes y un trozo me ha manchado la punta del zapato.

—Pues límpiatela y deja de gritar como un histérico.

—Es ante —rebatió iracundo, iluminando con la linterna el grumo sanguinolento—. Ante auténtico. Las manchas de sangre no se quitan: tendré que tirar los zapatos.

—Sí, qué tragedia, Beniamino —resoplé.

—Están hechos a medida por el mejor zapatero artesano de Milán. Son piezas únicas y cuestan un ojo de la cara.

Lo mandé a la mierda, volví a coger a Alfredo por los pies y lo arrastré hasta la fosa vacía.

Empecé a cubrirla de tierra. El viejo Rossini me siguió, pero continuó quejándose del triste destino de su querido calzado.

Amanecía cuando llegamos al refugio.

—¿Cómo crees que reaccionará el resto de la banda? —pregunté.

—Cuando dejemos que encuentren el coche, entenderán que sus dos jefes han pasado a mejor vida y se darán prisa en encontrar unos nuevos. Ten por seguro que no les faltarán pretendientes. De ellos ya no tenemos nada que temer.

—¿Cómo estás?

—¿Quieres decir cómo estoy tras haber eliminado a Alfredo Caruso en tu lugar?

—Exacto.

—Uno o dos no cambia nada...

—¿No estás enfadado?

—No, en el fondo estoy contento de que no quisieras hacerlo... No son cosas para ti...

—Gracias, Beniamino. Eres un amigo.

Nos quedamos un rato en silencio, bebiendo y fumando. Yo no lograba olvidar lo que había pasado y quería seguir hablando de ello.

—Me ha sorprendido la forma en que se han enfrentado a la muerte —dije—. Pensaba que tendría que ver súplicas o intentos de rebeldía y, en cambio, se han resignado inmediatamente, como si fuera lógico palmarla en esa situación.

—Los dos eran del oficio —afirmó Beniamino—. En el preciso instante en que los sorprendimos en el patio entendieron lo que iba a pasarles. De todas formas, el que tenía huevos era Alfredo. Impuso a su hermano un comportamiento digno. Ugo solo se habría derrumbado.

—¿Tú también te comportarías como Alfredo? —le pregunté a quemarropa.

—En ese tipo de situación, sin duda. Tenía una actitud orgullosa..., a lo Jean Gabin. De todos modos, preferiría decir adiós a la vida como Harvey Keitel en *Reservoir Dogs*.

—Realmente romántico.

—¿Y tú?

—De un tiro en la espalda mientras trato de escapar.

Bien entrada la mañana, fuimos a la oficina de correos para mandar el dinero y los efectos personales de los Caruso a las familias, según su último deseo. En el remite pusimos al abogado Sartori: en el lenguaje mafioso significa que habían muerto por su culpa.

Después llamé a Giovanni Galderisi.

—Esperaba su llamada —me dijo—. Hoy es día 26, se ha cumplido el plazo...

—Tendrá su historia. Los folios en los que he escrito la primera parte los he mandado hace cinco minutos y le llegarán mañana. El resto, mucho más sustancioso, esta noche. Quédese en el periódico y tenga a su disposición a un fotógrafo, le diré adónde tiene que ir...

—¿Para qué quiero a un fotógrafo?

—Para inmortalizar la exclusiva de su carrera. Cuando llegue al lugar, tendrá que llamar a los equipos de las cadenas locales. Es importante, también para usted, que la noticia sea enseguida del dominio público...

—¿No puede anticiparme nada?

—Tenga paciencia.

—El problema no es la paciencia, sino la hora de cierre del periódico. Si usted me llama después de las once, no podrá salir el artículo en el periódico de mañana y serán solo las televisiones las que ofrezcan la exclusiva.

—Lo comprendo. Le llamaré hacia las diez. ¿De acuerdo?

En cuanto oscureció, me subí en el Volvo de los Caruso y, seguido por Beniamino en moto, me dirigí a la casa de Abano Terme, donde, desde hacía casi un mes, en un congelador estaba el cadáver de Alberto Magagnin.

Para que entrara, lo habíamos colocado de manera forzada en una posición fetal con las manos cruzadas por encima de la cabeza. Debido a eso fue imposible transportarlo en brazos. Resolvimos el problema con una carretilla y al final logramos ponerlo en el asiento trasero del coche.

Durante el viaje de vuelta, Beniamino me precedió con la moto para advertirme de la posible presencia de controles. Rodeamos el aeropuerto militar y nos metimos en un barrio residencial, donde, en el número cuatro de la calle Polidoro da Caravaggio, vivía Sartori.

Nos detuvimos frente al portón del chalet de dos pisos. El jardín estaba lleno de farolas, parterres bien cuidados y árboles altos. Algunas ventanas de la planta superior estaban iluminadas.

—Está en casa —observé preocupado.

—Quizá sea el servicio. Pero no es el único problema —me hizo notar Rossini mientras señalaba la verja.

Entre los barrotes asomaba el hocico un tremendo pitbull que nos miraba inmóvil.

—No ladra, y eso significa que está adiestrado.

—¿Qué hacemos entonces?

—Ante todo hay que eliminar al perro.

—¿No queda otro remedio?

—Desgraciadamente, no.

Se acercó al portón con disimulo. El perro se apartó unos metros. Beniamino aprovechó para sacar la pistola croata provista de silenciador, introducir el brazo y disparar.

Una bala fue suficiente. Se oyó solo el ruido de un casquillo que cayó en el asfalto tintineando, mientras el animal caía sobre un flanco sin emitir ni siquiera un aullido, como si se tratara de una escena a cámara lenta.

Fue más complicado forzar la cerradura del portón: era eléctrica y funcionaba con mando a distancia. Beniamino estuvo manipulándola durante

casi un cuarto de hora. Afortunadamente la calle estaba desierta.

Arrastramos el cuerpo de Magagnin hasta el parterre central y lo dejamos sobre una alfombra de pensamientos amarillos y violetas, iluminado por un elegante farol de hierro forjado.

Saqué del bolsillo la cinta manipulada donde estaba grabada la confesión de Artoni y la introduje entre aquellos dedos congelados.

Al cerrar los batientes del portón me detuve unos instantes para observar la escenografía, tal y como Blisset nos había aconsejado montarla para los periodistas y el morbo de la gente. Era perfecta: el cadáver de un fugitivo, una cinta comprometedora, la lujosa residencia de un conocido y estimado penalista y el coche de dos delincuentes desaparecidos bloqueando el acceso. Unos ingredientes succulentos para lo que, en pocas horas, se iba a convertir en el gran escándalo de ese caluroso verano.

—¿Señor Galderisi?

—Por fin llama. Son ya las diez y cuarto...

—¿Sabe dónde vive el abogado Sartori?

—Por supuesto.

—Entonces vaya allí de inmediato. Desde el portón podrá ver, en medio de un parterre, el cadáver de Magagnin.

—¿El cadáver? ¿Es que está muerto?

—Sí. Sobredosis de heroína, probablemente se trata de un suicidio. Entre sus manos hay una cinta que contiene la confesión que Artoni grabó antes de suicidarse. Habla del asesinato de Piera Belli y el juicio por el asesinato de Evelina Mocellin Bianchini. Contiene acusaciones concretas en relación con el abogado Alvisè Sartori y al señor Carlo Ventura. Cójala y entréguela solo a un magistrado o a un policía del que se fíe a ciegas. Tenga cuidado y avise de inmediato a las emisoras privadas... Oiga..., oiga...

Ya había colgado.

Nos apostamos en las inmediaciones de la villa, escondidos tras un alto seto. Observábamos con aprensión el portón. Si Sartori descubriera el cadáver y encontrase la cinta antes que el periodista, el plan fracasaría de forma miserable.

Oímos el motor de un coche que tomaba una curva a gran velocidad. Unos segundos después llegaba un utilitario que se clavaba justo detrás del Volvo.

Galderisi bajó a toda prisa, seguido por un joven de pelo largo con un maletín de fotógrafo. Tras un balbuceo frente al portón, el periodista empujó los batientes y entró a toda prisa en el jardín.

Acto seguido se vieron una serie de fogonazos de *flash*.

Había llegado el momento de salir de escena. Nos subimos a la moto y nos marchamos despacio.

A unos cientos de metros de casa de Sartori nos cruzamos con varios coches y furgones. En los laterales identifiqué los nombres de varias emisoras locales. Seguía al cortejo una patrulla de la policía con las sirenas encendidas.

El hospital fue la última parada antes de abandonar Padua. Marietto, al ser seropositivo, se encontraba confinado en una pequeña habitación al final de la sala. Un enfermero nos cerró el paso, pero por cincuenta mil liras fingió que no había visto nada.

Se oía solo el silbido del respirador. Me acerqué a la cama y Marietto abrió los ojos.

—Pensaba que era el enfermero. Le había pedido que me preparara una ampolla de «tiramisú», murmuró con esfuerzo.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Mal, Caimán. Me falta el material; echo de menos la plaza...

—Ya te queda poco para regresar.

—Claro...

—Te he traído unas «pilas» —dije, y le puse bajo la almohada el dinero que habíamos confiscado a los Caruso.

Beniamino salió y volvió acompañado por el enfermero, que traía una jeringuilla.

—Me había olvidado de la «terapia» —afirmó este último, mientras le guiñaba el ojo a Marietto.

Llegamos a Punta Sabbioni, donde recuperamos el coche del viejo Rossini.

—¿Adónde nos dirigimos? —pregunté.

—A la frontera francesa. En Marsella nos embarcaremos en el *ferry* para Córcega. En Bastia conozco a un contrabandista que me debe un montón de favores. Estaremos seguros hasta que nos enteremos bien de las intenciones de Sartori y Ventura.

—¿Piensas que nos implicarán?

—Lo dudo. A ellos también les conviene mantenernos alejados de esbirros y jueces. Aunque seamos poco creíbles, en cualquier caso somos

testigos... Ya verás como sostienen que son víctimas de una oscura maquinación y tratan de controlar los daños.

—Y, al final, la magistratura acusará a los hermanos Caruso de ser los misteriosos cómplices de Magagnin. La idea de Luther de dejar su coche aparcado frente a la villa del abogado, con la pistola que le habíamos quitado a Artoni «olvidada» en el interior, ha sido verdaderamente genial.

—Verás cómo al final del verano ya podremos volver a Italia. Con la debida cautela, claro. Tenemos que dar por descontado que un día intentarán vengarse.

—Antes tendrán que emerger del mar de mierda en el que los hemos ahogado.

—Esos tienen siete vidas, como los gatos. Será mejor que te acostumbres desde ahora mismo a la idea de que ya no podrás volver a Padua.

—No la echaré de menos.

—¿Tienes intención de aceptar el encargo que te han propuesto en Cerdeña?

—Puede ser. Necesito dinero y, además, nunca he estado allí. Podría ser que llegara incluso a gustarme. Y tú, ¿qué proyectos tienes para el futuro?

—Antes de nada tengo que organizar mis asuntos en Punta Sabbioni. Afortunadamente tengo a una persona a quien confiar mis cosas cuando me marcho. Luego ya se verá.

Beniamino encendió un cigarrillo.

—De vez en cuando pienso en marcharme, refugiarme en una isla cualquiera del Pacífico, comprarme un velero y envejecer gozando de la vida —me confió con un velo de tristeza.

—Podría ser una solución. El reposo del viejo pirata. ¿Por qué no lo haces?

—Es una aventura que no me siento con fuerzas de llevar a cabo solo. ¿Me acompañarías?

—¿Nos ves haciendo de detectives en la isla de Tonga?

—No puedes abandonar este trabajo de mierda, ¿verdad? —preguntó sarcástico.

—Ni siquiera me lo planteo.

—Pues entonces no me voy. ¿Sabes cuánto me costaría viajar hasta aquí para sacarte de líos?

—Todos tus sudados ahorros.

—Exacto. Me conviene estar cerca, donde pueda echarle un ojo.

A las seis de la mañana, poco antes de cruzar la frontera, puse la radio para oír las noticias.

Padua. Anoche, hacia las 22:30, el cuerpo sin vida de un fugitivo acusado de homicidio fue hallado en el jardín de la residencia de un conocido abogado penalista Alvis Sartori. El suceso presenta muchas vertientes oscuras. El reportero paduano Giovanni Galderisi, que fue el primero en llegar al lugar gracias a una llamada anónima, encontró en las manos del cadáver, que parece haber sido congelado, una cinta que contiene información comprometedoras en relación con algunos personajes relevantes de la ciudad, entre los cuales se encuentra el mismo propietario de la villa.

Frente al portón de entrada se ha hallado el automóvil de los hermanos Ugo y Alfredo Caruso, sospechosos de estar afiliados al clan de la Camorra de los Ponzano. Las fuerzas del orden han emprendido una búsqueda activa de ambos.

El abogado Sartori, ausente en el momento del hallazgo del cadáver en su jardín, fue localizado por los investigadores en casa de unos amigos, pero no ha sido posible proceder a su interrogatorio, ya que sufrió un ataque y fue ingresado para realizarle unas pruebas...

Apagué la radio y puse una cinta de B. B. King. Entramos en Francia oyendo «Everyday I Have the Blues».



MASSIMO CARLOTTO (Padua, 1956). Afiliado desde muy joven a la formación izquierdista y extraparlamentaria Lotta Continua, con poco menos de veinte años de edad fue acusado del asesinato de una joven estudiante. Por este delito fue condenado a dieciocho años de prisión, de los cuales fue absuelto por el presidente de la República Italiana Oscar Luigi Scalfaro tras su detención en el exilio mexicano gracias a la presión de la opinión pública. Sin embargo, por aquel entonces Carlotto ya había sufrido las torturas y el maltrato de un sistema judicial corrupto, al que, desde entonces, se ha dedicado a denunciar.

Escritor, dramaturgo y guionista, es autor, entre otros muchos libros, de la serie de novela negra protagonizada por el investigador privado Marco Buratti, alias el Caimán. A través de su obra, basada en su propia experiencia, Carlotto pone el dedo en la llaga de la sociedad italiana.

[1] Giovanni Pinelli (1928-1969), obrero ferroviario de ideología anarquista que fue detenido como sospechoso de un atentado terrorista en Milán en 1969 (relacionado con la Operación Gladio) y que murió en extrañas circunstancias al caer presuntamente desde un cuarto piso mientras era interrogado por la policía. Este hecho inspiró la obra teatral *Muerte accidental de un anarquista*, del Premio Nobel de Literatura Dario Fo. <<

[2] Escándalo de corrupción política relacionado con la financiación ilegal de los partidos tradicionales de la política italiana (la Democracia Cristiana y el Partido Socialista) mediante sobornos (*tangenti* en italiano) y acabó desembocando en el megaprocreso judicial conocido como «Manos Limpias».
<<

[3] La Operación Gladio fue una red europea de extrema derecha financiada por la CIA que estuvo activa desde la posguerra hasta inicios de los años noventa. Se sospecha que estuvo implicada en varios atentados terroristas en Italia. <<

[4] Gianni y Pinotto son los nombres que recibieron en Italia los cómicos estadounidenses Abbott y Costello, muy famosos durante los años cuarenta y cincuenta. <<

Índice

1

2

3

4

5

Sobre el autor